EL AGUIJÓN

WILLIAM LE QUEUX

ARCHIVO HISPÁNICO

Sobre esta edición

Obra original: *The Sting* – William Le Queux, 1928.
Edición: Traducción por Fernando Guzmán, 2026.
Nota legal: La obra original en inglés está en dominio público.
Esta obra derivada se distribuye bajo licencia Creative Commons Attribution 4.0 International (CC BY 4.0).
Para consultar los términos de esta licencia visite
http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/
Se autoriza su libre impresión, difusión y/o comercialización, así como la realización de obras derivadas, siempre que se otorgue adecuada referencia a esta traducción al español.

Sonríe, Cristo te ama.

ARCHIVO
HISPÁNICO

CAPÍTULO 1 En el tormento

—¡Vaya! ¡Usted otra vez! ¿Y ahora qué quiere, eh?

Quien hablaba, Sir Michael Evenden, cruzó la elegante habitación con vistas al lago Lemán para encararse con su visitante, a quien un criado acababa de anunciar como el doctor Laidlaw.

Había un gran contraste entre los dos hombres cuando el recién llegado entró. El baronet era alto, de complexión atlética y ágil, con un perfil clásico; su bigote gris ligeramente levantado y su cabello canoso bien peinado añadían distinción a una personalidad ya de por sí imponente.

El hombre al que se enfrentaba era un tipo pequeño, enclenque, de ojos penetrantes como taladros, que parecía la personificación de la bajeza. Su cabello rojizo y sus facciones vulpinas eran tan desagradables como el tono agudo de su voz.

—Solo lo de siempre, Sir Michael —respondió tras una breve pausa. Al principio, mientras el baronet hablaba, un destello maligno había aparecido en sus ojillos de hurón, pero fue rápidamente reemplazado por una sonrisa al dar su respuesta. El baronet creyó detectar desprecio en esa sonrisa y frunció el ceño con una exasperación intensa. Su mano derecha se cerró con fuerza, arrugando el periódico que había estado leyendo, mientras volvía a hablar con determinación.

—No voy a permitir que me desangre de esta manera continuamente —dijo, dando un paso hacia su indeseable invitado—. Hace tres meses recibió mil libras y dijo entonces que no volvería a pedirme nada por lo menos en doce meses. Ayer mismo estaba revisando nuestra cuenta. ¿Se da cuenta de que en los últimos siete años me ha sacado más de dieciocho mil libras? ¡Usted… chantajista!

—¿De verdad vale la pena volver a sacar todo esto, Sir Michael? —preguntó el hombrecillo con una expresión provocadora, destinada a fingir una paciencia extrema.

El baronet perdió los estribos y gritó:

—¡Me niego a darle un solo centavo más! —Luego, cuando el hombrecillo se disponía a hablar, el baronet continuó—: Si no está fuera de esta casa y de mi propiedad en dos minutos, haré que el policía local lo arreste por chantaje. Ahora les están dando cadena perpetua a tipos como usted, ¿sabe?

El doctor Laidlaw se aclaró la garganta deliberadamente. Luego, con esfuerzo, elevó la voz al mismo nivel al que Sir Michael había estado gritando.

—Muy bien, mi noble estafador. Quiere que sus sirvientes escuchen todo mi historial. Ahora deje que escuchen el suyo. ¿Cómo reparó Sir Michael Evenden la fortuna familiar? Muy sencillo. Él...

—¡Deténgase! ¡Deténgase, miserable sabandija! —interrumpió Sir Michael—. ¿Se da cuenta de lo que está haciendo?

Era tristemente evidente que el pequeño doctor había ganado. El baronet casi se quedó sin aliento mientras extendía una mano y luego retrocedía —casi tambaleándose— hacia una silla, secándose las gotas de sudor de la frente con un gran pañuelo de seda amarilla.

—Es mi deber advertirle, Sir Michael, que no debe dejarse llevar por estos arrebatos de ira; su corazón simplemente no los resistirá. Uno de estos días...

El hombrecillo avanzó hacia la silla del baronet, pero Sir Michael lo detuvo con un gesto e, interrumpiéndolo con una sonrisa más bien melancólica, dijo:

—Tendré un ataque fatal, ¿eh? Y entonces su fuente de ingresos se habrá esfumado.

—Sir Michael, ¿por qué no puede ver estas cosas con sensatez?

El doctor Laidlaw, sin que se lo pidieran, se sentó frente al baronet y su voz adquirió un tono de razonamiento suave. —Sabe bien lo que he recibido en todos estos años, según sus propias cuentas… Dieciocho mil, dice usted. Bueno, ¿y qué si es así? No me he molestado en llevar la cuenta. Pero si es así, ¡piense en los cientos de miles que usted ha obtenido mientras tanto! Sabe que es sumamente difícil para un pobre médico rural llegar a fin de mes, a menos, por supuesto, que siga su ejemplo y...

—No hace falta que discutamos eso —interrumpió Sir Michael—. ¿Qué es lo que quiere hoy? Dígalo y váyase.

—Bueno, Sir Michael, necesito mil libras, si no le importa. Yo...

—¡Pero claro que me importa! —estalló el baronet—. Me importa muchísimo. Mil hace tres meses y otras mil hoy. Lo siguiente será que venga cada semana.

—Bueno, lo siento mucho, Sir Michael —replicó el hombrecillo—. A decir verdad, estuve haciendo unas pequeñas apuestas en la Bolsa… y me fue mal.

—¡Ahora escuche! —Sir Michael, algo recuperado, se enderezó en su silla—. Quiero alguna garantía de que habrá un límite a sus abusos. ¿Cómo sé que no estará de vuelta en un abrir y cerrar de ojos?

—Bueno, Sir Michael… tiene mi palabra —respondió el doctor Laidlaw con bastante inocencia.

—¡Su palabra! —se burló el baronet—. Ahora, hablemos en serio. Si le doy un cheque hoy, debe ser el último por lo menos en un año. Entienda esto: a veces he sentido ganas de arriesgarlo todo y denunciarlo. Los jueces son muy comprensivos con hombres en mi posición a los que están desangrando constantemente hasta que...

—Los jueces no siempre son comprensivos —interrumpió Laidlaw— con los baronets que, de ser nobles pobres, emergen de pronto como gente rica. ¿Qué pensaría su familia? Es más, ¿qué pensaría cada hombre y mujer decente en Inglaterra al leer sobre su traición hacia aquellas personas desafortunadas a las que usted hizo que los bolcheviques enviaran a la muerte? ¿Qué...?

—¡Oh, por el amor de Dios, deténgase! —casi suplicó Sir Michael; y era conmovedor ver la angustia en su rostro—. Sabe que siempre me he opuesto a esa interpretación...
—¿Entonces por qué no deja que se juzgue en un tribunal abierto? —interrumpió el doctor Laidlaw.

—¡Tenga! —El baronet se levantó, se acercó a un pequeño escritorio, sacó una chequera de un cajón y firmó un cheque—. Tome esto —sus mil libras— ¡y váyase!

—Buen día, Sir Michael, y gracias —dijo el hombrecillo, pero el baronet no respondió. Esperó hasta que la puerta se cerró tras el doctor, y entonces hundió el rostro entre las manos y permaneció en silencio.

Pasaron los minutos y Sir Michael seguía allí sentado. La puerta se abrió y entró una mujer. Miró la figura silenciosa frente al escritorio, contuvo un pequeño gemido y cruzó la habitación apresuradamente.

—Mike, querido, Mike —dijo con ansiedad, tocando ligeramente a su esposo en el hombro.

El baronet levantó hacia ella un rostro desencajado, y ella se inclinó para besarlo.

—¿Qué sucede, querido? —preguntó—. ¿Has tenido otro de esos ataques horribles?

—Solo uno muy leve, Margaret —respondió él, dándole palmaditas suaves en la mano—. Ya estoy bien otra vez.

—¡Querido, te ves fatal! ¿Cuándo tienes la cita con el profesor Gaspari? —Lady Evenden puso su mano fresca sobre la frente de su marido.

—Iré en auto a Lausana mañana —respondió Sir Michael—. Pero no quiero que te preocupes tanto, Margaret. Según dicen, Gaspari es un hombre muy hábil, y no dudo que podrá ponerme bien.

—Bueno, mientras tanto, descansa, por favor —le instó ella—. Olvida los negocios o cualquier cosa que te angustie. ¿Lo harás?

—Sí, sí —le aseguró él. Luego se levantó y la besó con ternura—. Solo quiero echarle un vistazo a una noticia en el periódico, querida; luego te alcanzo en el jardín.

—Está bien —sonrió ella—. Por cierto, Frank viene mañana, Mike; acaba de avisar por telegrama.

—¡Espléndido! —exclamó Sir Michael—. ¡Gran noticia! El descanso aquí le vendrá de maravilla.

Lady Evenden asintió con una sonrisa y salió de la habitación por los ventanales franceses. Sir Michael observó cómo avanzaba por el hermoso jardín de rosas y bajaba los escalones hacia los prados que, nivel tras nivel, descendían hasta las mismas orillas del lago, donde estaban las casetas para botes. Sir Michael no retomó de inmediato la lectura del periódico. Con una sonrisa tranquila en el rostro, observó a su esposa hasta que se reunió con su actual acompañante, una chica linda llamada Jill Kilby, cerca de las casetas.

Lady Evenden era la segunda esposa del baronet y su unión era idealmente feliz. Cada uno tenía un hijo. Del primer matrimonio del baronet había nacido un hijo, Jack; y del primer matrimonio de su esposa Margaret había nacido un hijo, Frank Gough.

Jack, por supuesto, era el heredero; pero el baronet sentía a veces que era difícil decir a cuál de los muchachos quería más. Jack era teniente de navío en la Marina; Frank era estudiante de derecho y se preparaba para la abogacía. De hecho, su proyectada visita a la villa junto al lago era para permitirle dedicar tiempo, en tranquilidad, a la preparación de sus exámenes finales.

La familia Evenden era sumamente unida y feliz. Solo una vez los dos muchachos, Jack y Frank, se habían enfrentado en algún sentido como rivales, y todo aquello ya estaba olvidado. Incluso en aquel entonces no surgió ninguna pelea, aunque el baronet y su esposa, observando los acontecimientos primero con diversión y luego con cierta alarma, nunca consideraron necesario intervenir. El hecho era que, tres años atrás, Lady Evenden había contratado como dama de compañía a una chica muy bonita llamada Brenda Trenchard.

Jack y Frank se enamoraron de ella de inmediato. Sus padres, al notar lo que pasaba, al principio miraron y se rieron.

Más tarde Frank, después de jugar un tiempo con el afecto de Brenda, se retiró a favor de Jack. Nada resultó de aquello en su momento; y Jack, sintiendo que sus intereses se dispersaban demasiado, se entregó de lleno a sus deberes navales y —según imaginaba— borró a Brenda para siempre de su mente, declarándose un soltero empedernido.

Aquel asuntillo no había perturbado la gran amistad de los dos jóvenes; pero, mientras Lady Evenden se encontraba con Jill Kilby, el incidente le vino a la memoria por un segundo con diversión interna. Jill era una chica extremadamente linda, menuda, de modales encantadores y ojos maravillosamente expresivos. Lady Evenden sabía que su hijo Frank, al menos, se sentía profundamente atraído por Jill; y, mientras se reunía con ella junto al lago, se preguntó cuál tendría que ser su actitud si el asunto se volvía más serio.

—Frank viene mañana —anunció, tomando a la chica por sorpresa.

Un leve rastro de ceño fruncido cruzó el rostro de Jill; pero fue rápidamente seguido por una brillante sonrisa mientras respondía:

—¡Ah, de verdad! Es una época tan linda para venir, ¿no es así?, con todas las rosas abiertas y las orillas del lago tan bellas.
—Sí —coincidió Lady Evenden—. Pero creo que sus vacaciones las pasará mayormente ocupado con sus estudios.

—¿Quiere salir en la canoa larga, señora? —preguntó Jill—. Quiero mostrarle una familia de ardillas perfectamente adorable que se ha instalado en el gran pino, justo después de la punta.

Lady Evenden miró su reloj.

—Ahora no, querida —respondió—. Tengo algo que hacer… y espero que Sir Michael salga en unos minutos.

Con un ligero gesto de cabeza dejó a la chica. Mirando de nuevo su reloj, cruzó el césped y entró en una zona de arbustos. Luego, tras echar un vistazo sobre su hombro, se apresuró por un sendero estrecho hasta llegar a una glorieta apartada del camino. La glorieta estaba abierta al frente, dejando ver un banco rústico que la rodeaba.

De ese banco se levantó la despreciable figura del doctor Laidlaw. Lady Evenden, con sus bellas facciones ensombrecidas y coléricas, se acercó a él. De hecho, ella lo sobrepasaba en estatura casi tanto como su marido.

—¿Qué demonios quiere conmigo aquí? —preguntó ella—. Seguramente sabe lo estúpidamente peligroso que es esto.

—Sí, pero es necesario, Lady Evenden —respondió el hombrecillo—. Necesito verla a usted…

—No obtendrá nada de dinero de mí hoy, doctor Laidlaw —interrumpió Margaret Evenden.

—No quiero nada… hoy —replicó el pequeño doctor—. Quiero tener una larga charla con usted cuando regrese a Londres, Lady Evenden. Hay una o dos cosas que tendrán que ponerse en orden. ¿Se da cuenta de que Sir Michael…?

—¡Silencio! Viene alguien. Váyase —ordenó ella alarmada, al oír el crujido de ramitas en el sendero detrás de ellos.

—Nos vemos en Londres… lo antes posible —susurró el doctor, y corrió de puntillas por el camino hacia la carretera principal. Llegó justo a tiempo; pues, cuando Lady Evenden se giró para desandar sus pasos, se encontró con su marido en la primera curva del sendero.

—¿Qué demonios haces aquí, Margaret? —preguntó él con cierta diversión—. ¿Tienes una cita secreta?

Ella rió alegremente mientras respondía: —Sí, con una familia de ardillas que Jill encontró en alguno de estos árboles… pero no logro darlas con ellas.

—¡Ah! Supongo que podemos intentar buscarlas juntos —rio Sir Michael—. Te vi entrar en la arboleda cuando bajaba del jardín.

Pasaron una hora feliz antes de la cena en la vana búsqueda de las ardillas. Todo ese tiempo, Margaret Evenden sentía que su corazón aún latía con irregularidad al pensar en lo cerca que había estado de ser descubierta. ¿Qué pasaría si su esposo supiera que para ella era inevitable reunirse con el pequeño chantajista de vez en cuando? ¿Qué podía querer decirle con tanta urgencia como para correr el riesgo injustificable de buscar una entrevista clandestina en los mismos terrenos de la villa de su marido?

Sin embargo, Lady Evenden no traicionó en sus modales nada de las preocupaciones que la agobiaban. En la cena estuvo tan bella y centelleante como siempre, presidiendo con gran habilidad su extremo de la larga mesa.

Había varios invitados: amigos que se alojaban en las cercanías y un profesor suizo de geología.

Solo ocasionalmente, Jill Kilby, que era sumamente observadora, veía una sombra cruzar el hermoso rostro de su señora. Jill creía desde hacía tiempo que alguna sombra oscura descansaba en el trasfondo de la vida de Lady Evenden. A veces aparecía una mirada lejana en sus ojos; y en ocasiones, al recibir su correspondencia, Jill creía haber visto un terror absoluto en ellos.

Por otra parte, Jill tenía un gran amigo, el doctor Wilfred Barlow, un joven cirujano de Londres con quien acababa de comprometerse en secreto. El compromiso debía ser secreto porque Lady Evenden, quien solo lo había visto una vez y parecía haber quedado encantada en su momento, adoptó después una actitud curiosa e inexplicable hacia él. No permitía que se mencionara su nombre y le prohibió a Jill tener algo que ver con él o, de lo contrario, dejar su servicio.

Sobre todas estas cosas reflexionaba Jill mientras observaba a su señora; veía las sombras descender ocasionalmente sobre su bello rostro, como nubes de tormenta amenazadoras que oscurecen el sol por unos minutos y luego pasan, dejando el cielo azul otra vez y el sol aún brillante.

Muy temprano a la mañana siguiente, después de atender su correspondencia y tomar un desayuno ligero, el baronet subió a su automóvil Rolls Royce y condujo hasta Lausana, donde pronto se encontró encerrado con el gran profesor Gaspari, el mundialmente famoso especialista en el corazón.

El doctor Gaspari estaba sentado a una mesa. Vestía la larga bata de lino blanco que casi todos los médicos continentales usan. Sus ojos agudos brillaban tras unas gafas de fuerte aumento; su mano derecha acariciaba su poblada barba castaña.

Pronto terminó su examen y formuló dos o tres preguntas.

—¿Desea que un asistente le ayude? —preguntó, mientras Sir Michael empezaba a ponerse de nuevo el chaleco y el saco.

—¡No, no! Está bien, gracias —respondió Sir Michael, observando con ansiedad el rostro sensible del gran hombre, que, sin embargo, no revelaba nada.

El especialista no habló hasta que el baronet terminó de vestirse y volvió a sentarse a la mesa.

—Tenga muchísimo cuidado —comenzó en francés—. Mi régimen, que debe seguir al pie de la letra, hará todo lo que esté en mis manos por usted. Cúmplalo con mucho cuidado, con total rigor. Pero le ruego, mi querido amigo, que ponga sus asuntos en orden. Puede que viva otros quince o veinte años. Pero lamento profundamente decirle que podría colapsar en el mismo número de horas.

Al escuchar esto, el rostro de Sir Michael palideció un poco y los músculos de su mano derecha se contrajeron. Pero se limitó a inclinar ligeramente la cabeza, como aceptando un decreto del destino que no tenía poder para oponerse. El gran especialista vio el efecto del golpe que había asestado y admiró la entereza del hombre que lo recibió. Al acompañar a Sir Michael a su auto, el especialista le estrechó la mano calurosamente. Sir Michael entró en el vehículo, dejó caer la cabeza con cansancio sobre los cojines y cerró los ojos.

A su llegada a la villa, fue recibido por Lady Evenden. Ella estaba entreteniendo a un grupo de amigos para recibir a Frank a su llegada más tarde ese día, pero los dejó un momento para conocer las noticias de su marido.

Él sonrió valientemente mientras la besaba con suavidad.

—Te contaré todo más tarde, querida —dijo—. Todo está bien.

Tranquilizada, ella regresó con sus amigos, y Sir Michael se fue solo a su despacho, donde pasó tres horas leyendo papeles, escribiendo notas y quemando otros documentos.

En la cena de esa noche todo fue alegría; nadie estaba más animado que el hombre sentenciado. Margaret Evenden pensó en lo bien que se veía y se alegró. Sentía que podía enfrentar cualquier cosa mientras él estuviera a su lado. Frank se las había arreglado para conseguir un lugar junto a Jill Kilby, y el baronet, a pesar de su miseria interna, no pudo evitar divertirse un poco al observar cómo lo que él creía eran los avances de Frank resultaban rechazados.

Frank era un joven alto, de ojos claros, apuesto de una manera ligeramente dominante. Tenía toda la presencia de su madre, pero ella encantaba para dominar; Frank dominaba para encantar.

Antes de retirarse, Sir Michael llamó a su esposa a su vestidor.

—Ahora, mi vida —dijo—. Sé que no me lo harás más difícil, ¿verdad? Voy a contarte exactamente lo que dijo Gaspari.

—¡Oh, mi vida! ¡Mi vida! —exclamó ella, adivinando al instante lo peor, y corrió hacia su esposo estrechándolo entre sus brazos con pasión, pero también de una forma extrañamente protectora; como si quisiera retenerlo y protegerlo de cualquier cosa que pudiera arrebatárselo, incluso de la muerte misma.

—Margaret, querida —continuó Sir Michael con suavidad—, no te angusties. Podría ser peor. El viejo dijo que podría vivir veinte años si sigo su tratamiento. Pero… pero… ya ves, querida… —Al baronet le resultó imposible poner en palabras frías el resto de las noticias.

—¿Quieres decir que podría ser… en cualquier… momento? —preguntó ella con temor.

—Mmm… —Sir Michael inclinó la cabeza lentamente, y por unos instantes ambos permanecieron fundidos en un abrazo, con una emoción demasiado fuerte para las lágrimas o las palabras. Simplemente se quedaron allí, acogidos bajo la sombra del ángel de la muerte.

Al fin, Sir Michael habló.

—Cariño mío —dijo—. Es necesario hablar de cosas… de ciertas cosas que deben, sí, deben ser discutidas. Está el asunto de mi testamento…

—¡Oh, por la misericordia del cielo, no! —gritó Lady Evenden—. ¡No! ¿Cómo puedo soportar oír hablar de testamentos? ¿Qué me importa a mí el dinero, las propiedades o cualquier cosa si tú te vas? No debes irte, Mike. Probemos con otro médico. ¡Oh, Mike! ¡Mike! ¡No puedo soportarlo! ¡Si tú te vas, yo iré contigo! ¡Oh, Mike! ¡Mi Mike!

Su angustia era terrible de presenciar, y durante unos minutos más Sir Michael simplemente se dedicó a consolarla lo mejor que pudo; luego logró que ella escuchara mientras él esbozaba sus planes sobre ciertas cosas que sucederían en caso de su muerte prematura. Jack, su hijo, sería el heredero, por supuesto; pero se harían acuerdos adecuados para ella y se dispondría algo —aún no sabía exactamente qué— de la herencia para darle a Frank una buena pensión.

Margaret Evenden escuchaba sumida en una miseria absoluta. Su devoción por su marido era totalmente genuina y estaba por encima de cualquier otra cosa en su vida. Cualquier cosa que él considerara correcta estaría bien, y así se lo dijo. Pasaron tres horas antes de que se separaran. Pero para ninguno de los dos hubo un sueño reparador esa noche. Cada

uno pensaba en la horrible sombra que había descendido sobre sus vidas, y cada uno pensaba en cómo afectaría aquello al otro.

Al día siguiente, surgió un asunto nuevo y desagradable. Sir Michael bajó a su biblioteca para encontrarse con que los periódicos de Londres estaban emprendiendo una campaña feroz contra el petróleo soviético. Cualquier cosa podía pasar. Si la campaña tenía un éxito total, él quedaría casi en la ruina.

Decidió de inmediato, sin decir nada a su esposa ni a nadie más sobre este nuevo problema, regresar a Londres lo antes posible. Así que simplemente le dijo a Lady Evenden que sentía deseos de estar de vuelta en Evenden Priory, su residencia familiar cerca de Norwich; y, aunque un poco sorprendida por el cambio repentino, Lady Evenden hizo los preparativos para viajar en dos días.

Mientras tanto, Frank Gough se había topado con una resistencia totalmente imprevista en su cortejo hacia Jill. Ella le dijo claramente que no lo amaba, que amaba a otra persona. Frank estaba furioso. Pensó por un momento en pedirle a su madre que intercediera, pero luego cambió de opinión, pues no estaba seguro de qué pensaría su madre sobre el asunto. En el viaje de regreso, que hizo con ellos por petición de su padrastro, pasó mucho tiempo con Jill, pero sin mejor éxito. Desesperado, a medida que el viaje llegaba a su fin, Frank Gough concibió la acción más despreciable de su carrera.

En el tren, Jill ocupaba un compartimento individual; y, durante la noche, Frank se deslizó por el pasillo hasta la puerta de ella, llamó con autoridad y, cuando ella preguntó qué se le ofrecía, respondió con voz ronca que deseaba ver su pasaporte. Tras una breve demora, ella abrió la puerta, solo para encontrarse con que el supuesto oficial de pasaportes no era otro que su inoportuno pretendiente.

Con un grito de asombro, la chica se movió hacia la señal de alarma. Pero Frank entró de golpe, la tomó en sus brazos, cerró parcialmente la puerta con el pie y le declaró apasionadamente su amor, aunque ella no perdió del todo la compostura. En vano forcejeó. Al poco tiempo, amenazó con gritar.

—¿Crees que alguien te va a creer? —preguntó Frank—. ¿No te das cuenta de que ya estás irremediablemente comprometida? ¿Por qué no te casas conmigo, Jill, cariño?

La chica respondió con desprecio y renovó sus esfuerzos por soltarse. Es difícil decir qué habría pasado si un asistente del guardia, al pasar, no hubiera notado la puerta entreabierta y escuchado el ruido. Entró. De inmediato, Frank desistió y abandonó el compartimento junto al guardia.

Evidentemente, a los ojos del oficial, no fue nada que una pequeña *propina* y una risa agradable no pudieran arreglar, pues no se volvió a saber nada del incidente.

Jill se preguntó si debía contárselo a Lady Evenden, pero decidió que, antes que nada, se lo diría a Wilfred Barlow.

Al llegar, la familia pasó la noche en Londres. Así que Jill buscó una entrevista temprana con Wilfred y le contó todo lo sucedido. La primera intención de Wilfred fue ir de inmediato a ver a Frank, pero Jill lo convenció de lo contrario. Finalmente, Wilfred insistió en que, si sufría más persecución, Jill debía consultar a Lady Evenden de inmediato.

Jill permitió que él la acompañara solo una parte del camino al hotel, por miedo a que Lady Evenden pudiera verlo.

Sin embargo, justo se estaban despidiendo cuando, de pronto, Jill soltó una exclamación de sorpresa y tiró de su amante hacia atrás desde el borde de la acera. Al mismo tiempo, señaló un taxi que se había detenido en el congestionamiento del tráfico, a apenas un par de metros de ellos.

Allí, sentados uno al lado del otro en el taxi, enfrascados en una conversación seria, estaban Lady Evenden y el doctor Laidlaw, el hombre con cara de rata.

CAPÍTULO 2 Una historia sombría

Cuando Jill Kirby reconoció a su señora en el taxi con el doctor Laidlaw, su primer impulso fue alejarse con su acompañante fuera del campo de visión de Lady Evenden. Pero el efecto en su prometido fue aún más impactante.

—¡Cielo santo! —exclamó él—. Dime, Jill, ¿tu jefa conoce a ese tipo desagradable de Laidlaw?

—¿Te refieres al hombre que está con ella? —respondió Jill—. No lo sé, en realidad, pero lo he visto una vez antes. Visitó a Sir Michael. Recuerdo haberlo visto en el vestíbulo esperando a que él lo recibiera.

—Me pregunto qué diablos tiene que ver Sir Michael Evenden con él —reflexionó Wilfred Barlow en voz alta—. Y, más aún, ¿qué tiene que ver Lady Evenden con ese tipo?

—¿Por qué, Wilfred? —preguntó Jill—. ¿Quién es? ¿Qué sabes de él?

—Nada bueno, me temo —respondió Barlow—. Y no me importa decirte que me odia a muerte. Espera un momento… ya se están moviendo. —En ese instante el tráfico se liberó y el auto que llevaba a Lady Evenden y al doctor Laidlaw avanzó.

—Cuéntame qué sabes de ese hombre, Wilfred —insistió Jill.

—Bueno, en resumen, esto —contestó Wilfred, frunciendo el ceño como ante un recuerdo desagradable—. Hace unos años, cuando yo estaba en el Hospital St. Lawrence, ingresó un anciano con señales inequívocas de envenenamiento. En su estado de semiconsciencia me confesó que era la segunda vez que su esposa intentaba envenenarlo. Tomé su declaración

y se la pasé a la policía; ellos vinieron e interrogaron al hombre, pero él se retractó por completo cuando llegaron, diciendo que debía de haber estado delirando.

»No se pudo hacer nada, por supuesto; más tarde se recuperó y dejó el hospital. Vi a su esposa una vez: una mujer muy desagradable. Apenas tres meses después el hombre murió, y nadie de importancia notó su fallecimiento hasta después del entierro, cuando surgió una duda con la compañía de seguros que atrajo la atención de la policía. Creo que la suma asegurada del difunto había sido incrementada recientemente, y de forma sospechosa.

»La policía investigó y descubrió que el doctor Laidlaw había emitido un certificado de defunción por angina de pecho… un problema del corazón, querida.

»La gente del seguro insistió en la exhumación y obtuvo la orden necesaria del Ministerio del Interior. Tras la autopsia, se descubrió que había sido envenenado con arsénico; el mismo veneno que sufría cuando ingresó al St. Lawrence.

»Bueno, tras una investigación forense y un proceso ante el Consejo Médico, nuestro amigo Laidlaw logró librarse por los pelos. El jurado forense lo exoneró, para disgusto del juez, quien lo censuró en términos durísimos. Yo tuve que asistir a la audiencia, y mi testimonio estuvo en constante oposición al de Laidlaw.

»Tuvo que irse de Londres. Eso es lo que sé de Laidlaw: un tipo rastrero y una vergüenza para nuestra profesión.

Jill se quedó pensativa unos momentos y luego habló.

—Sabes, Wilf —dijo—, siempre he tenido la impresión de que hay algún oscuro secreto en la vida de Lady Evenden, y estoy segura de que ese hombre tiene algo que ver con ello. De lo contrario, ¿por qué querría ella reunirse con alguien así?

—Eso ya me lo has dicho antes —respondió Wilfred—, y sin embargo tienes muy pocas pruebas en qué apoyarte. En cualquier caso, no es asunto tuyo mientras no te afecte directamente. Lo mejor que puedes hacer es mantener los ojos abiertos y no decir nada. Mucho más importante ahora es que evites las atenciones de Frank, ese hijo suyo tan despreciable.

—Sí, sí —respondió Jill, añadiendo a toda prisa—, pero ahora de verdad debo irme. Lady Evenden habrá vuelto al hotel y me echará de menos. Adiós, querido.

Jill encontró a Lady Evenden en su sala de estar, con un aspecto perfectamente sereno. Ciertamente, en ese momento, no había rastro de ningún secreto oscuro en su vida.

La cena de esa noche fue tarde, pues el baronet no había regresado de la ciudad y Lady Evenden insistió en esperarlo. Frank Gough se había adelantado a Evenden Priory para organizar ciertas cosas, así que Jill y su señora estaban solas.

Al fin, ya muy tarde —casi a las ocho—, llegó Sir Michael, con un aspecto de gran cansancio y agotamiento. Saludó a su esposa y a Jill, y pasó directo a su habitación para prepararse para la cena.

Cuando sirvieron la cena, no comió casi nada y durante toda la comida pareció preocupado, respondiendo a las preguntas con monosílabos. Por fin terminó. Pero, evidentemente, la jornada aún no había acabado, pues Sir Michael dijo que tendría que salir de nuevo. Cuando su esposa le reprochó y le suplicó que descansara, él casi con brusquedad le dijo que no interfiriera. Jill le oyó decir a Lady Evenden que tenía una cita importante en el Consulado Ruso.

Jill ya se había retirado a dormir cuando él finalmente regresó, pero al día siguiente Sir Michael parecía frenéticamente activo. El teléfono sonó toda la mañana y por la tarde hizo una ronda de visitas. Hizo tres llamadas telefónicas a Nueva York, y Jill dedujo que alguna crisis grave se había desatado en sus negocios.

En realidad, el baronet no confió sus penas ni siquiera a su esposa. El hecho era que la guerra del petróleo seguía en pie, causándole una ansiedad terrible. Manipuladores millonarios vinieron desde el continente para verlo, y un magnate estaba incluso en ese momento en camino desde América, tan rápido como el Olympic podía traerlo.

Se celebró una conferencia en Londres cuando llegaron todos los especuladores interesados, y los resultados no tardaron en aparecer. Un gran periódico cambió repentinamente de manos y, de paso, cambió su línea editorial. Otros dos periódicos que hasta ahora no habían tomado partido, presentaron argumentos favorables para la compra de petróleo soviético. En una semana la batalla había terminado: el ataque al petróleo soviético había sido derrotado por los tremendos intereses involucrados, y Sir Michael Evenden anunció su intención de partir hacia Evenden Priory de inmediato.

Así, sucedió que una semana después de su llegada a Londres, Sir Michael, Lady Evenden y Jill llegaron a la pequeña estación de Little Evenden, donde un automóvil los esperaba para llevarlos los cinco kilómetros que los separaban del Priorato.

El Priorato de Evenden (*Evenden Priory*) era una residencia antigua de lo más encantadora. Databa del siglo XI y había sido la sede de los priores de Evenden («Evenedene», como se llamaba entonces), quienes poseían ciertos poderes de gran alcance sobre una vasta extensión de campo. Sostenían sus bienes temporales de los abades de Yeleham y de los obispos de Norwich, y grandiosa era la historia temprana del Priorato. Fue un centro de saber, pues muchos valiosos anales históricos y obras teológicas habían sido compilados allí por los diligentes monjes en los lejanos días de su actividad.

Grande había sido la caridad de los hermanos; de hecho, había sido el tema de muchas canciones populares. La antigua iglesia del Priorato, ahora en ruinas, fue una vez una maravilla de belleza arquitectónica. El Priorato se asentaba en una hondonada cubierta de hierba, protegida por laderas boscosas.

De estilo alargado y bajo, como todos los edificios de carácter monástico de la temprana Edad Media, se le habían hecho añadiduras en la época isabelina, después de que pasara a manos de la familia Evenden.

En la época de la disolución de los monasterios en 1537, Enrique VIII había obsequiado el Priorato, con sus ricos dominios, a Sir Thomas Evenden, un caballero de su corte. Y en la familia Evenden había permanecido desde entonces, generación tras generación, hasta el año anterior a la guerra. Entonces, el actual baronet, con sus finanzas mermadas y de hecho al borde de la quiebra, tuvo que dejarlo ir a regañadientes para cubrir las deudas e hipotecas que se habían acumulado durante las últimas dos generaciones. Pero las circunstancias habían cambiado para Sir Michael desde entonces; y cuando la dama Fortuna volvió a sonreírle, lo primero que hizo fue recomprar su antiguo patrimonio a un fabricante de mermelada de ciruela y manzana.

Parecía haber un espíritu de paz consagrado en el Priorato y en los bosques verdes que formaban su entorno, un espíritu que bien podría haber descendido de los antiguos monjes que, tiempo atrás, vivieron allí de forma tan tranquila y feliz. Ciertamente, bajo la pacífica influencia de su entorno, Sir Michael parecía recuperarse. Posiblemente se debía en parte al desenlace favorable de sus problemas financieros; el hecho era, sin embargo, que el baronet parecía haber cobrado un nuevo aliento de vida. En los últimos días del verano, caminaba por sus tierras con sus guardabosques y observaba las nidadas de perdices, que eran particularmente fuertes ese año. Hablaba de las perspectivas de una excelente temporada de caza, y él y Lady Evenden preparaban las listas de los invitados que recibirían.

Sobra decir que Lady Evenden se sentía inmensamente feliz. La oscura amenaza sobre la vida de su esposo que surgió en Montreux parecía algo muy irreal en Evenden. Tenía la curiosa sensación de que si su marido se quedaba en el Priorato, todo iría bien. Sentía que odiaba la villa de Montreux; no quería volver allí jamás. Mientras tanto, se contentaba con vivir el presente, acompañando a su esposo a visitar amigos en el condado y atendiendo a los diversos vecinos que acudían a visitarlos.

Jill también habría pasado un tiempo muy feliz de no haber sido por las constantes e inoportunas atenciones de Frank Gough. Aunque nunca volvió a intentar ningún cortejo angustioso, aquel joven distaba mucho de haber renunciado a su intención de conquistar a Jill Kilby.

Eran muchas y extrañas las maniobras que él empleaba para conseguir un tête-à-tête con ella. Con frecuencia se mostraba muy conciliador durante un tiempo, pero, invariablemente, acababa volviendo al viejo tema. Las constantes negativas de ella no hacían más que espolearlo a redoblar sus esfuerzos. Es probable que si Jill, en un principio, hubiera accedido a coquetear con él, Frank se habría cansado de ella tanto como se cansó de Brenda Trenchard tres años atrás. Frank Gough poseía una naturaleza curiosamente

persistente; los rechazos en sí mismos convertían a la joven en algo precioso para él. Nunca se detenía a pensar en lo que ella representaría realmente para él si lograba conquistarla.

Jill Kilby intuía algo de esto y lo detestaba por ello, pero decidió aceptar el desafío. No consultaría a la madre de él, sino que simplemente se mantendría firme. ¿Él estaba decidido? Entonces ella le demostraría que no lo estaba menos. No obstante, al pasar los meses, la tensión nerviosa empezó a hacer mella en ella. Solo tuvo un intervalo de alivio, y fue cuando Frank se marchó para presentarse a sus exámenes de abogacía.

Él estuvo fuera quince días, y esa quincena fue el cielo para Jill; pero, al terminar ese tiempo, él regresó con la luz de la batalla en los ojos y henchido por el aliento de la victoria, pues le había ido bien en los exámenes.

Así, con todos felices excepto Jill, el verano transcurrió muy agradablemente en el Priorato de Evenden y, con mucha suavidad, casi imperceptiblemente, dio paso al otoño.

Al fin se enviaron las invitaciones para la primera cacería de la temporada y, entre las notificaciones, figuraba una enviada a Jack, el hijo mayor del baronet. Era una costumbre agradable en la familia Evenden que, cuando era necesario escribir a Jack, Lady Evenden siempre escribiera la carta más larga, mientras que su marido enviaba apenas una nota. Con Frank se aplicaba lo mismo: su propia madre solo enviaba una nota, mientras que su padrastro le escribía una carta larga y afectuosa.

En esta ocasión, la invitación para Jack iba acompañada de una extensa carta de Lady Evenden, su madrastra. Además, ella adjuntaba una copia del último retrato de estudio que se había hecho.

Jack estaba orgulloso de su bella madrastra y colocó la fotografía sobre el escritorio de su camarote a bordo del H.M.S. Invulnerable. El día antes de partir para unirse a la reunión en Evenden —pues había conseguido catorce días de permiso—, su gran amigo Basil Towers, el teniente de artillería, pasó por allí para charlar y tomar un whisky con soda.

Jack y Basil eran amigos muy íntimos, y la intención de Jack era llevarse a Basil con él a Evenden. Pero, por desgracia, no pudieron obtener el permiso de forma simultánea.

En un momento dado, los ojos de Basil recorrieron el pequeño camarote y se posaron en la fotografía sobre el escritorio. La contempló por un segundo con ojos desconcertados; luego se levantó y cruzó el camarote, mirando aún con incredulidad aquellas facciones. Jack lo observaba con diversión —estaba acostumbrado a oír cumplidos sobre la belleza de su madrastra—, pero ciertamente no esperaba lo que vino a continuación.

—¡Dios santo, Jack, viejo amigo! No me digas que la conoces.

Había un mundo de horror y desprecio en la voz de su amigo. Jack se quedó petrificado por un instante. Estuvo a punto de asumir la dignidad ofendida que sentía y señalar que se trataba de su madrastra, cuando reflexionó en un destello que Basil Towers era uno de los

tipos más íntegros y rectos que existían. No era él un chismoso malintencionado; de hecho, Jack nunca le había oído hablar de ninguna mujer en términos que no fueran de respeto. Decidió entonces "sacarle la historia" a Basil y respondió:

—Bueno… un poco. ¿Y tú?

—Ya lo creo que sí… o mejor dicho, la conocía —replicó Basil, tomando la fotografía y examinando de cerca las hermosas facciones.

—Cuéntame sobre ella, amigo —le rogó Jack.

—Bueno, a uno no le gusta mucho… ¿Es amiga tuya, Jack? —Basil contempló a su amigo con rostro preocupado.

—Digamos que es una conocida —respondió Jack, preguntándose de dónde sacaba fuerzas para ser tan astuto, o incluso tan pérfido, como para negar así a su madrastra. Pero sabía que, si le decía la verdad a su amigo, nada lograría arrancarle la historia. Sin embargo, se sentía un poco reafirmado: debía de tratarse de un error. Después de escuchar el relato de su amigo, demostraría que era falso y le diría la verdad. El bochorno de Basil sería divertido. No era muy deportivo, tal vez, ¡pero aquel canalla debería tener más cuidado con lo que decía de las damas!

—¿Cuánto hace que la conoces? —preguntó Basil.

—Oh, no mucho —respondió Jack—. Por el amor de Dios, hombre, suelta ya tu historia. Pareces la dichosa caja de Pandora, ahí parado como un gran tonto. Vamos, cuéntame.

—Bueno, no es una historia agradable —replicó el otro—. Su nombre es Margaret Gough… o lo era. El viejo John Gough era amigo de mi padre, y era bastante mayor que su esposa. Vivían en una casita a orillas del lago Lomond. Creo que había muchas peleas. Recuerdo haber ido allí una vez con mi padre y se armó un lío furioso. Él, el viejo Gough, la acusaba de verse con hombres, visitantes de la zona, ya sabes. Mi padre dijo después que el viejo Gough probablemente sufría de delirios.

Jack escuchaba con atención, mientras Basil se servía una copa y continuaba.

—Una noche se armó la de san Quintín. —Se estremeció ante el recuerdo—. Vivíamos a unas tres millas de los Gough, y Margaret Gough vino a casa muy angustiada. Su marido la había acusado de alguna relación impropia con un tipo que era artista, con quien, de hecho, se la había visto una o dos veces. Ella dijo que su marido amenazaba con asesinarla. Mi padre regresó con ella. Encontró al marido echando espuma por la boca; había sufrido un ataque de parálisis, no podía moverse. Lo acostaron y enviaron por un médico. El médico estaba fuera y tenía un sustituto, un tipo pequeño llamado Laidlaw. Él vino, vio al hombre, dijo que era un ataque, dio algunas instrucciones y dijo que enviaría a una enfermera por la mañana. Fíjate bien, en todo esto, Margaret Gough estaba en un estado que rozaba la histeria. No comprendía lo que se decía de su marido, solo mostraba un terror

absoluto hacia él. Mi padre acabó por marcharse, y Margaret Gough y dos criadas se quedaron en la casa con el hombre postrado… que no podía caminar, fíjate bien…

De nuevo Basil se detuvo, sacudió la ceniza de su cigarrillo y continuó.

—Por la mañana, encontraron al viejo John Gough ahogado en el lago.

—¡Cielo santo! —exclamó Jack con horror, comprendiendo la trascendencia de aquella afirmación.

—En Escocia —continuó Basil—, no hay investigación forense con jurado, sino un tribunal de instrucción, y en ese tribunal el pequeño médico sustituto revirtió deliberadamente un veredicto previo de parálisis total. Mi padre no prestó declaración, pero dijo en aquel momento que las piernas del hombre arrastraban como plomo cuando lo estaban acostando.

»El doctor Laidlaw afirmó que el ataque fue parcial y que ciertamente había afectado a su cerebro, y que, en su opinión, el hombre se suicidó en un estado de locura temporal.

—Bueno, ¡maldita sea, Basil! —estalló Jack—, ¿no podría ser así? ¿Por qué pensar lo peor? Podría haberse recuperado y levantado. De todos modos, parecía ser un tipo bastante desequilibrado.

—Bueno, puede ser… no lo sé —replicó Basil—. Pero no puedes escapar a la realidad de los hechos. A las diez de la noche el hombre está indefenso, totalmente paralizado; a las siete de la mañana aparece en el lago. El artista, que había sido una figura conocida en el vecindario, desapareció por completo. De Margaret Gough nunca más se supo tras vender la casita… y el pequeño doctor que dio el testimonio que, en mi opinión, la salvó, también desapareció de la escena.

—Bueno, es una historia muy triste —dijo Jack lentamente—. Estoy seguro de que yo no condenaría… así a la ligera. Yo…

—Mi querido amigo —interrumpió Basil—, si ella es una amiga muy íntima tuya, ¿por qué no me lo dijiste? Pareces totalmente desconcertado.

—No, no… no pasa nada —respondió Jack—. Yo pregunté y me alegra que me lo contaras. No puedo creer, fíjate bien, que esa mujer hiciera algo tan terrible como eso.

—Bueno, por supuesto, yo era muy joven cuando sucedió, Jack —respondió Basil—. Siempre lo he guardado en mi mente como un secreto espantoso… algo que nunca debía salir a la luz. No lo habría hecho hoy de no ser por el curioso hecho de encontrar su fotografía en posesión de mi mejor camarada.

—Has hecho lo correcto, hijo —le aseguró Jack—. Y ahora voy a echarte de aquí. Tengo mil y una cosas que terminar antes de que este buen barco zarpe hacia casa por la mañana.

—Buenas noches, viejo amigo —Basil se levantó—. ¿Estás seguro…?

—Claro, claro; buenas noches. —Jack le dio a su amigo una palmada jocosa en el hombro, lo acompañó a la salida y luego cerró la puerta.

Durante mucho tiempo permaneció sumido en sus pensamientos. Su cigarrillo se apagó y cayó de su mano sin que lo notara, pero él permaneció inmóvil. Por fin se levantó, y había resolución en su rostro. Tomó la fotografía y, como si hablara con la hermosa mujer allí retratada, dijo:

—No, madre, no te condenaré sin escucharte. Te preguntaré si papá lo sabe. Si él lo sabe, entonces eso me basta. Buenas noches, madre querida… nos vemos pronto. —Besó la fotografía, la colocó de nuevo en su lugar de honor y luego se desplomó en su litera.

CAPÍTULO 3. Un encuentro nocturno

En el Priorato de Evenden, los preparativos para la primera partida de caza de la temporada estaban completos. Durante varios días, Jill Kilby se había dedicado por entero a redactar cartas de invitación, entrevistarse con comerciantes en nombre de su señora, organizar el alojamiento para los sirvientes de los invitados previstos y las mil y una tareas más que le correspondían; pues ejercía tanto de secretaria como de dama de compañía de Lady Evenden.

Jill agradecía la distracción, porque la liberaba en gran medida de las atenciones de Frank Gough, que aún permanecía en el Priorato.

Para Jack, a su llegada, se había preparado la Habitación del Prior. Se trataba de una estancia poco utilizada, situada en una torre en el extremo del ala este del Priorato. La tradición contaba que era la habitación que ocupaba, en los viejos tiempos, el mismísimo Lord Prior; y, durante varios cientos de años, generación tras generación de los Evenden la habían declarado encantada. Se decía que en la víspera de la festividad de San Miguel y Todos los Ángeles, el día en que los soldados de Cromwell llegaron tiempo atrás para sembrar el caos, el fantasma del último prior, John Paseley, aparecía y recorría tristemente sus antiguos dominios.

Ciertamente, se contaban muchos relatos de miembros de la familia e invitados que habían desafiado los supuestos terrores de la Habitación del Prior en ese día fatídico y habían experimentado algún horror innombrable. Todos habían abandonado la habitación apresuradamente, incapaces de describir la experiencia, pero decididos a no volver a poner un pie en ella jamás.

Como, sin embargo, la casa estaba llena y Jack era el hombre menos supersticioso del mundo, Sir Michael dio su consentimiento entre risas para que se preparara la habitación para su hijo mayor.

Mientras tanto, Jack había partido de Portsmouth hacia Londres, de camino al Priorato de Evenden, con la mente aún turbada por la revelación de su amigo, Basil Towers, sobre la vida anterior de su hermosa madrastra.

Mientras se recostaba en el rincón de su compartimento, repasaba una y otra vez los detalles de aquella tragedia a orillas de Loch Lomond, y se preguntaba si sería posible que su madrastra, con su naturaleza dulce, hubiera podido estar asociada a un acto de horror tan indecible. Jack se negaba a creerlo. Sentía que debía de haber alguna buena explicación.

Decidió preguntarle al respecto; y, si ella le decía que su padre lo sabía todo… bueno, entonces lo dejaría así. Su padre probablemente era quien mejor lo sabía.

Tenía varias compras que hacer en Londres; así que se dirigió primero a la estación de Liverpool Street y depositó su equipaje en la consigna. Luego emprendió una ronda de compras. Pasó por su sastre en Savile Row; después visitó una tienda en Burlington Arcade para comprar un regalo para su madrastra. Fue al salir de esa tienda cuando se encontró con una figura que le hizo detenerse un segundo y contener el aliento.

La chica —pues era una chica— era alta, esbelta, vestida con un traje sastre negro de corte a la moda; su rostro estaba pálido, sus labios —labios bastante generosos— eran de un rojo intenso, y sus ojos, grandes, de tono violeta y maravillosamente expresivos. Jack habría guardado silencio para dejarla pasar. Pero la chica también lo vio al mismo tiempo e inmediatamente se detuvo.

—¡Hola, Jack! —exclamó ella—. Las maravillas nunca se acaban. ¡Imagínate encontrarte en Burlington Arcade!

—¿Cómo estás, Brenda? —respondió Jack, tomando la mano que ella le ofrecía. No era otra que Brenda Trenchard, la dama de compañía de su madre de hacía tres años, cuyo rechazo le había llevado a declararse soltero de por vida.

—Estoy muy bien, Jack, y veo que tú también tienes buen aspecto. Me alegra verte. Cuéntame todas las novedades. ¿Cuánto tiempo llevas casado, Jack? —Ella sonrió con picardía al hacer la pregunta.

—No estoy casado… ¿por qué habrías de imaginar una estupidez semejante? —preguntó Jack con bastante seriedad.

La chica se echó a reír. —Mi querido amigo —dijo ella—, cuando un hombre le dice a una chica que nunca se casará porque ella lo rechaza, ¡vigila los periódicos! ¡Es muy posible que veas anunciado su compromiso en tres semanas!

—Tendrás que vigilar los periódicos mucho tiempo antes de ver anunciado mi compromiso —respondió Jack con cierta amargura—. ¿Me creías del tipo que cambia tanto, Brenda?

—Bueno, no lo sé… nunca se sabe. —La chica habló mitad en serio, mitad burlona; luego, con una risa, se encogió de hombros—. Pero, mi querido Jack, nos estamos poniendo demasiado serios y eso no está nada bien. ¿Quieres llevarme a tomar el té?

—Estaría encantado —respondió Jack con entusiasmo—. ¿A dónde iremos?

Brenda rió. —De verdad creo que eres, después de todo, un soltero empedernido, Jack. ¡Imagínate a un hombre que no invita a una chica a tomar el té por no saber a dónde llevarla!

—Bueno —empezó Jack, algo confuso—, apenas lo sé… yo mismo me quedo en el Hotel Charing Cross cuando estoy en Londres, pero…

—¡Pobre y querido Jack! —(Brenda se veía encantadora mientras reía, pensó Jack)—. Llévame a Rumpelmyer's si quieres, o al Piccadilly.

—Muy bien, vayamos al Piccadilly —accedió Jack.

Al llegar al Piccadilly, tomaron el té y, mientras observaba a Brenda encargarse de las tazas, Jack pensó que estaba mucho más hermosa que incluso en los viejos tiempos, cuando representaba para él lo más bello de la tierra. Charlaron ligeramente sobre los acontecimientos de los años transcurridos desde que se separaron.

Resultó que Brenda había heredado una pequeña fortuna de una tía y era secretaria de un ministro del Gabinete. Dos horas pasaron volando; y, cuando Brenda se levantó, Jack sintió una vez más todo el poder del amor que una vez le había declarado. Decidió hacer un intento más para ganársela. Temeroso de que ella se riera de él —Brenda parecía reírse de todo ahora—, comenzó de forma torpe y cohibida.

—Brenda, Brenda… yo… ¿crees que…? Yo…

—¿Sí? —Brenda interrumpió su tartamudeo con una dulce sonrisa—. ¿Qué pasa, Jack?

—Perdóname, Brenda. —La confusión de Jack era penosa; su rostro honesto estaba encendido, pero Brenda no le dio ninguna ayuda. Sin embargo, de haberlo notado, una sonrisa muy tierna jugaba en las comisuras de sus labios móviles—. Yo… oh, no te rías demasiado de mí, Brenda, cariño, no puedo evitarlo. Te amaba y te amo. ¿Crees que habrá alguna oportunidad alguna vez?

—Ciertamente no voy a permitir escenas en este salón, si es eso lo que quieres decir —respondió Brenda, con una mirada a su alrededor—. Consigue un taxi, viejo tonto, y llévame a mi piso en Sloane Street, Knightsbridge. Vamos. —Mientras hablaba, se levantó y salió del salón. Como un hombre en sueños, Jack la siguió, llamó al taxi, ayudó a Brenda a subir y subió él mismo de forma automática. Durante un momento o dos no habló. Brenda lo observaba con una sonrisita desde su rincón. Él se volvió hacia ella.

—Brenda… oíste lo que dije. No soy bueno en estas cosas…

—Ciertamente no lo eres —coincidió Brenda.

—Pero te amo, Brenda, yo…

Entonces ocurrió lo más maravilloso que jamás le había sucedido a Jack. Dos brazos se enroscaron en su cuello y una lluvia de besos cayó sobre él. Unos labios que había amado besar se apretaron contra los suyos, esta vez en una entrega completa y feliz. Una vocecita, muy dulce y con un sollozo, dijo con extrema suavidad:

—Querido, querido Jack… te he querido todo este tiempo. ¿Por qué has tardado tanto?

Entonces Jack supo que los cuentos de hadas eran realidades y que los sueños sí se cumplen.

* * * * * * * *

Esa noche se estaba sirviendo la cena en el Priorato de Evenden cuando llegó un telegrama que Sir Michael abrió y leyó. Frunció el ceño y se lo entregó a Lady Evenden. Simplemente decía:

"Retrasado en Londres por asuntos muy urgentes al menos tres días; espérenme hacia el viernes. No se sorprendan si traigo a alguien más. Con amor. —Jack".

—Vaya cosa —dijo Sir Michael con cierto fastidio—. Me pregunto qué habrá podido retenerlo. Contaba con él para mañana. Ahora nos falta un tirador.

Varios de los invitados, que conocían bien a Jack, expresaron cortésmente su decepción. Pero pronto la charla derivó hacia otros temas y la cena continuó alegremente.

Después de la cena, cuando las damas se retiraron siguiendo la señal de Lady Evenden, se acercaron las sillas y se sirvió el oporto. Sir Michael siempre permanecía sentado durante tres cuartos de hora después de que las damas se marcharan; se contaban bromas excelentes que hacían estallar en carcajadas a los comensales, historias de proezas en el campo de tiro y anécdotas locales servidas por los mismos viejos terratenientes, de la misma forma de siempre, como se venía haciendo desde que Sir Michael tenía uso de razón.

A él no le importaba. Era música para sus oídos. Sentía una gran sensación de seguridad sentado allí, rodeado de sus amigos. Las propiedades de los Evenden estaban mejor dotadas económicamente de lo que habían estado en cualquier otro periodo de su historia. Los cuentos mil veces repetidos de sus invitados no aburrían a Sir Michael; eran parte del Priorato, parte del hogar que siempre había amado tanto, por el que tanto había trabajado para recuperar… e incluso, pensó mientras estaba allí sentado, por el que incluso había pecado para recuperar.

Al ocurrirle este pensamiento, Sir Michael se estremeció, pero se recuperó rápidamente, se encogió de hombros, se sirvió otra copa del famoso oporto del 34 y se unió a las risas que siguieron a un relato de Frank.

Inmediatamente después de contarlo, Frank se disculpó y salió de la habitación. Se dirigió directamente al salón en busca de Jill, pero ella no estaba allí. La noche era cálida para ser septiembre y uno de los ventanales franceses estaba abierto de par en par; así que, pensando que tal vez Jill había salido al césped a tomar el aire, Frank la siguió.

Había un frescor otoñal en el ambiente y una ligera neblina se había extendido sobre el parque. A lo lejos ululó un búho, mientras que, cerca de allí, vio el vuelo errático de un par de murciélagos. Arrojó la colilla de su cigarro para disfrutar mejor del aire perfumado y caminó lentamente por el césped.

Al llegar al punto donde el prado se unía a una arboleda que bordeaba el camino principal de carruajes, se detuvo al distinguir dos figuras: un hombre y una mujer. Preguntándose quiénes serían, se acercó más, cuidando de no ser observado. Desde la sombra de un árbol los reconoció. Eran miembros del grupo de invitados de la casa, y sonrió al pensar en lo que dirían la esposa de uno y el marido de la otra si tuvieran la vista que él tenía. Pero la chica no era Jill, así que siguió adelante.

Perdiendo toda esperanza de encontrarla, caminó por el sendero de los arbustos hasta donde se unía al camino principal. Allí, para su asombro, descubrió que la pequeña puerta lateral estaba abierta. Esta puerta se mantenía invariablemente cerrada con llave, y todos los miembros de la casa tenían una llave para ella. Frank la cruzó y continuó por el camino de entrada.

Siguió caminando hasta que, a lo lejos, parpadearon las luces de la casa del guardés; entonces, a punto de dar la vuelta, cambió de opinión otra vez. Decidió que bajaría a intercambiar unas palabras con el viejo Middlemas, en la cabaña. Con esa intención avanzó, pero no había ido muy lejos cuando oyó voces muy cerca. Se detuvo, se retiró a la sombra de un enorme roble y escuchó. Sin lugar a dudas eran dos voces: la de un hombre y la de una mujer. Se sobresaltó: la voz femenina era la de Jill Kilby… ¡y estaba allí, hablando con un hombre!

Frank se quedó quieto, silencioso como una estatua, y escuchó. Al principio, la leve brisa que agitaba las hojas dificultaba su audición. Pero pronto acostumbró sus oídos al sonido y oyó claramente a Jill hablar.

—Pero no quiero decírselo a su madre, Wilfred. Puedo manejarlo bastante bien sola. Si se lo dijera a su madre, seguramente perdería mi puesto. Y no quiero eso. Me gustan Lady Evenden y Sir Michael, y me gusta esta vida. No seas tonto, querido. Yo sé lo que conviene.

—¿Qué demonios es esto? —masculló Frank para sí mismo.

—Oh, desearía que me dejaras hablar con Lady Evenden, Jill, cariño —respondió el hombre —. Estoy seguro de que si es la mujer decente que dices, escucharía a la razón y obligaría a ese joven canalla suyo a dejar de molestarte.

—Por todos los dioses, esto se está poniendo fuerte —volvió a mascullar Frank—. Así que este es el otro hombre que mencionó, ¿eh? —Sus cavilaciones se interrumpieron porque Jill hablaba de nuevo.

—Debes conformarte con dejar las cosas a mi juicio, Wilfred —dijo ella—. Te advertí antes de que bajaras que corrías un gran riesgo al venir y quedarte en la posada del pueblo. Eso ya era bastante malo, pero esperar que me reúna contigo en los mismos terrenos de la propiedad es francamente estúpido, cariño. Ya te he dicho que Lady Evenden te odia por alguna razón. ¿Qué pasaría si descubriera que estás aquí?

—Todo esto es muy interesante, no hay duda —se dijo Frank—. Parece que me he topado con una bonita intriga.

—Bueno, cariño, ya sabes cuánto anhelo estar a tu lado —respondió el hombre—. ¿Me culpas mucho, Jill querida?

—N-no —respondió Jill, y se oyó el sonido de un beso. Frank apretó los dientes con furia. Se dijo muy poco más y los amantes se separaron.

A Frank le costó un gran esfuerzo no salir de su escondite y darse a conocer, pero la prudencia le dictó silencio por el momento. Averiguaría algo más sobre este asombroso asunto y luego decidiría qué camino seguir. Esperó a la sombra del roble hasta que vio a Wilfred Barlow alejarse por el camino en dirección a la cabaña, y a Jill, tras esperar un momento, caminar apresuradamente hacia la casa. Entonces la siguió.

—Me pregunto qué significa todo esto —reflexionó—. Que tenga un amante es bastante simple. Pero, ¿qué quieren decir con eso de que mi madre le odia, sea quien sea? Debo averiguar algo sobre eso. ¿Qué interés puede tener mi madre en ese maldito hombre? Ya encontraré la forma de ocuparme de ambos, o mi nombre no es el que es.

Aún sumido en sus pensamientos, Frank regresó a la casa y, tras echar un vistazo al salón y ver allí a Jill, se dirigió a la sala de billar, jugó una o dos partidas y luego se fue a la cama. Antes de dormir, ya había decidido un plan de acción. Averiguaría la identidad del extraño de la posada, luego descubriría por boca de su madre qué pensaba ella de él y por qué. Si tan solo pudiera alejar a Jill a alguna parte… Entonces se le ocurrió una idea y Frank soltó una carcajada de deleite. Había decidido seguir un curso de acción sin escrúpulos, ¿pero qué importaba? ¿No valía todo en el amor?

Al día siguiente descubrió, mediante una indagación cuidadosa, la identidad del doctor Wilfred Barlow, y durante los siguientes dos o tres días se dedicó a vigilar los movimientos de Jill. Con astucia maliciosa se las arregló para inventar tareas, sin despertar las sospechas de su madre, que mantuvieron a Jill ocupada todo el día; y cada tarde, cuando ella salía del

salón para caminar por el césped, la interceptaba y le hablaba hasta que ella, desesperada, se alegraba de volver a la habitación bajo la protección de Lady Evenden.

Tal era la situación el viernes, cuando llegó un telegrama anunciando la inminente llegada de Jack Evenden. Llegó poco antes de las cinco, mientras Lady Evenden servía el té en el enorme vestíbulo-salón.

Su madrastra lo saludó con mucho afecto. Jack detestaba la tarea que se había impuesto. Sin embargo, creía firmemente que era su deber hablar con ella sobre el tema, y no podía concebir una oportunidad mejor. Su padre estaba fuera con los cazadores y solo estaban presentes dos o tres damas. Después de beber su té y comer un panecillo tostado, Jack dijo que tenía que escribir una carta y se retiró a la biblioteca, que sabía que estaría desocupada a esa hora.

Se sentó en un escritorio y escribió una breve nota a su madrastra, rogándole que se reuniera con él en la biblioteca, ya que tenía algo de importancia que decirle. Envió la nota con un sirviente y, en apenas un momento, apareció su madre.

—¿Querías verme, Jack? —preguntó ella sonriendo—. Me alegra que me llamaras así. Qué astuto eres; me preguntaba cómo podríamos tener una charlita antes de la cena y tú lo has resuelto de maravilla. Ahora cuéntame todo sobre ti, querido. ¿Cómo dejaste a tus amigos a bordo? Y, Jack, muchacho terrible, dime por qué pasaste todos esos días en Londres cuando te estábamos esperando aquí.

Su madrastra estaba tan visiblemente feliz de verlo —tan afectuosamente sincera en su amor maternal por él— que Jack flaqueó de nuevo ante la espantosa tarea que su conciencia le dictaba. Por poco decidió cancelar todo el asunto; luego, reprimiendo con terquedad el sentimiento y dando rienda suelta a lo que consideraba su deber, comenzó:

—Madre, querida, no sé cómo exponer esto como es debido. Un amigo mío a bordo, se llama Basil Towers, me dijo que te conoció cuando eras la señora Gough, y dijo que hubo un lío cuando murió tu marido. Dijo que los médicos afirmaron que tu esposo estaba paralítico, incapaz de caminar, y que tú y dos criadas estaban solas con él y… ¡Cielo santo! ¿Qué te pasa, madre?

Las últimas palabras fueron pronunciadas con una ansiedad lastimosa, y Jack se abalanzó hacia adelante justo a tiempo para sostener a su madrastra antes de que golpeara el suelo, pues Lady Evenden se había desmayado.

CAPÍTULO 4 La mano de la muerte

Jack llevó a su madrastra hasta un diván, la recostó con suavidad y cruzó la habitación para buscar un poco de agua de la garrafa que estaba en una mesa auxiliar. Pronto, el color empezó a asomar de nuevo en el rostro de Lady Evenden; y, para manifiesto alivio de Jack, ella abrió los ojos.

Al principio sonrió, desconcertada. Luego la memoria pareció acudir a ella; pues una mirada de dolor, seguida de una expresión de dureza que Jack nunca había visto antes, se instaló en su rostro.

—No intente levantarse, madre —suplicó Jack—. No puedo expresar cuánto lamento esto…

Ella lo interrumpió con un pequeño movimiento imperioso de su brazo.

—Estabas diciendo que tu amigo te contó que hubo circunstancias en la muerte de mi primer marido que me afectaban, creo. ¿De qué me acusas exactamente, Jack?

—¡Oh, madre querida! No hago ninguna acusación en absoluto. ¿Cómo puede pensar que lo haría? —respondió Jack apresuradamente—. El asunto es que, cuando me contaron esa historia podrida, sentí que debía de haber alguna explicación, y era de justicia que usted tuviera la oportunidad de dar la versión correcta. Entonces, ¿no lo ve?, sabré qué responder.

—Jack —Lady Evenden habló despacio, y sus ojos escudriñaron el rostro de su hijastro con agudeza—, ¿cómo es que llegaste a discutir mis asuntos? ¿Qué posible interés podría tener mi vida pasada para ti? ¿Hay algo desde que me conoces que justifique que andes hurgando en el pasado muerto? ¿En qué he fallado? Eras solo un niño de ocho años, Jack, cuando entré en tu vida, y siempre te he querido…

—¡Deténgase, deténgase! —Jack tomó la mano de su madrastra, se inclinó hacia adelante y la besó con ternura—. Me hace sentir como un bruto. No pretendo criticarla en absoluto. Pero, cuando oí esta historia, mi deber fue contársela. ¿No lo entiende? Obviamente, habría sido lo mismo si usted hubiera sido mi propia madre; lo ha sido para mí.

—No me has dicho cómo surgió esto. —Lady Evenden habló con calma. En sus ojos apareció una mirada melancólica mientras contemplaba el semblante atribulado de su hijastro.

—Basil Towers, mi compañero de rancho, vio su foto y… —comenzó Jack, cuando ella lo interrumpió.

—¡Ah, sí! Los Towers de Ardlui. ¿Qué dijo exactamente, Jack?

Jack le relató exactamente lo que el teniente de artillería había dicho. Ella escuchó con atención y se estremeció ligeramente cuando él llegó a la parte donde el hombre paralizado fue encontrado en el lago. Luego, durante un momento o dos tras terminar Jack, se quedó sentada en silencio, con la mano sombreando sus ojos. Al fin habló.

—Jack, mi vida con John Gough, el padre de Frank, fue terrible. Es un recuerdo que querría enterrar; una pesadilla y algo peor. La última noche —esa noche espantosa de la que te habló el joven Towers— no dormí nada. Pasé toda la noche haciendo mis maletas. Enfermo o no, tenía la intención de dejar a mi marido al día siguiente. Había llegado al límite de la resistencia humana. Jack, tú no sabes —no puedes imaginar— qué demonio era ese

hombre. Mira… —con un movimiento rápido se aflojó el vestido y descubrió un hombro, revelando una cicatriz permanente. Jack se estremeció. —Ese es un bonito recuerdo de John Gough —continuó ella con amargura—; John Gough y un atizador al rojo vivo. —Se volvió a abrochar el vestido; su respiración era agitada, como si el miedo de aquellos días terribles regresara a ella por un instante; luego prosiguió.

—No pretendo saber cuál era el estado de mi difunto marido la noche en que el médico y el señor Towers lo vieron. Todo lo que sé es que, por la mañana… se había ido. Fue hallado en el lago. Eso es todo lo que sé. Por supuesto, abandoné el distrito; un lugar que no tenía para mí más que recuerdos miserables y humillantes. Mi único deseo era olvidar.

—Pero, querida —preguntó Jack—, ¿no se quedó nadie para atender al hombre en su habitación si estaba paralizado de esa manera?

—Fue el primer ataque que tuvo, Jack —respondió ella—. El alcohol y la ira descontrolada lo habían dejado a menudo antes echando espuma por la boca y balbuceando. Vi cómo lo acostaban y advertí a las criadas que escucharan con atención su timbre, y que se aseguraran de ir juntas —no una sola—; no era seguro con ese hombre. Luego cerré mi puerta con llave y empaqué, como te dije.

—Es muy terrible, madre —dijo Jack—. Y lamento mucho haber resucitado un capítulo tan trágico de su vida. Solo hay una cosa que quiero preguntarle. Por supuesto, creo en lo que dice. Pero, ¿sabe mi padre todo esto?

Lady Evenden se tensó; había casi un desafío en sus ojos mientras hablaba.

—No, no lo sabe.

Jack se sintió como quien recibe un golpe en la cara. Lady Evenden se limitó a mirarlo, sin vacilar, de forma desafiante. Él tragó saliva y luego habló.

—Madre… ¿por qué no? ¿No cree que debería saberlo?

—Sí… debería haberlo sabido en su momento. De hecho, tuve la intención de decírselo. Empecé a decirle que había algo en mi vida matrimonial anterior que era muy terrible y que quería que supiera; pero tu padre vio mi angustia y dijo que, si se trataba de algo doloroso, no quería oírlo. Su confianza en mí era absoluta. Nunca he abusado de la confianza de tu padre, Jack.

—Aun así, madre —no pretendo criticarla indebidamente—, ¿no cree que debería saberlo ahora? Él le creería igual que yo. Sería terrible que se enterara por accidente como me pasó a mí —insistió Jack.

—Es demasiado tarde. —Lady Evenden sacudió la cabeza con tristeza.

—¿Por qué? —preguntó Jack.

—No quería empañar tu regreso a casa con esto, Jack querido, pero debes saber ahora lo que pensaba comunicarte con más delicadeza. El corazón de tu padre está en un estado terrible. Un impacto como este lo mataría. —Lady Evenden se recostó en su rincón del diván y sus hermosos ojos se llenaron de lágrimas. Jack estaba espantado.

—¿Desde cuándo es así, madre? —preguntó amablemente.

Ella procedió a contarle los frecuentes ataques cardíacos de Sir Michael, que culminaron en su visita al profesor Gaspari en Lausana.

El tiempo había pasado sin que ninguno lo notara, y ahora sonaba el primer gong para la cena. Lady Evenden se levantó; también lo hizo Jack.

—¡Ah, oiga! —dijo él mientras caminaban hacia la puerta—. Hay otra noticia hoy que debo contarle. Recuerda a Brenda Trenchard…

—Jack, Jack —le interrumpió Lady Evenden con impaciencia—. ¿Cómo puedes enlazar temas como los que hemos estado discutiendo con una referencia a mi coqueta damisela de hace tres años? Escucha, Jack… solo tenemos un momento. ¿Me das tu palabra de que guardarás mi secreto ante tu padre?

—Sí, por supuesto que lo haré. Pero debo contarle lo de Brenda…

—En otro momento, Jack. Créeme, te pido que hagas lo correcto en lo que respecta a tu padre, y sé que puedo confiar en ti. Eres un muchacho encantador, Jack; bésame. —Jack sintió que ella quería que la besara para dar fe de que aún confiaba en ella, y le rodeó los hombros con el brazo y la besó con mucha ternura.

Ella le dedicó una sonrisa y luego se dirigió rápidamente al aparador del mayordomo para hablar con Evans sobre algunos detalles de último momento antes de vestirse.

Jack subió lentamente por la escalera este hacia la Habitación del Prior para vestirse. Su mente seguía fija en la entrevista que acababa de tener con su madrastra. Sentía una simpatía abrumadora por ella. Confiaba en ella y creía en su versión de las circunstancias en las que el brutal John Gough había muerto. Sin embargo, ¿por qué —se preguntaba— no se lo había contado nunca a su padre? Sus meditaciones se vieron interrumpidas por un golpe en la puerta, que había cerrado con llave. Fue a abrir y se encontró de frente con Frank Gough.

—Hola, mi querido mercader de pelucas y togas —le saludó Jack con indisimulado placer, tendiéndole ambas manos, que fueron inmediatamente tomadas y apretadas por su hermanastro.

—Vaya, me alegro mucho de verte, viejo almirante —respondió Frank riendo—. Pensé en pasar a verte para charlar un poco antes de bajar.

—Me alegra muchísimo verte —dijo Jack cordialmente—. Sírvete cigarrillos, hay un sifón allí. ¡Pero espera! Mira esto. —Jack sacó una gran jarra de mimbre de un baúl—. Te he traído esto: una jarra de ron de la Marina de alta graduación.

—¡Qué tipo magnífico! —Frank tomó la jarra—. Me encantará un poco de esto al final de un largo día de caza. Oye… ¿tienes un sacacorchos? Vamos a catarlo ahora mismo, ¿te parece?

—En el servicio de alto rango, muchacho, estamos entrenados para llevar encima cada artículo de primera importancia —anunció Jack mientras le lanzaba un sacacorchos a su hermanastro. Mientras Jack terminaba de vestirse, Frank sacó el corcho de la jarra de ron y sirvió dos copas pequeñas del penetrante licor. Los hermanos estaban brindando el uno por el otro cuando se oyó un segundo golpe en la puerta.

—¿Quién es? —llamó Jack, y la puerta se abrió revelando a Roberto, el ayuda de cámara de Sir Michael, que venía a ver si podía asistir a Jack tras haber ayudado a vestir a Sir Michael. Jack rechazó sus servicios y los dos hermanos continuaron su charla.

—Oye, Jack —dijo Frank al poco tiempo—, quiero tu consejo, viejo, en serio. ¿Conoces a Jill Kilby?

Jack asintió y sonrió.

—¡No, no! Esto es serio —aseguró Frank—. Verás, he estado muy interesado durante mucho tiempo… y no sirve de nada. Ella no quiere saber nada de mí. He intentado todo lo que he podido. He hecho lo del hombre de las cavernas y lo del jeque, ya sabes…

—¿En qué consiste eso del hombre de las cavernas y el jeque, Frankie? —preguntó Jack, riendo.

—Bueno… ya sabes —respondió Frank—, por ejemplo, en el viaje a través de Francia, me las apañé para colarme en su compartimento del tren y le declaré mi amor furiosamente hasta que vino un guardia y tuve que salir.

—¡Qué demonios hiciste! —Jack lo contempló, primero con horror, y luego forzó una carcajada—. Me temo que yo nunca podría llegar a ese punto —dijo—, aunque cierta dama de mi conocimiento cuenta con cierta satisfacción complaciente que su marido la secuestró a bordo de un destructor que él comandaba, y se negó rotundamente a dejarla desembarcar hasta que ella prometió casarse con él. Llevan casados veintiséis años y tienen un teniente, un subteniente, un guardiamarina y la esposa de un cirujano de la flota; así que supongo que a veces sale bien. Ambos hermanos rieron. Luego Frank habló de nuevo, con seriedad.

—Por alguna razón, esa maldita chica parece odiarme, Jack —dijo, frunciendo el ceño y tomando un cigarrillo nuevo—. Además, tiene un amante… lo tiene alojado en la posada del pueblo. Los he visto juntos en el camino de entrada después de la cena. No pude evitar

oírles hablar. Se refirieron a mí; ¡y ese hombre —el doctor Barlow, le llaman— habló de mí como de un canalla!

Jack no pudo evitar reírse a carcajadas.

—Ya sabes, viejo amigo, que los que escuchan detrás de las puertas nunca oyen nada bueno de sí mismos. Pero, en serio, si la chica no te quiere, ¿por qué preocuparse? Hay muchos más peces en el mar. Ahí suena la campana; vamos, charlaremos más tarde.

Los hermanos salieron de la habitación y bajaron las grandes escaleras de caracol, atravesaron el pasillo principal del primer piso y finalmente llegaron juntos al vestíbulo, donde Jack fue abordado de inmediato por una veintena de viejos amigos y conocidos. En la cena, se encontró sentado junto a Jill Kilby y, al mirarla, no pudo evitar un recelo al pensar en la historia que Frank le había contado.

Era guapa, pensó Jack, pero comparada con Brenda… su Brenda… Al pensar en Brenda, un brillo de felicidad lo envolvió todo. ¿Qué dirían todos cuando supieran que él y Brenda se habían reconciliado? Miró al otro lado de la mesa. ¿Qué pensaría su padre? Sir Michael estaba en medio de una animada conversación con Muriel Daneley, la bella heredera estadounidense casada con el maduro conde de Daneley, que estaba sentado más abajo.

—He estado oyendo algunas cosas bastante terribles sobre usted —dijo Jack, sonriendo a la pequeña dama de compañía a su izquierda.

Jill se sobresaltó e involuntariamente lanzó una mirada furtiva hacia donde estaba sentado Frank, con los ojos fijos en ella.

—¿A qué se refiere, Sr. Evenden? —preguntó ella.

—Bueno, me han dicho que un muy buen amigo mío está positivamente en las últimas por su culpa. Con el corazón destrozado… ¡porque usted lo desprecia! ¡Debe de ser usted una dama muy cruel!

Jill levantó la vista y se sonrojó un poco. Pero al ver los ojos honestos y bromistas de su vecino, no expresó la molestia que sentía.

—Me alegra mucho que el tiempo se mantenga para la caza —dijo ella—. Todos los hombres dicen que nunca han tenido una temporada mejor.

"Pequeña monada con mucho temple", reflexionó Jack para sus adentros; luego dijo en voz alta: —Me alegra mucho oír eso. Verá, mi tiempo es esencialmente limitado. La mayoría de estos tipos pueden quedarse si viene una racha de mal tiempo, pero para mí es ahora o nunca. Mi permiso termina en poco más de una semana, y no hay apelación posible.

—Sí, lo comprendo perfectamente… por eso me alegra tanto…

—Jack, he querido hacerte una o dos preguntas de naturaleza bastante importante. —Jack se volvió compungido hacia la dama a su derecha; luego soltó un gruñido mental. Lady

Nina Cockett era la esposa del viejo rector. La conocía de antiguo, pero no había escapatoria—. Me ha preocupado durante algún tiempo, Jack —dijo ella—, lo que me temo que debo llamar la insidiosa infiltración de visiones y prácticas anglocatólicas en las capellanías de las fuerzas de la Corona. Ahora me pregunto si podrías decirme: ¿vuestro capellán se sitúa hacia el este o hacia el norte en el altar?

—Realmente no lo sé —respondió Jack—. Supongo que depende del rumbo que lleve el barco.

—Jack, querido —replicó la dominante voz de Lady Nina—, sé que la tendencia actual es que los jóvenes traten los asuntos serios con ligereza, pero confío en que rindas a tu pastor el debido respeto que se te ha enseñado a mostrar.

—Oh, sí, por supuesto. —Jack intentó zafarse para reanudar su conversación con Jill, pero la dragona lo tenía atrapado, y el resto de la comida transcurrió entre las preguntas y afirmaciones de Lady Nina. Jack sintió más lástima que nunca por el pobre rector, que cargaba con su cruz con una paciencia ejemplar. Pero todo tiene un fin, y pronto se sirvió el oporto y las damas se retiraron. Durante los habituales tres cuartos de hora, los hombres permanecieron sentados, fumando sus puros y saboreando el vino.

—Mañana quiero tener una larga charla contigo sobre varios asuntos, Jack, hijo —dijo Sir Michael mientras él y Jack caminaban del comedor hacia el salón—. Sí —respondió Jack—. Te ves muy bien esta noche, papá. ¿Te sientes en forma?

—Sí… y no —respondió el baronet lentamente—. Pero sobre eso, y sobre otras cosas, hablaremos mañana por la mañana. Creo que me retiraré temprano esta noche. Me he excedido un poco hoy. Siento un poco el cansancio, pero un buen descanso nocturno me dejará como nuevo, sin duda.

—¿A qué hora te viene bien, papá? —preguntó Jack.

—Oh, daremos un paseo temprano juntos antes del desayuno. Sé que estás acostumbrado a madrugar. Ven a la sala de armas a las siete y media —respondió el baronet.

—Perfecto —contestó Jack—. Como sabes, siempre me hacían ilusión nuestros paseos matutinos por el bosque, papá.

—A mí también, muchacho, y me la siguen haciendo —respondió Sir Michael—. Ahora vete a reunirte con las damas, o a jugar al bridge, al billar o lo que sea. Si ves a tu madre, dile que me he retirado temprano; solo un poco cansado, eso es todo.

—Entendido, papá. —Jack se despidió de su padre con un «buenas noches» y se dirigió a la sala de billar. Allí jugó dos partidas, buscó a Frank con la mirada pero no logró encontrarlo, y fue al salón para ver si Jill Kilby estaba allí, pero salió apresuradamente en cuanto Lady Nina Cockett le echó el ojo y comenzó a aclararse la garganta preparándose para un nuevo asalto. Tal vez Frank subiría a la Habitación del Prior para charlar un rato con él, pensó Jack

mientras se dirigía hacia allí. Pero Frank no apareció, así que, al poco tiempo, se desvistió y se preparó para dormir.

Jill Kilby había aprovechado que en el salón se interpretaba algo de música de cámara, lo cual mantenía la atención de todos, para escabullirse a su encuentro con Wilfred Barlow. Le contó todas las novedades de los últimos tres días, la llegada de Jack y su broma durante la cena; luego regresó para encontrarse a su señora sumida en una gran angustia.

Lady Evenden había preguntado repetidamente por Jill en la última hora y, pese a su aflicción, estaba algo molesta de que se hubiera ausentado sin avisar. Al parecer, Sir Michael había estado sufriendo un dolor agudo en el pecho y habían enviado por el médico local. Este llegó casi al mismo tiempo que Jill y, conociendo a fondo el caso, declaró que era algo de esperar tras un día agotador; ciertamente nada alarmante. Le administró un sedante y se marchó, tranquilizando a Lady Evenden respecto a su esposo.

Sir Michael volvió a recostarse para descansar. En la planta baja el baile continuaba, las mesas de cartas estaban muy concurridas y la sala de billar estaba ocupada por un grupo de jóvenes alegres de ambos sexos. Pequeños e inofensivos flirteos se desarrollaban en los invernaderos hasta que, al fin, el último invitado se fue a la cama.

Eran las tres de la mañana cuando Roberto, el ayuda de cámara que dormía en el cuarto trastero que comunicaba con el dormitorio de Sir Michael, oyó unos gemidos extraños que provenían de la habitación de su señor. Entró corriendo y encontró a Sir Michael en una agonía espantosa, con las manos apretadas contra el pecho.

El criado corrió al lado de la cama y levantó la cabeza de su señor; justo en ese momento, Sir Michael soltó un débil gemido… y todo terminó.

CAPÍTULO 5 El doctor Laidlaw toma cartas en el asunto

Tan pronto como comprobó que su señor había muerto, el ayuda de cámara, Roberto, dio la alarma de inmediato y Lady Evenden no tardó en aparecer en el lugar. Su dolor era terrible. Durante algún tiempo no pudo asimilar que el temido final hubiera llegado de forma tan repentina… casi tan infame. El mayordomo mandó llamar a Jill Kilby, quien intentó que su señora abandonara la cámara mortuoria; pero Lady Evenden permaneció allí, medio arrodillada, medio recostada junto al lecho de su esposo, con los brazos rodeando el cuello del hombre que ya nunca más podría responder a sus caricias.

Frank y Jack fueron llamados y llegaron casi al mismo tiempo. Horrorizados y desconcertados, permanecieron un rato contemplando impotentes la trágica escena formada por los vivos y los muertos.

Jack, recuperando finalmente el dominio de sí mismo, mandó llamar al médico local, quien acudió rápidamente y certificó el fallecimiento. Sir Michael, dijo, había sufrido otro ataque. Esta vez el corazón no había podido resistir el esfuerzo y la muerte sobrevino de inmediato.

Estaba sorprendido; por su examen de Sir Michael a primera hora de la noche, no había pensado que tal contingencia fuera ni remotamente posible.

Tras mucho insistir, convencieron a Lady Evenden para que fuera a su habitación, y el médico le dio un sedante para asegurar que durmiera un poco. Jill se quedó a su lado, en su cuarto, mientras Jack y Frank gestionaban juntos los preparativos inmediatos. Ninguno de los dos volvió a la cama. Pasaron el resto de la noche enviando mensajes a abogados y familiares.

Por la mañana, se informó discretamente a los invitados del trágico suceso y de la imposibilidad de que Lady Evenden los recibiera en persona. Con expresiones de profunda condolencia, todos abandonaron la casa que, tan de repente, había pasado de ser un alegre hogar de felicidad a un lugar de indescriptible penumbra.

Durante la mañana llegó el señor Christopher Benson, de la firma *Benson, Waugh & Musgrave*, abogados, y tras dirigirse a la habitación donde yacía su distinguido cliente y permanecer allí en respetuoso silencio un tiempo, buscó una entrevista con Jack en la biblioteca.

El señor Benson era un caballero anciano que había servido al padre del difunto baronet como asesor legal y conocía a Jack desde que era un bebé. Era un hombre pequeño, de un metro sesenta aproximadamente. A sus setenta y seis años, aparentaba unos sesenta; de semblante rubicundo y vestido a la moda de hacía tres décadas. Lucía unas pequeñas patillas blancas que cepillaba hacia atrás hasta las orejas. Su cabello, abundante a los lados, era muy ralo en la coronilla. Usaba cuellos tipo Gladstone tremendamente altos, que tenían el efecto de enmarcar su rostro por completo entre la patilla y el cuello. Pero los rasgos más notables del señor Christopher Benson eran sus ojos y sus orejas.

Sus orejas eran inusualmente grandes, y sus ojos —situados sobre unas mejillas algo abultadas— eran desconcertantemente brillantes y alertas. Vestía de forma inmaculada con su estilo de antaño: una levita gris y chaleco con pantalones de raya perfectamente planchados, zapatos de charol y un enorme corbatín —negro hoy, por respeto a la familia Evenden—.

Estaba frente a la gran chimenea de la biblioteca cuando entró Jack, con las manos a la espalda y las llamas del fuego proyectando sombras vacilantes sobre su venerable rostro, pues las ventanas estaban a oscuras.

Al entrar Jack, encendió varias luces.

—Buenos días, Sir John —le saludó el anciano, y Jack se sobresaltó. El título le sonó sumamente extraño; era la primera vez que se dirigían a él de esa manera.

—Esta es una mañana triste para todos nosotros, muchacho —prosiguió el anciano—. Pero qué alivio que estés en casa; temía que tuviéramos que mandar por ti a tu barco.

—Llegué anoche, de hecho —respondió Jack—. ¿Cómo está, señor Benson? —Estrechó la mano del anciano cordialmente.

—Muy bien, gracias, muchacho —dijo Benson—. No necesito preguntarte cómo estás tú. ¿Cómo se lo está tomando Lady Evenden?

—Terriblemente —respondió Jack con un escalofrío—. Acabo de salir de su habitación. ¡Es espantoso contemplar su dolor! No llora, sabe, sino que se sienta junto a la ventana mascullando para sí misma de vez en cuando, y a veces parece estar hablando con… con él. —Las lágrimas asomaron a los ojos de Jack ante el recuerdo. El anciano le dio unas palmaditas en el hombro.

—¡Mmm! ¡Mmm! —gruñó—. Tendré que verla antes de irme. Estas mujeres fuertes y capaces, como tu madrastra, son a las que hay que vigilar en una crisis como esta, muchacho. Se entregan por completo a una sola persona y, cuando algo sucede, simplemente se desmoronan. Debes cuidar mucho de ella, Jack. Es una buena mujer.

—¡Oh, lo sé! ¡Lo sé! —asintió Jack.

—Ahora, muchacho… —el anciano tosió levemente— es sumamente desagradable pensar en asuntos de negocios cuando el alma de uno está sumida en la emoción. Sin embargo, hay ciertas cosas que deben atenderse de inmediato, y debo… lo siento, pero debo pedirte que me acompañes a revisar una serie de documentos…

—Oh, oiga, señor Benson —interrumpió Jack con protesta—, ¿no puede esperar? ¿Es realmente necesario discutir algo así todavía?

—Sí, lo es —soltó el anciano casi con brusquedad. Luego prosiguió con más amabilidad—: Debes recordar que naciste como una persona privilegiada. Los grandes privilegios conllevan grandes responsabilidades, y ciertas cruces, por así decirlo, que no siempre son el destino de aquellos en circunstancias más humildes.

—De acuerdo, señor. —Jack vio al viejo abogado bajo una nueva luz. Había una personalidad tremenda en aquel hombrecito. Y, allí de pie, con su noble y maduro rostro serio y sus ojos claros y agudos centelleando, parecía la encarnación del deber legado por una generación anterior y más severa para guía de la generación venidera.

—Hay ciertos documentos que debes firmar y que he preparado para una contingencia como la presente —dijo, desdoblando un fajo de papeles atados con cinta rosa y ajustándose unas pesadas gafas anticuadas en la nariz—. Vamos a repasarlos.

Así transcurrió un cuarto de hora; luego el anciano dobló sus papeles, se quitó las gafas, se recostó en su silla y, con las yemas de los dedos tocándose de vez en cuando, se dirigió a Jack.

—Ahora hay otro punto que debo mencionarte esta mañana —dijo—. Hay un testamento, por supuesto, que se leerá tras el funeral… pero, ¿llegó tu padre a confiarte algo sobre sus asuntos?

—No —respondió Jack—. De hecho, anoche mismo me dijo que deseaba consultarme varias cosas esta mañana, y acordamos vernos en la sala de armas a las siete y media.

—¡Mmm! Ya veo. —El anciano cruzó las piernas, lanzó una mirada aguda hacia la puerta, luego se inclinó hacia adelante y, hablando más bajo, dijo—: El testamento con el que tendremos que proceder al registro, el único testamento existente, muchacho, es una absoluta parodia de los deseos de tu difunto padre. La razón por la que quería consultarte esta mañana era para asegurar tu cooperación y acuerdo al establecer una provisión para tu hermanastro y tu madrastra que fuera justa y razonable.

—Pero no querrá decir que no nos dejó provisión a todos, ¿verdad? —preguntó Jack desconcertado.

—Esa era su intención —respondió el señor Benson—. Te contaré lo que pasó. Hace algún tiempo —hace solo unas semanas— tu padre estaba sumido en dificultades financieras. Las cosas pintaban negras como una tormenta en los mercados del petróleo ruso, de donde, por supuesto, derivaba su gran riqueza. Él sentía un auténtico horror ante la idea de que esta propiedad se le escapara a la familia otra vez. No lo culpo por ello; pero, cuando pensó que podría estar cerca de la ruina, decidió que cada penique disponible debía concentrarse en la propiedad, para que el heredero no se viera obligado a hipotecar o vender. El primer proceso acaba invariablemente en el segundo, según mi larga experiencia.

»En caso de su muerte, habría habido lo suficiente para seguir adelante, pero solo lo justo, y confiaba en que tú cuidaras de tu madrastra mediante una pensión, en la medida en que la propiedad pudiera permitírselo. ¿Me sigues?

Jack asintió.

—Bueno, pues… —el anciano miró a su alrededor— tráeme un poco de whisky, ¿quieres? — Jack apenas pudo reprimir una sonrisa. Se disculpó por su falta de atención, llamó y pidió el refrigerio. Cuando se sirvió y la puerta se cerró tras el sirviente, el señor Benson, tras dar un sorbo, continuó—: Desde entonces la situación ha cambiado por completo. Tu padre y sus socios salieron victoriosos, y tu padre ha muerto valiendo probablemente medio millón, después de pagar esos inicuos impuestos de sucesiones. Ahora te corresponde a ti, por honor, cumplir los deseos de tu padre y proveer una suma adecuada para tu hermanastro y tu madrastra. ¿Entiendes?

—Ciertamente, señor Benson. Sabe perfectamente que haré lo que usted considere correcto al respecto.

—Bien, eso es todo lo que quería decir ahora, muchacho. Sigo llamándote "muchacho" y "Jack". Debo acostumbrarme a llamarte "Sir John". Esa es una de las penas de la edad, muchacho: un vano anhelo por las cosas que fueron… y la locuacidad.

El anciano se levantó, terminó su whisky y se volvió hacia Jack.

—Ahora, llévame ante Lady Evenden —ordenó.

—Bueno… no sé realmente si podrá conseguir algo, señor Benson… —comenzó Jack con duda.

Pero el anciano le atajó con brusquedad: —¡Bah, pamplinas! Llévame ante Lady Evenden… y deja el resto de mi cuenta.

Sin más preámbulos, Jack le guio por la gran escalinata hasta la habitación de su madrastra, abrió la puerta suavemente y llamó a Jill. El señor Benson pasó por su lado casi empujándole y cruzó la estancia hacia donde Margaret Evenden permanecía sentada, una figura ciertamente trágica, ante el amplio ventanal que daba al parque. Sus ojos, en un vagar incesante, recorrían cada rincón del paisaje. Todo aquello era tierra sagrada para ella. No había un solo palmo que su amado esposo y ella no hubieran pisado en los años felices que ahora llegaban a su fin.

Jack se retiró, y Jill Kilby, mirando con cierto recelo al abogado mientras este cruzaba la habitación, se adelantó y le tocó la manga de la levita.

—Su señoría no es ella misma… —empezó Jill.

—Yo conocía a su señoría antes de que usted naciera, muchacha. Salga de la habitación —ordenó el viejo abogado con severidad. Jill vaciló. —¿Quiere salir de la habitación? —Los ojos del señor Benson centellearon, resultando completamente intimidantes. Jill se sonrojó y abandonó la estancia. Entonces, el señor Benson se acercó a Margaret Evenden, quien no había mostrado el más mínimo interés en el duelo de voluntades que acababa de tener lugar a tres metros de ella. Fue un señor Benson muy distinto el que le tocó el hombro.

—¡Lady Evenden, mi pobre niña! —susurró el anciano—. Esto no está bien, sabe. —Ella levantó la vista y el viejo abogado le tomó la mano.

—¿Quién se lo dijo? —susurró Margaret Evenden—. John lo sabía.

El señor Benson la miró de cerca. Había un temblor en su voz cuando preguntó:

—Lady Evenden, mi querida niña, ¿me conoce?

Ella le miró fijamente con aire ausente durante varios segundos; luego respondió:

—Por supuesto… es el señor Benson, pero ya nada importa. Guardé mi secreto a salvo todos estos años, y luego alguien se lo dijo… y él murió.

—¿Querría escuchar, por favor, a alguien que ha procurado servirla desde el día en que la conoció, querida? —pidió el señor Benson, y sus ojos magnéticos sostuvieron la mirada de ella.

Ella respondió a su pesar: —Sí… sé que puedo confiar en usted. Creo que puedo confiar en usted. Pero ya no importa de todos modos.

—Puede confiar en mí, niña, y lo que es más, debe obedecerme. Ahora escúcheme. Su querido esposo murió porque su corazón estaba en un estado terrible y se había estado sobreesforzando últimamente. Él la amaba, y esperaba que usted siguiera siendo el fuerte apoyo de los débiles en este distrito que siempre ha sido. Las obras de caridad que él y usted inauguraron aún necesitan de su genio directivo. Todavía tiene trabajo que hacer.

Ella guardó silencio. Él hizo una pausa y luego prosiguió:

—No soy sacerdote, querida, solo un viejo abogado bastante cínico; pero una abrumadora mayoría de personas civilizadas cree firmemente que la muerte no es el fin de la existencia. Bajo esa premisa, mi querida niña, ¿no le corresponde ahora actuar de modo que su querido esposo se sienta orgulloso de su victoria sobre la adversidad cuando vuelvan a reunirse?

—No le fallaré —respondió ella—. Solo que él no me habría dejado si alguien no se lo hubiera dicho.

—No piense en eso —aconsejó el anciano—. Recuerde lo que le digo. Vendré a verla mañana. Buenos días, mi querida Lady Evenden.

Ella le dio los buenos días y, con el ceño fruncido, el señor Benson abandonó la habitación. En la puerta encontró a Jill hablando con Jack Evenden. Ignoró a la muchacha, apartó a Jack y le habló con franqueza y firmeza:

—Escúchame, Jack. Tu madrastra está al borde de un colapso mental completo. Conozco las señales. Cuando llegan las grandes crisis de la vida, estas mujeres fuertes y capaces se vienen abajo por completo. Sienten con demasiada profundidad, muchacho; sienten con demasiada profundidad. Ahora escúchame y sigue mi consejo. Cualquier cosa podría pasarle a esa desafortunada señora. Debes traer —y traer ya mismo— a una mujer fuerte, capaz y con experiencia a la casa, como enfermera o acompañante. Esa jovencita casquivana que ha pretendido enseñarme mi oficio es totalmente inútil… peor que inútil. Consigue a alguien de inmediato, ¿lo harás?

—Sí, por supuesto, si usted dice que debo hacerlo —respondió Jack, con gesto asustado—. ¿Quiere decir que hay peligro para su cordura?

—Sí, lo hay —interrumpió el señor Benson—. Ahora tiene toda clase de delirios ridículos. ¿A quién llamarás?

—Mandaré por Lady Porter, ella…

—Excelente —asintió el abogado—. La mujer ideal. Manda a buscarla de inmediato y, mientras tanto, ten a la gobernanta cerca de tu madrastra. No la dejes al cuidado de esa jovencita.

Jack aceptó, aunque en su fuero interno sentía que el anciano exageraba tanto el estado de su madrastra como la incompetencia de Jill. No obstante, sabía en qué estima la tenía su padre y sabía que el señor Benson era considerado el mejor abogado de cuatro condados. Además, personalmente le apreciaba tanto como le respetaba. Determinó, por tanto, mandar llamar a Lady Porter, la prima de su padre en Lincoln, inmediatamente. Acompañó al señor Benson al vestíbulo, donde esperaba un hombrecillo. El mayordomo se les acercó.

—Este caballero dice que debe ver a Lady Evenden, señor —anunció.

—Pues no puede, sea quien sea —sentenció el señor Benson antes de que Jack pudiera responder.

—№.. es imposible que nadie vea a Lady Evenden por el momento —secundó Jack, lanzando una mirada al hombrecillo.

—Les ruego me disculpen, caballeros —dijo el hombrecito dando un paso al frente—, pero soy un viejo amigo de Lady Evenden, y en este momento es muy importante que la vea… imperativo, incluso.

—¿Cómo se llama? —preguntó Jack.

—Laidlaw… el doctor Laidlaw —respondió el hombrecillo con una mirada rápida al abogado, que le observaba agudamente.

—Bien, entonces tendrá que escribir, doctor Laidlaw —dijo el señor Benson—. Ciertamente no puede verla. No está en condiciones de recibir a nadie.

—Estoy seguro de que si ella supiera… —comenzó el doctor Laidlaw.

—¡No puede verla! ¡No puede verla! —tronó el señor Benson—. ¿Es que no sabe obedecer una orden, hombre?

—Es muy importante… —De nuevo el doctor fue interrumpido.

—¿Quiere hacer el favor de marcharse, señor? —El abogado parecía juez y verdugo en una sola pieza.

El doctor Laidlaw, demudado y con un brillo maligno en los ojos, se marchó sin decir palabra.

—No sé quién es ese hombre, pero es un tipo despreciable —observó el señor Benson a Jack, y este coincidió en que la apariencia del doctor no era, ciertamente, nada halagüeña. El abogado se despidió y Jack regresó a la biblioteca.

A última hora de esa tarde, cuando Jack fue a visitar la habitación de su madrastra, se quedó atónito al encontrarse con el doctor Laidlaw saliendo de ella justo cuando él se disponía a entrar. Se detuvo un momento para interrogarlo, pero Laidlaw pasó a su lado a toda prisa y ya estaba en la escalera antes de que Jack pudiera articular palabra.

—Lady Evenden está intentando dormir y le ruega que la disculpe —anunció Jill en cuanto Jack se dispuso a entrar en la estancia.

—Bueno, creo que será mejor que la vea un momento —vaciló Jack.

—Perdóneme —dijo Jill—. Puede hacerlo, por supuesto, si lo desea, señor Evenden; pero parece tan alterada en este momento que creo que, si se me permite aconsejarle, sugeriría que la deje descansar una hora más o menos.

—Está bien —accedió Jack con cierta renuencia—. Pero solo un momento, señorita Kilby. ¿Quién dejó pasar a ese hombrecillo que acaba de salir?

—Oh, se llama doctor Laidlaw —dijo Jill—. Su señoría lo vio en los terrenos de la finca y mandó decir que lo recibiría; así que informé al mayordomo y él subió.

—Ya veo… de acuerdo —dijo Jack tras una pausa. Luego, mientras se alejaba, se dijo para sí: «¿Quién será ese tipo? Parecía muy seguro de su bienvenida… y, por lo visto, fue bienvenido. ¿Laidlaw? ¿Laidlaw? ¿Dónde he oído yo ese nombre…? ¡Cielo santo! ¡El nombre del médico que atendió a su primer marido en el lago Lomond! ¿Qué demonios significa esto?».

Sumido en sus meditaciones, Jack caminó hacia el cuarto de fumar, luego a la biblioteca y después hizo una ronda por los lugares más probables para encontrar a su hermanastro. Al no hallarlo, regresó a la biblioteca, llamó al mayordomo y le pidió que enviara al señor Frank a la Habitación del Prior en cuanto llegara.

Pero Frank no apareció, y más tarde esa noche Jack cenó solo en el gran comedor. Después, obsesionado por la soledad, se retiró a la Habitación del Prior, dejando de nuevo instrucciones al mayordomo de que le enviara a Frank si regresaba antes de medianoche.

Roberto, el ayuda de cámara, fue a atender a su nuevo señor a las siete y media de la mañana siguiente, pero no obtuvo respuesta al llamar a la puerta. Decidió, por tanto, esperar hasta las ocho.

A las ocho tuvo el mismo resultado; así que giró el pomo de la puerta, que no estaba cerrada con llave, y entró. Lo siguiente que ocurrió fue que toda la casa se sobresaltó por un grito desgarrador mientras Roberto, completamente fuera de sí, corría por los pasillos gritando:

—¡El amo Jack… el amo Jack está muerto… asesinado!

CAPÍTULO 6. ¡Arrestado!

Si la muerte de Sir Michael, por inesperada que fuera, había conmocionado a los habitantes del Priorato de Evenden, esta nueva calamidad resultaba abrumadora. Los gritos salvajes de Roberto estaban más que justificados. El mayordomo y un lacayo acudieron de inmediato a la Habitación del Prior y allí, tendido en el suelo en pijama, con el cuerpo torcido y contorsionado, yacía el joven señor de Evenden. Jack había disfrutado de su título de baronet durante menos de veinticuatro horas.

Se envió a buscar de inmediato a la policía y al médico. Este último certificó la muerte de Jack y añadió que probablemente había ocurrido ocho horas antes.

Cuando el superintendente de la policía local llegó acompañado de un inspector, Frank Gough los recibió en la biblioteca. Frank declaró todo lo que sabía. Dijo que la tarde anterior había regresado algo tarde de una visita a Norwich, donde había encargado ropa de luto a su sastre. En el trayecto de vuelta, su coche le había dado problemas y fue necesario repararlo. El retraso le hizo llegar tarde a la cena, que posteriormente tomó a solas.

Dijo que luego recibió un mensaje del mayordomo indicándole que su hermano se había retirado y que esperaba que subiera a la Habitación del Prior. Así lo hizo, y encontró al difunto extrañamente perturbado. Jack se había portado muy bien, pero le fue necesario hacerle cierta revelación, cuya naturaleza Frank había resentido profundamente.

Mientras Frank aún se sentía preocupado y conmocionado —porque, según dijo, la revelación era ciertamente impactante—, su hermano fallecido procedió a explicarle que, como el reparto del dinero tanto para Frank como para su madre estaba enteramente en sus manos, eso lo dejaba en una posición muy difícil. Frank perdió entonces los estribos y acusó a Jack de inventarse deliberadamente una patraña para eludir su deber manifiesto, en lo financiero, para con su madrastra y su hermanastro.

Siguieron palabras acaloradas. Los hermanos casi llegaron a las manos. Entonces Frank dijo que, en cuanto terminara el funeral de su padrastro, abandonaría el lugar para siempre. Tras aquello salió de la estancia, dirigiéndose directamente a su propio dormitorio. Media hora más tarde, según declaró, Jack fue a su habitación para disculparse. Comprendía, había dicho, cómo debía de haberse sentido Frank, y con mucha calma le contó más detalles de la historia. Los dos hermanos llegaron por fin a una política común de silencio respecto al asunto; y, antes de marcharse, Jack le dijo a Frank que su intención era cumplir religiosamente los deseos de su padre con respecto al dinero, y además con una interpretación generosa.

Ambos se pidieron perdón por las palabras altisonantes y las duras insinuaciones previas. Luego, tras estrecharse la mano, Jack regresó a la Habitación del Prior.

Todo esto fue anotado cuidadosamente por el inspector de policía. El superintendente lanzaba una mirada aguda a Frank de vez en cuando; pero no habló hasta que la declaración estuvo completa. Entonces formuló una serie de preguntas, pero Frank se mantuvo firme. El superintendente pidió entonces a Frank que permaneciera con él mientras interrogaba a los sirvientes.

El relato del mayordomo fue una confirmación total de la primera parte de la historia de Frank. El difunto joven baronet, dijo, había cenado solo y luego se había retirado, tras expresar el deseo de que se pidiera a su hermanastro que lo visitara en su habitación. Él había entregado el mensaje al Sr. Frank, a quien vio partir más tarde en dirección a la Habitación del Prior. No supo nada más hasta que tuvo el informe de Roberto por la mañana de que el Sr. Jack estaba muerto.

A continuación se examinó a la gobernanta, a dos lacayos y a Roberto. Roberto se limitó a repetir su primera declaración. A las ocho en punto había encontrado a su señor muerto; eso era todo lo que sabía.

La gobernanta no sabía absolutamente nada, y así lo dijo. Sin embargo, justo antes de marcharse, sobresaltó a los presentes declarando:

—Desde luego, sé perfectamente cómo murió, de todos modos.

—¿A qué se refiere, Sra. Turnbull? —preguntó el superintendente.

—Anoche fue la víspera de San Miguel y Todos los Ángeles —declaró la anciana—, y nunca ha habido, en la historia del Priorato, un caso de una sola persona a la que se le haya permitido pasar la noche entera en la Habitación del Prior en esa noche espantosa. Algunos lo han intentado… pero han escapado a tiempo, aterrorizados.

—¿Qué es esto? —preguntó el desconcertado superintendente.

Frank le contó la antigua tradición de la habitación encantada y la supuesta visita de la adusta figura del último de los priores, John Paseley, en el aniversario de su asesinato en defensa de su priorato. El inspector, que era un buen católico, se santiguó subrepticiamente.

—¿Existe algún registro de experiencias auténticas? —preguntó el superintendente.

—Sí —respondió Frank—. Hay un libro antiguo en la caja fuerte de allí. ¿Quiere que lo traiga?

—Sí —respondió el superintendente—. Me gustaría verlo.

Entonces surgió la cuestión de las llaves. Jack había tenido la llave de esa habitación. Tras un momento de reflexión, el superintendente dijo:

—No importa, terminaré el interrogatorio primero; luego miraré. Quizá sea mejor que me lleve las llaves por el momento.

El siguiente en ser examinado fue el lacayo mayor; no sabía nada y fue despachado rápidamente. Le siguió un joven ayudante de lacayo llamado Thomason, un muchacho de campo e inexperto. Entró en la habitación con la boca abierta, sus ojos saltones fijos en Frank, y pronto puso en alerta a sus oyentes.

—No sé si debería decir lo que tengo que decir, señor —empezó servicialmente. El superintendente fijó de inmediato en él una mirada penetrante. —Cuéntenos todo lo que sepa —ordenó—. Todo, fíjese bien.

—Bueno, señor —comenzó Thomason—, sobre las nueve tuve ocasión de ir a la pequeña despensa contigua a la Habitación del Prior, y oí una discusión espantosa, señor.

—¿Reconoció las voces?

—Sí, señor —respondió Thomason.

—¿De quiénes eran? —exigió el superintendente. Thomason dirigió una mirada asustada en dirección a Frank.

—No puedo evitar contarlo, señor, ¿verdad? —titubeó, pareciendo el vivo retrato de la estupidez rústica.

—Sigue, idiota, sigue… di la verdad —ordenó Frank.

—Bueno, las voces eran del Sr. Jack y del Sr. Frank —declaró Thomason, jadeando de horror.

—¿Pudo oír lo que decían? —preguntó después el superintendente.

—No exactamente —respondió el lacayo—. Había algo sobre codicia… y algo sobre su señoría… y algo sobre que el Sr. Frank dejaría el lugar para siempre.

—Pero, ¿estaban discutiendo… ferozmente?

—¡Oh, sí, señor… algo escandaloso! —respondió Thomason solemnemente.

—Se quedó allí un rato, supongo —dijo el superintendente.

—Sí, señor.

—¿Aguzando el oído? —La interrupción vino del viejo Evans, el mayordomo, que con creciente disgusto había observado la exhibición que su lacayo estaba dando de sí mismo.

—Cállese, Sr. Evans —ordenó el superintendente—. Este hombre puede ser un testigo importante.

—Nunca será un lacayo importante si yo tengo algo que ver —respondió acaloradamente el mayordomo—. ¡Vaya idea! Un sirviente entrenado por mí…

—¡Sr. Evans, debo pedirle que abandone la habitación! —El superintendente se puso en pie y señaló la puerta. Con una mirada venenosa a su desgarbado ayudante, el viejo Evans salió

de la habitación, pero dice mucho de su autoridad en el Priorato que Thomason se quedara allí temblando como un mono apaleado tras su partida.

No se le sacó nada más a Thomason; de hecho, intentó retractarse de parte de lo que ya había dicho, hasta que el superintendente lo asustó seriamente contándole las cosas terribles que les pasan a las personas que engañan a la policía.

Mientras la indagación estaba en curso, llegó el Sr. Benson. Frank lo había mandado llamar antes. El abogado se quedó estupefacto ante la noticia. Lo primero que preguntó fue si Lady Evenden lo sabía.

Frank no lo sabía; había estado totalmente ocupado todo el tiempo desde el descubrimiento.

El viejo abogado pidió a Frank que lo acompañara. El superintendente pareció a punto de objetar. Pero el Sr. Benson estaba acostumbrado a mandar incluso a los superintendentes de policía, y él y Frank fueron juntos a la habitación de Lady Evenden.

La noticia le había sido comunicada por la gobernanta y Jill Kilby. Estaba terriblemente afligida. Pero, curiosamente, el Sr. Benson pensó que se encontraba en mucho mejor estado mental que el día anterior. Jill Kilby declaró que, a primera hora de la mañana, Lady Evenden se había derrumbado y había llorado amarga y apasionadamente por primera vez desde la muerte de su marido.

Dijo muy poco ahora. Tomó la mano de su hijo y la apretó. Luego se volvió hacia el Sr. Benson, sujetando su mano con fuerza, como si fuera un pilar de roca en un mar revuelto de tribulaciones.

—Debe de haber caído una maldición sobre esta casa —exclamó ella—. ¡Oh, señor Benson!, no permita que nos ocurra nada más terrible, ¿lo hará?

El anciano respondió con tanta seguridad como pudo, y luego él y Frank salieron de la habitación para regresar a la biblioteca.

El superintendente y el inspector habían completado su interrogatorio a los sirvientes y estaban absortos en el gran tomo que narraba los fenómenos recurrentes de la Habitación del Prior.

—¿Cómo se han hecho con eso? —preguntó el señor Benson.

—El señor Frank Gough me dijo que estaba en la caja fuerte, y yo tenía las llaves que se encontraron en los bolsillos del hombre asesinado —respondió el superintendente.

—¡Mi querido Dodgson! —El señor Benson enarcó las cejas y arrugó la frente—. ¿Desde cuándo es costumbre que los oficiales de policía tomen llaves de los bolsillos de los difuntos sin consultar a los abogados ni a nadie más? ¿En qué está pensando?

—Estoy buscando en este libro para ver si encuentro alguna pista posible sobre el asesinato. Se ha afirmado que nadie ha permanecido una noche entera en esa estancia —llamada la Habitación del Prior— en un día determinado… esto es, la víspera de San Miguel.

—¡Por Júpiter!, eso es ciertamente notable… y además es cierto, puedo asegurárselo —dijo el señor Benson pensativo.

—Deseo verle un minuto en privado, en cualquier caso —prosiguió el superintendente. El señor Benson asintió y salieron juntos de la habitación. Condujo al superintendente Dodgson a un pequeño salón de mañana; entonces el superintendente tosió un poco y habló.

—Usted, por supuesto, actúa en representación de la familia, ¿verdad? —El señor Benson asintió—. Bien, a grandes rasgos —continuó el superintendente—, esta es la situación actual. Se han tomado las siguientes declaraciones… ¿quiere leerlas? Esta es la del señor Gough, y esta es la última… la del lacayo Thomason.

Hubo silencio durante diez minutos mientras el señor Benson digería el contenido. Cuanto más leía, más fruncía el ceño. Sin decir palabra, dobló los papeles, se los devolvió al superintendente, se quitó las gafas y fijó en el otro aquellos ojos penetrantes que habían intimidado a más de un tribunal del condado. Entonces habló.

—¿Y bien?

El superintendente estaba indudablemente incómodo; su posición era delicada. Tosió de nuevo, una o dos veces.

—Siento deseos de llamar a Scotland Yard —comenzó. El señor Benson asintió con aprobación—. Pero mientras tanto… digo mientras tanto… no veo cómo puedo evitar el arresto del señor Gough.

El señor Benson ni se inmutó. Ni por el parpadeo de un párpado traicionó la más mínima emoción. En silencio, durante un minuto entero, continuó mirando fijamente al superintendente; luego, sacudiendo un poco la cabeza, dijo muy bajito:

—Por ahora eso parecería inevitable, Dodgson, pero yo no lo haría, si fuera usted. Ciertamente él no lo hizo —no tengo la menor duda sobre ese punto—; e igualmente, no tengo duda de que, conforme avance la investigación, surgirán pruebas que corroboren la historia que él cuenta. ¿No es deber de la ley, tal como yo lo veo —y como estoy seguro de que usted también—, no colocar a un joven que acaba de asumir un gran rango en una posición que arroje un estigma sobre él para el resto de su vida? Frank Gough, como usted sabe, es ahora el heredero. La sucesión en él fue acordada hace tiempo. ¿Accederá usted a que permanezca aquí y esté a su disposición cuando lo llame?

—Me gustaría, señor Benson. —El superintendente estaba visiblemente preocupado—. Pero lo he reflexionado y no veo cómo puedo hacer otra cosa que arrestarlo. Mi posición en

caso de que se marchara, o se suicidara, sería insostenible. ¿No ve, señor —continuó—, que incluso lo que usted acaba de decir, desde un punto de vista estrictamente imparcial, aumenta, prima facie, el caso contra él? Mire los hechos: ha habido una pelea; el hermano mayor tiene el poder, y la intención de usarlo, de privar al otro de cualquier herencia. Más aún, se habla de un escándalo relacionado con la madre. La eliminación del primero deja el camino libre para la herencia del segundo, y de forma completa, además de acallar el presunto escándalo. Ante eso, ¿qué puedo hacer?

—Bueno, hay toda clase de cosas que puede hacer… ese es su problema. Una de las primeras cosas que yo haría, si fuera usted, sería traer a sus patólogos para que realicen una autopsia al cadáver. Supongo que no le importa que charle con el señor Gough en privado, ¿verdad?

—En absoluto, señor Benson —asintió el superintendente, levantándose.

—Y hay solo una cosa más… yo estoy al mando ahora. ¿Le importa entregarme esas llaves? —El hombrecillo extendió la mano y, tras un segundo de vacilación, el superintendente Dodgson depositó el manojo de llaves en ella. Luego salió de la habitación, habiendo acordado enviar a Frank con el abogado.

Frank entró en la estancia. El abogado le acercó una silla junto a la suya y dijo:

—Frank, muchacho, nos esperan unos días muy desagradables por lo que puedo ver. Ahora bien, en cualquier cosa que tengas que pasar, te insto a que seas fuerte… nunca te dejes llevar. Vas a ser probado en fuegos muy feroces, muchacho, pero recuerda que no estás luchando solo. En todo momento se emplearán los mejores cerebros que yo pueda contratar y se hará todo lo que esté en mi mano. La victoria es una conclusión inevitable, hijo… métete eso en la cabeza. No necesitamos ni soñar con la derrota. Pero, mientras tanto, sé fuerte.

—¿Qué… qué…? —tartamudeó Frank, pues la seriedad del abogado era un indicio de la naturaleza terrible de la experiencia que le aguardaba.

—Cuando hayamos terminado nuestra charla —dijo el señor Benson con gravedad—, el superintendente de policía te arrestará por el asesinato de tu hermanastro. —Frank se puso muy pálido—. Ahora, recuerda lo que te he dicho: ellos no ganarán, pero mucho depende de tu calma y de la manera completa en que confíes en mí.

—Pero… esto es espantoso… —balbuceó Frank.

—Claro que lo es —asintió el abogado—. Ahora, serénate y cuéntame, absolutamente palabra por palabra, lo que tu difunto hermano te dijo cuando te reuniste con él en la Habitación del Prior anoche.

Frank, tras alguna dificultad para empezar, le contó al señor Benson, tan fielmente como pudo recordar, palabra por palabra, lo que había ocurrido la tarde anterior. Repitió toda la

historia que el teniente de artillería Towers le había contado a Jack, y habló de su conexión con la visita del doctor Laidlaw. El anciano enarcó las cejas al oír eso. Luego Frank le contó cómo se originó la pelea, cómo, sintiéndose muy mal por el terrible relato de la muerte de su propio padre, su mente seguía dándole vueltas cuando Jack, habiendo terminado ese tema, hablaba de los términos del testamento de su padre. En la amargura de su corazón, Frank lo acusó de vincular ambas cosas y de usar la una como excusa para la otra.

Jack se había puesto furioso al ver que se le atribuía tal bajeza. Frank se había puesto igualmente furioso al oír esa historia espantosa sobre la muerte de su padre, que parecía destrozar el ideal que su madre representaba para él.

Luego relató cómo Jack había ido a su habitación más tarde, incapaz de dormir sin aclarar el desafortunado malentendido, y cómo la entrevista había terminado en perfecta armonía, con profundas muestras de simpatía mutua por la posición del otro.

Cuando terminó la entrevista y el señor Benson le hubo hecho muchas preguntas, el viejo abogado tocó el timbre y, al aparecer un sirviente, pidió brandy con sifón. Insistió en que Frank tomara un vaso cargado; luego lo acompañó al vestíbulo, donde el superintendente estaba esperando.

—¿Ha preparado al señor Frank Gough, señor Benson? —preguntó este.

—He informado a Sir Frank Evenden, Dodgson, y está enteramente a su disposición. Asegúrese de tratarlo en todos los sentidos…

—Puede dejar eso de mi parte, señor —interrumpió el superintendente—. Sir Frank, lamento este deber tan doloroso; pero, hasta que aparezcan las pruebas que lo exculpen, es mi deber arrestarlo y detenerlo por el asesinato premeditado del difunto Sir John Evenden.

—Comprendo su posición, superintendente —respondió Frank con calma—. Soy, por supuesto, inocente de cualquier conocimiento sobre las causas de la muerte de mi hermano. Me pongo enteramente a su disposición.

El viejo abogado asintió con aprobación y, un minuto después, estaba de pie en las escalinatas del Priorato de Evenden, con la brisa otoñal agitando sus mechones blancos —pues estaba con la cabeza descubierta—, mientras un automóvil que se alejaba transportaba al heredero del Priorato de Evenden para responder a una acusación de asesinato.

—Dos baronets muertos en el Priorato, y otro enfrentándose a la muerte a manos de la ley —masculló el anciano—. Ciertamente, John Paseley, estás celebrando esta víspera de San Miguel con gran y solemne pompa.

CAPÍTULO 7. La puesta oculta

A Jill se le encomendó la tarea de informar a Lady Evenden de que Frank había sido arrestado, acusado del asesinato de su hermanastro. Durante unos instantes, Lady Evenden estuvo demasiado desconcertada para comprender lo que Jill decía —demasiado abrumada para asimilar esta nueva calamidad—. Entonces, cuando el pleno significado de las palabras caló en ella, su cerebro consciente se rebeló finalmente; se negó a seguir conteniendo el cúmulo de desgracias y se desmayó. Su estado se volvió extremadamente grave pues cuando, tras un intervalo de inconsciencia peligrosamente largo, se recuperó parcialmente, empezó a desvariar, hablando de su marido, de Jack y de Frank como si todos estuvieran aún bien y a su lado.

Lady Porter, la prima del difunto baronet, llegó más tarde ese mismo día y fue recibida por el señor Benson, que permanecía en la casa. Lady Porter era una mujer corpulenta de cincuenta años, agraciada y normalmente muy alegre. Era sumamente capaz, y lo que le faltaba en potencia intelectual lo compensaba con amabilidad, tacto y un sólido sentido común.

El señor Benson le contó todo lo ocurrido y ella escuchó con atención, expresando horror y sorpresa, pero manteniendo en todo momento la compostura. Se hizo cargo del cuidado de Lady Evenden y, mientras tanto, hasta que la afligida dama estuviera lo bastante recuperada para hacerlo, de la dirección de la casa.

Durante todo el día, el señor Christopher Benson permaneció en la biblioteca, escribiendo cartas, atendiendo llamadas telefónicas, enviando telegramas y entrevistando a las visitas que aceptaba recibir. A última hora de la tarde, el doctor Laidlaw llamó a la puerta y el señor Benson mandó hacerlo pasar de inmediato.

El doctor Laidlaw entró en la habitación y el señor Benson le indicó una silla.

—Deseaba ver a Lady Evenden —dijo Laidlaw.

—Eso es del todo imposible. En este momento está peligrosamente enferma —respondió Benson—. No obstante, me gustaría charlar con usted.

—Creo que si pudiera ver a Lady Evenden un momento, podría… esto… tranquilizar un poco su ánimo —dijo el doctor.

—¿Cómo? —Los agudos ojos del señor Benson estaban fijos en Laidlaw.

—Bueno, difícilmente puede esperar que se lo cuente a usted, señor —protestó Laidlaw—. Soy un viejo amigo de Lady Evenden.

—Doctor Laidlaw, dígame ahora mismo, sin más rodeos, qué es lo que quiere de Lady Evenden. —El abogado no apartó la mirada ni un segundo de aquel hombrecillo con cara de rata. Notó que los ojos astutos se levantaban un instante, como para leer lo que pasaba

por la mente de su interrogador, y luego volvían a bajar a la alfombra; pues el doctor Laidlaw no miraba a la gente directamente a la cara.

—Soy un viejo amigo de Lady Evenden —repitió—, y quería verla para consolarla en sus presentes y angustiosas tribulaciones.

—¿Va a decirme de una vez, doctor Laidlaw, qué le trae por aquí esta tarde? ¿O prefiero que llame a la policía de inmediato? —El señor Benson se inclinó un poco hacia el doctor, que palideció visiblemente y miró hacia la puerta, como calculando una posible vía de escape rápida. Luego, volvió a mirar al abogado y, con cierto grado de insolencia, respondió:

—¿La policía? —Su vocecilla se volvió más fuerte—. ¿La policía? Ustedes los abogados siempre están hablando de llamar a la policía. ¿Por qué demonios habla de llamar a la policía cuando un hombre, un profesional perfectamente respetable, viene a dar el pésame a una dama de cuya amistad ha gozado durante muchos años?

Una mirada más dura asomó a los ojos del viejo abogado. Cruzó la habitación hacia un teléfono y marcó un número; luego, en respuesta a alguien al otro lado, dijo:

—Póngame de inmediato con el superintendente Dodgson. Habla el señor Christopher Benson; llamo desde el Priorato de Evenden.

El doctor Laidlaw, con el terror pintado en el rostro, cruzó la habitación corriendo, atravesó la puerta y huyó por el pasillo como una liebre; ante lo cual, el señor Benson se limitó a preguntar al superintendente si Frank estaba bien y lo más cómodo posible. Se le aseguró que se habían tomado todas las medidas pertinentes para su bienestar. Se encontraba temporalmente en la comisaría de Norwich. Al día siguiente comparecería ante un magistrado en Norwich, donde se solicitaría la prisión preventiva formal. Después, sería enviado a la cárcel de Nottingham durante una semana, o quizá diez días, hasta la próxima audiencia.

Al colgar el teléfono, el señor Benson miró por la ventana. No había ni rastro del doctor Laidlaw.

—Si pudiera descubrir la naturaleza exacta del poder que tiene ese pequeño canalla, creo que sería de gran ayuda en esta crisis —murmuró para sí mismo. Permaneció pensativo durante un rato. Luego decidió un curso de acción. Se dirigió a la caja fuerte privada del difunto Sir Michael Evenden y examinó cuidadosamente los títulos de los legajos de papeles y cartas que contenía. El señor Benson fue revisando fajo tras fajo y apartándolos con cuidado. Casi había terminado su examen cuando dio con un fajo atado pulcramente con cinta verde. En la cubierta rezaba el título: «Laidlaw».

El señor Benson tomó el legajo, volvió a guardar todos los demás papeles y se sentó en una silla para investigar a fondo los documentos que tenía en la mano. Transcurrió una hora y media antes de que el abogado volviera a atarlos. Pero no los devolvió a la caja fuerte. En su

lugar, los guardó en un pequeño maletín que contenía sus propios documentos y lo cerró cuidadosamente con llave.

Como era de esperar, la comparecencia de Frank ante los magistrados en Norwich al día siguiente fue puramente formal; no obstante, la noticia había corrido y todos los accesos al tribunal estaban bloqueados por la multitud.

El inspector jefe Huntley llegó de Scotland Yard el día de las primeras diligencias judiciales y mantuvo una entrevista con el señor Benson. Mantuvo una mentalidad abierta sobre el asesinato, prefiriendo esperar al informe de Sir Werner Scatterhyde, el eminente analista del Ministerio del Interior.

El informe estuvo listo el día anterior al doble funeral de Sir Michael y Sir John.

La posición en la que se había encontrado el cuerpo había llevado a la policía, hasta ese momento, a creer que la muerte fue causada por un golpe violento en el lado derecho de la cabeza, un golpe asestado con fuerza suficiente para romper el cuello del difunto, pero con algún instrumento acolchado que no había fracturado los huesos del cráneo. Presentaba la coloración oscura de un hematoma espantoso, surgido probablemente en el momento previo a la muerte.

El hecho de que el fallecido llevara puesto el pijama apuntaba a la teoría de que se había levantado de la cama —pues la cama había sido ocupada— y que, estando de pie en el suelo, había sido golpeado lateralmente.

Pero ahora que llegaba el informe del analista, surgía una cuestión completamente nueva. Se encontraron restos en el cerebro de un alcaloide de muscarina, curioso y poco conocido, pero absolutamente mortal.

Este nuevo descubrimiento complicaba el asunto en grado sumo. Ya no bastaba con la historia de una pelea tras una discusión. El cuello estaba ciertamente roto, pero ¿había causado eso la muerte, o el veneno?

Las autoridades policiales informaron al señor Benson de sus hallazgos; y, aunque el nuevo elemento resultaba aún más misterioso, sintió que, en cualquier caso, aumentaba las posibilidades de Frank de exculparse.

Sir Courtney Caldecott, consejero del rey, fue contratado para defender a Frank. Se desplazó al Priorato durante la semana que transcurrió entre la primera y la segunda comparecencia judicial.

Al doble funeral de Sir Michael y Sir John asistieron miles de personas de millas a la redonda, e incluso de condados vecinos.

Lady Evenden, cuyo estado seguía despertando gran inquietud, insistió en asistir. En ocasiones, parecía estar en sus cabales; luego sufría lapsos en los que parecía desvariar. El día del funeral se mostró considerablemente mejor. Antes de la partida del cortejo, pasó

unos minutos a solas ante el ataúd abierto de su marido. Después, aunque su rostro estaba mortalmente pálido y su paso era incierto, tomó el brazo del señor Benson y más tarde entró en el primer carruaje, tras el carro de la granja que transportaba los dos ataúdes.

Seis grandes caballos de tiro *shire* arrastraban el carro fúnebre —cada uno procedente de una granja distinta de la finca, y cada uno guiado por el granjero—. Entre miles de personas con la cabeza descubierta, la lúgubre procesión se abrió paso hasta el pequeño cementerio de Evenden, donde fue recibida por el viejo rector. No asistieron parientes cercanos, a excepción de los Porter. Sir Michael solo tenía otro primo además de Lady Porter, y estaba en Australia.

Terminado el solemne servicio religioso, el vicario encabezó el camino hacia la cripta abierta en la pequeña capilla lateral, y allí permaneció Lady Evenden, observando cómo los portadores bajaban con cuidado y reverencia hasta su última morada el macizo féretro de ébano que contenía los restos de aquel que lo había sido todo para ella.

Siguió el ataúd de John, y todas las pilas de coronas fueron colocadas sobre ellos. Entonces, mientras las últimas y solemnes frases caían de los labios del rector y el obispo de la diócesis impartía su bendición, las piernas de Lady Evenden flaquearon. Sin embargo, no faltaron brazos robustos para ayudar al viejo abogado a llevarla de vuelta a su carruaje.

Se reanimó un poco de camino a casa. El señor Benson la observaba con atención, pero no habló. Pensó que era mejor dejar que ella fuera encontrando gradualmente el camino de vuelta a las cosas ordinarias de la vida. De repente, ella le sobresaltó dirigiéndose a él.

—Señor Benson, ¿cree que colgarán a mi hijo?

—Mi querida señora, mi pobre niña —protestó el señor Benson—. ¿En qué está pensando? Ciertamente no. Ciertamente no. Será absuelto.

—¿De verdad lo cree? —Los grandes ojos mostraban ahora una perfecta cordura.

—Sí, lo creo… es más que una corazonada. Tengo un instinto infalible en estos asuntos, mi querida dama. Tengo casi ochenta años y seis socios menores, y hasta ahora nunca me he equivocado. Recuerde eso, Lady Evenden: él está a salvo.

—Señor Benson, no sé qué habría hecho sin usted. —Ella presionó con gratitud la arrugada mano del anciano. Y el señor Benson sintió que, en lo que a ella respectaba, la marea finalmente había cambiado; que ahora su estado, que tanta ansiedad le había causado, era más normal. Había cosas —cosas importantes— que deseaba preguntarle muy particularmente antes del juicio de Frank; pero decidió que el momento aún no era oportuno.

Al regresar al Priorato, Lady Evenden se dirigió directamente a su habitación, donde fue atendida por Lady Porter y Jill, mientras el señor Benson regresaba a sus eternos papeles y a sus llamadas telefónicas en la biblioteca.

Dadas las circunstancias, no se recibió a ningún invitado después del funeral, y la gran mansión permaneció extrañamente silenciosa y solemne, como si la sombra de la muerte todavía pendiera muy de cerca sobre ella, aunque las habitaciones ya no estaban a oscuras.

A última hora de esa noche, mientras el señor Benson estaba sentado en la biblioteca, recibió la visita de Lady Porter. Él levantó la vista con cierta sorpresa.

—Margaret está durmiendo —anunció ella—. Creo que está mucho mejor, ¿no le parece, señor Benson?

—Sí, así es —respondió él.

—Dígame, señor Benson —comenzó Lady Porter tras una breve vacilación—, soy la última persona en el mundo dispuesta a caer en estúpidos cotilleos de alcoba… —el señor Benson asintió con la cabeza en señal de acuerdo—, pero hay dos cosas que creo que debería mencionarle. Una es que, en sueños, Margaret no deja de desvariar sobre cierto secreto que ha sido traicionado… o algo parecido. Al principio lo atribuí a un mero delirio. De hecho, todavía lo hago. Pero resulta curioso que los desvaríos sean siempre los mismos, ¿no cree?

—Sí —asintió el abogado—. Supongo que sí. ¿Dice cuál es la naturaleza de ese secreto?

—Nunca —fue la respuesta—. Todo el tiempo es una especie de lamento constante por el hecho de que alguien traicionó un secreto… a su marido, se deduce… y que el conocimiento de ese secreto causó su muerte.

—Yo, ciertamente, no diría nada al respecto si fuera usted —aconsejó el señor Benson—, y me aseguraría de que la muchacha tampoco lo haga.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo Lady Porter—, y eso me lleva a lo otro. Esa chica, Jill, me cae bastante bien, pero hay algo que siento que es mi deber decirle. Se escapa por las noches para encontrarse con un hombre en el camino de entrada.

—¡Vaya con la mosquita muerta! —dijo el señor Benson con una leve sonrisa.

—¡No, no! No se trata de eso —dijo Lady Porter con una sonrisilla de disculpa—; no vivo en el año de la polca. Pero, ¿no lo ve, señor Benson? Cuando una chica ocupa el puesto de confianza de dama de compañía de una mujer en el estado y las circunstancias de Margaret, uno espera un grado bastante vigoroso de fiabilidad absoluta. Si tiene un prometido, ¿por qué no puede pedirle que la visite abiertamente, o ir a verlo a plena luz?

—¿Qué es exactamente lo que la ha inquietado, Lady Porter? Deduzco que debe de haber algo más que el simple hecho de que sospeche que sale a ver a un hombre —preguntó el señor Benson con seriedad.

—Bueno, hacia las nueve de la noche, invariablemente se excusa para ir a su habitación. Anoche dio la casualidad de que la vi justo después, cruzando el césped. Hay luna casi llena

ahora y, cuando llegó a la torre donde se encuentra la Habitación del Prior, se le unió un hombre y se quedaron allí juntos… debieron de quedarse allí, a la sombra del muro, porque, aunque estuve vigilando, nunca los vi marcharse. Lo curioso del caso es que Jill regresó por el pasillo sin que yo la viera cruzar el césped ni abandonar aquel muro.

—¿Está segura de eso? Quiero decir, ¿desaparecieron bajo la torre… la Torre del Prior? — Los ojos del señor Benson chispearon positivamente de emoción.

—Sí —respondió Lady Porter—. Bueno… no digo que desaparecieran. He dicho que los perdí de vista allí. Debían de estar parados bajo la sombra del muro.

—Pero usted dice que, aunque vigiló el lugar, no los vio salir de la sombra, y que Jill regresó sin que usted la viera volver por el camino por el que fue, ¿es así? —preguntó él.

—Sí, es cierto —asintió Lady Porter.

—¿Dónde está ella ahora? —El abogado se puso en pie.

—La he dejado en la salita de Margaret —dijo Lady Porter—. Tenga en cuenta que no digo ni por un momento que necesariamente haya algo grave…

—Usted deje eso de mi cuenta —interrumpió el anciano—. ¿A qué hora suele escabullirse?

—En media hora. Ahora son las ocho y media. Suele ser justo a las nueve cuando se va. — Lady Porter también se puso en pie.

—Deje el asunto en mis manos, Lady Porter; creo que voy a dar un pequeño paseo. Muchísimas gracias. Es usted una mujer entre mil. Siempre dije que Ned Porter se llevó lo mejor de la cesta cuando la eligió a usted. —El privilegiado y viejo abogado sonrió y le dio unas palmaditas en el hombro a su rolliza señoría. Ella se sonrojó ligeramente y luego dijo con una sonrisa:

—Bueno, la cesta estaba ciertamente llena, ¿no es así? Y, como usted ha redactado las capitulaciones matrimoniales de las ocho hermanas, me atrevería a decir que nos ha dicho a cada una en varios momentos que somos lo mejor de la cesta. ¡No importa, de todos modos; sé que lo soy sin que me lo digan! —terminó ella con complacencia. El señor Benson le abrió la puerta y, con su ademán de caballero de antaño, hizo una reverencia mientras la acompañaba a salir.

Acto seguido, el señor Benson se movió con rapidez. Fue a su habitación, se puso un abrigo grueso y sacó de su vieja maleta negra una gorra de viaje. Después escogió un bastón robusto y regresó a la biblioteca.

Tras cerrar bien las cortinas, retiró una fila de libros de un estante. Luego, deslizó los dedos por la parte posterior del estante vacío hasta encontrar el resorte que buscaba; lo presionó e inmediatamente el fondo del estante bajó, revelando una cavidad.

El señor Benson encendió una cerilla y miró con atención en el hueco. Al ver lo que buscaba, extrajo dos o tres artículos enrollados que parecían mapas. Los llevó a la mesa, examinó el primero, luego el segundo y los apartó; después se enfrascó en el tercero, que era evidentemente el que buscaba.

—Veamos —masculló—, deben de haber pasado cincuenta y seis años desde que yo… ¡Ah! Ahí está. ¡Sí, sí! Ahora me acuerdo. Pero, ¿de dónde demonios sacó esa maldita chica la llave? Eso es lo que quiero saber.

Enrolló el plano, volvió a colocarlos todos en el hueco de la pared y cerró la abertura presionando otro resorte, no sin antes retirar una llave oxidada que contempló con cierta duda.

—Le vendría bien un poco de aceite, creo. No importa, quizá sirva —masculló. Luego abrió el ventanal de la biblioteca y miró su reloj. Eran las nueve menos cinco. —Justo a tiempo, creo —murmuró mientras salía al césped.

La enorme luna de septiembre colgaba baja en un cielo despejado, mientras una neblina blanca y tenue se levantaba de los prados húmedos a lo lejos. En las perreras, un perro ladró. Pero el viejo abogado no prestó la menor atención a ninguna de esas cosas. Rápidamente, manteniéndose en la sombra del muro, recorrió toda la fachada de la casa hasta llegar al punto donde el muro principal se unía a la torre llamada la Torre del Prior.

Allí se detuvo, se volvió hacia la pared cubierta de hiedra y contó cuatro pasos. Se detuvo de nuevo, hincó una rodilla en tierra y tanteó la base del muro por un momento; extrajo una piedra cuadrada, insertó su llave en una cerradura que giró chirriando, e inmediatamente una losa de pavimento a su lado cayó silenciosamente sobre una bisagra.

El señor Benson volvió a colocar la piedra cuadrada, descendió por un tramo de escalones de piedra al final de los cuales había una palanca de hierro. Tiró de ella e inmediatamente la losa volvió a su posición.

La sala subterránea en la que entró ahora el señor Benson era grande, pues cubría toda la base de la torre. La cerilla que encendió reveló dos velas en un estante de piedra a su lado.

—¡Ah, ja! —gruñó el anciano—. Eso lo demuestra. Ahora, ¿dónde debería esconderme? — Encendió una vela. Al fondo había un altar de piedra —con crucifijo y candelabros completos— todo cubierto de moho verde, mientras sus tapices colgaban en jirones. A la izquierda del altar, un arco abierto daba paso a una habitación pequeña, una antigua sacristía.

El señor Benson entró… y esperó. Al poco tiempo oyó pasos sobre las losas de la sala exterior y escuchó el chirrido de la palanca volviendo a colocar la piedra. Cautelosamente, el anciano se asomó por el umbral, empuñando su bastón robusto. Dos figuras quedaron reveladas por la luz de una vela recién encendida. Una era un hombre, de complexión fuerte y tez rojiza; la otra era Jill Kilby.

CAPÍTULO 8 Comedia nocturna

Con cautela, el señor Benson, oculto en la sombra del muro, salió de su escondite para intentar escuchar lo que decían los recién llegados. Hablaban en susurros, y desde donde estaba no lograba captar ni una palabra.

—No hay nada que temer, querida —alcanzó a oír al hombre, acompañado de una breve risa —. Me sorprende que le des importancia a esos cuentos de viejas, Jill.

—Si fuera de día —respondió la joven— sería distinto; pero de noche… uf, es terrible. Y de cualquier modo, no creo que podamos averiguar nada más.

—Alguna vez, o mejor dicho, alguna noche, el incidente se repetirá. Me niego a creer que lo que pasó aquella vez fue la primera visita del asesino a la Habitación del Prior. ¿No habías visto luces antes? —insistió el hombre.

—Pero, Wilfred, ¿por qué no dejar que la policía se encargue de esta investigación tan horrible? Ya sabemos lo suficiente como para prácticamente liberar de culpa a Frank Gough —dijo Jill.

—No sabemos nada con certeza —replicó Wilfred—. Solo hemos hecho teorías, y descubrí estos pasadizos gracias a un viejo libro medieval que encontré en una tienda de antigüedades en Gante. Pero que alguien inesperado use pasadizos secretos no significa necesariamente que tenga malas intenciones, igual que nosotros no las tenemos.

—Está bien, Wilfred, tú sabrás —respondió la joven—. Vamos, terminemos con esto.

Ella se dirigió hacia la entrada por la que habían llegado, mientras él se agachaba y movía algo. Entonces, una gran losa de piedra con la inscripción en latín «R.I.P.» y otras palabras casi ilegibles giró, revelando una abertura. Ambos entraron, y la piedra se cerró de inmediato.

—Esto sí que es serio —murmuró Benson para sí—. El joven, y evidentemente su prometida, están jugando a ser detectives aficionados. Una especie de investigadores por cuenta propia. ¡Qué descaro! Y lo peor es lo absurdo de todo esto: un hombre está a punto de ser juzgado por asesinato, y uno dice que sabe lo suficiente para exculparlo, mientras el otro habla de visitas recurrentes a la Habitación del Prior de “alguien inesperado”. Bueno —concluyó el anciano con una risa sombría—, esta noche encontrarán a otra persona inesperada. Esperemos un poco… hagamos las cosas como corresponde.

Se dio la vuelta y, con la vela encendida, regresó a la pequeña sacristía. En el suelo había un enorme arcón reforzado con hierro, cuyos candados habían desaparecido hacía tiempo. Con esfuerzo, Benson levantó la pesada tapa revestida de metal. Sosteniendo la vela, empezó a revisar el contenido: capas pluviales, casullas, estolas, manípulos y toda clase de vestiduras litúrgicas ricamente bordadas, ocultas allí desde la Reforma.

Sacó una gran capa roja con bordados y una mitra dorada. La capa seguramente había sido usada en ceremonias solemnes por el último prior, John Paseley, y la mitra por el abad en sus visitas al Priorato. Benson se echó la capa sobre los hombros, se colocó la mitra y se puso en marcha. Caminó hacia el muro, accionó el mecanismo y la losa volvió a moverse. Entró en el oscuro pasadizo, cerró la piedra detrás de él y subió por una escalera de caracol. Al llegar arriba, vio luz filtrándose por las rendijas de la puerta del pasadizo, que daba al fondo del gran armario empotrado de la Habitación del Prior.

Dentro estaban Wilfred Barlow y Jill Kilby. Jill permanecía inmóvil, mirando alrededor con temor, mientras Wilfred examinaba la cama donde había yacido el hombre asesinado. Había quitado el colchón y revisaba los listones de madera de la base.

Con sigilo, Benson abrió la puerta del pasadizo y se quedó de pie dentro del armario, observando en silencio. Cuando Jill miró en su dirección, soltó un grito ahogado y se lanzó hacia Wilfred. Entonces, Benson habló con voz cavernosa:

—¿Cómo se atreven a perturbar mi descanso?

Jill gritó y se desmayó. Wilfred, primero incrédulo y luego aterrorizado, la sostuvo sin apartar la vista de la figura espectral que Benson representaba. La levantó en brazos y corrió hacia la puerta. Benson, con su bastón oculto bajo la capa, lo observó marcharse y soltó una risa entre dientes antes de inspeccionar la habitación.

Todavía revisaba la cama cuando la puerta se abrió y apareció la cabeza de Wilfred. Benson no lo notó de inmediato. Wilfred lo miró en silencio, luego cruzó la habitación y puso la mano sobre su hombro.

—¡Bueno! ¿A qué demonios cree que está jugando? —preguntó.

El abogado se enderezó de un salto y sacó el bastón de entre los pliegues de la capa, que Wilfred sujetó con firmeza.

—¿Sabe quién soy yo, joven insolente? —balbuceó Benson, mientras la mitra caía al suelo. Wilfred retrocedió sorprendido.

—Lo siento —se disculpó—. ¡Pero si es el señor Benson, el abogado de la familia! No lo reconocí con toda esa parafernalia encima.

—¿Y quién es usted, mi violento joven amigo? —preguntó Benson—. ¿Con qué derecho anda por esta casa y sus pasadizos secretos?

—Le aseguro que tengo una buena explicación, señor Benson, y la daré en el momento oportuno —respondió Wilfred.

—La dará ahora mismo —replicó Benson con agresividad—. ¡Habrase visto! Un desconocido me dice tranquilamente que tiene una excelente razón para andar por una mansión usando pasadizos secretos, y luego dice que la explicará “en el momento

oportuno". ¡Momento oportuno, ni que nada! —repitió Benson, ofreciendo una escena cómica que casi hizo sonreír a Wilfred. La capa colgaba de manera ridícula, y sus cabellos blancos estaban despeinados tras perder la mitra. Pero la mirada del anciano disipó cualquier intento de risa.

—Le aseguro, señor, que digo la verdad… —empezó Wilfred, pero Benson lo interrumpió con un gesto impaciente:

—¿Su nombre, señor?

—Wilfred Barlow —respondió—. Soy médico y actualmente me hospedo en el White Hart, en el pueblo. No soy un desconocido para el jefe de policía de Norwich.

—¡Y seguro! —soltó Benson—. ¡La mayoría de los que rondan casas de noche son bien conocidos por la policía!

—No me refería a eso —replicó Wilfred con una sonrisa nerviosa.

El señor Benson decidió que la sonrisa del joven era bastante cautivadora.

Comenzó a evaluarlo con atención: Wilfred tenía un aspecto pulcro y saludable, piel sonrojada y ojos castaños claros. Su cabello rubio, naturalmente rizado, le daba un aire juvenil, y su porte físico era sólido, quizá un poco más robusto que el promedio para su estatura. "Un hombre agradable y confiable", pensó Benson.

—En nombre de todo lo bueno —insistió Benson—, dígame qué hace aquí, y qué hacía esa muchacha con usted.

—La señorita Kilby y yo estamos comprometidos… en secreto —respondió Wilfred—, y…

—Me parece que hay demasiados secretos en sus actos, muchacho —lo interrumpió el viejo abogado.

—Créame, no puedo evitarlo —replicó Wilfred—. Aunque solo he tenido el honor de conocer a su señoría una vez, después me tomó una profunda aversión y le ordenó a Jill —la señorita Kilby— que no volviera a verme.

—Y no me sorprende —dijo Benson—, si anda merodeando por las casas de sus conocidos. Vamos, cuénteme qué pretende con esto.

—Le aseguro, señor Benson, que si le contara todo lo que sé, me maldeciría por la información.

El abogado lo miró sorprendido. Wilfred continuó:

—Hay un hombre bajo custodia, pero si le entregara los hechos que he reunido, quizá lo exculparían… aunque probablemente pondrían a otro inocente en su lugar. He descubierto cosas valiosas, y puede estar seguro de esto: si es necesario, presentaré los hechos. Se los daré primero a usted, y en usted recaerá la responsabilidad.

—Bueno, bueno, muchacho —dijo Benson, secándose la frente—. Me deja casi sin aliento. Pero así debe ser: yo asumiré la responsabilidad. Lo único que no soporto es conocer una historia a medias… trabajar a ciegas. Vamos, cuénteme todo.

—Con el debido respeto… ¡no, señor! —respondió Wilfred con firmeza—. Le aseguro…

—¡Maldita sea! —rugió Benson—. ¿Se da cuenta de que puedo hacer que lo encierren?

—¡Por supuesto que lo sé! —replicó Wilfred—. Solo le pido paciencia. Le daré un indicio, nada más. Pero, por el bien de todos, no me presione. Creo sinceramente que en uno o dos días podré acudir a usted con la historia completa. Ahora mismo, alguien a quien usted protegería con su vida estaría en peligro mortal si yo revelara todo.

—¿Está colaborando con la policía? —preguntó Benson, más calmado.

—¡No, señor! —respondió Wilfred.

—Bien, ¿qué puede decirme entonces? —preguntó el abogado.

—¿Conoce al doctor Laidlaw? —preguntó Wilfred. Benson dio un respingo y lo miró con atención.

—Sí, ¿qué pasa con él?

—Yo también lo conozco un poco —dijo Wilfred—. Usted seguramente sabe más que yo, pero esto sí puedo afirmarlo: la noche en que asesinaron a Sir John Evenden, el doctor Laidlaw entró por el mismo pasadizo que usted usó esta noche.

—¡Por Dios! —exclamó Benson—. ¿Puede probarlo?

—Casi —respondió Wilfred—. Estoy seguro de que volverá. Y si lo detienen, podría exculparse a costa de otro inocente. No me pida más detalles.

—¿Dónde se le puede encontrar? ¿En el White Hart? —preguntó Benson—. Muy bien, venga a verme mañana, abiertamente. Por cierto, ¿cómo supo esto?

—No debe interrogarme sobre eso —respondió Wilfred—. Solo le diré que la señorita Kilby obtuvo cierta información que nos llevó a vigilar a Laidlaw.

—¿Está seguro de que esa muchacha guardará el secreto? —preguntó Benson con ansiedad.

—Seguro —respondió Wilfred.

—Entonces, supongo que conoce el camino de salida —dijo Benson con una sonrisa sombría. Wilfred asintió y se dirigió al armario. Benson permaneció en silencio en la Habitación del Prior durante diez minutos, luego bajó las escaleras, recorrió los pasadizos y regresó a la biblioteca.

Sacó de su maletín un fajo de papeles rotulados como “Laidlaw”, encendió su pipa y, mientras soplaba nubes de humo, volvió a leer las extrañas palabras escritas por Sir Michael Evenden.

Al día siguiente, Wilfred Barlow visitó a Benson. El abogado ya había decidido un curso de acción.

Primero intentó que Barlow revelara todo lo que sabía. Al ver que era inútil, dijo:

—Ahora, sobre Laidlaw. ¿Sabe algo de la relación entre Lady Evenden y él? ¿Ha descubierto algo esa chica Kilby?

Wilfred se molestó por la forma en que se refirió a Jill, pero entendió que era solo el modo de hablar del abogado. Respondió:

—Solo sé esto: Lady Evenden lo recibe en cualquier momento que él quiera verla, sin importar su estado de ánimo o salud. Jill me asegura que, durante su duelo más intenso tras la muerte de Sir Michael, lo vio en el parque y ordenó que lo dejaran entrar. Lo recibió a solas. Pero Jill no tiene idea de qué busca Lady Evenden en él.

—Anoche dijo que usted también tenía cierto conocimiento sobre él —preguntó Benson.

Wilfred le detalló todo lo que sabía del doctor Laidlaw. Cuando terminó, Benson comentó:

—Él tenía cierta conexión con esta familia, aunque no con Lady Evenden, sino con el difunto Sir Michael. No creo que eso tenga que ver con sus visitas a Lady Evenden. Estoy iniciando una investigación para encontrarlo. Sé que vendió su consultorio en Leicestershire hace meses. Espero noticias de mis detectives pronto. Si llega a verlo o saber de él, avíseme de inmediato, ¿lo hará?

Wilfred prometió hacerlo, y Benson lo despidió. Luego llamó al mayordomo:

—Presente mis respetos a su señoría y dígale que deseo verla, si le resulta conveniente —ordenó.

Luego, Benson se comunicó por teléfono con el jefe de policía de Norwich.

—Por cierto, ¿conoce a un joven llamado Barlow? —preguntó—. Wilfred Barlow; creo que es médico.

El jefe de policía le aseguró que Wilfred había sido compañero de escuela de su hermano menor y que era un joven totalmente recomendable. Conversaron unos minutos sobre el caso, y el jefe mencionó que esa misma tarde el inspector de Scotland Yard llamaría para discutir ciertos puntos con Benson.

—¿Cuántas prórrogas más necesitarán para completar el sumario? —preguntó Benson.

—Con las pruebas actuales, no creo que necesitemos más de tres —respondió el jefe—. Pero en un juicio por asesinato siempre es imposible predecir lo que puede surgir.

—Espero sinceramente que terminen a tiempo para la sesión de invierno del tribunal —dijo Benson—. No quiero que ese pobre muchacho pase las Navidades en la cárcel.

—Estamos trabajando para que el procesamiento sea en la sesión de invierno —prometió el jefe—. Y, personalmente, espero que las cosas resulten favorables para Frank. Tengo el presentimiento de que, cuando este asesinato se esclarezca, será algo completamente distinto a lo que imaginamos ahora. Algo que ninguno de nosotros sospecha.

—Yo también lo creo —coincidió Benson, colgando el teléfono justo cuando el mayordomo entraba en la habitación.

—Su señoría puede recibirlo ahora, señor —anunció.

Benson se dirigió a la habitación de Lady Evenden y fue admitido de inmediato. Ella estaba muy pálida, pero su mirada era firme. Aunque sus ojos reflejaban una tristeza infinita, mostraban plena lucidez.

—¿Cómo está, querido señor Benson? —lo saludó ella.

—Perfectamente bien, gracias. ¿Y usted, mi querida dama?, ¿cómo se siente? —preguntó Benson con ansiedad.

—Un ligero dolor de cabeza, nada más —respondió ella con una sonrisa débil. Benson se volvió hacia Jill.

—Muchacha —la saludó sin rodeos; luego, con un chasquido de dedos hacia la puerta —un chasquido que sonó como acero quebrándose—, indicó que deseaba quedarse a solas con Lady Evenden. Jill se sonrojó y salió, mientras Lady Evenden sonreía: conocía bien las excentricidades del viejo abogado.

Cuando la puerta se cerró, Benson se volvió hacia ella.

—Ahora, mi querida dama, ¿hay alguien en quien confíe más que en mí? ¿Alguien que mire más por sus intereses?

—Ciertamente no, señor Benson —respondió ella, sorprendida—. Usted es mi mejor amigo.

—Así es, querida —dijo Benson, tomándole la mano—. Ahora, sin reservas, cuénteme absolutamente todo lo que sepa sobre el doctor Laidlaw. ¿Cómo? ¡Dios mío!

El abogado se levantó apresuradamente y tocó el timbre: Lady Evenden se había desmayado.

CAPÍTULO 9 La hora de aproxima

En respuesta a la llamada, Jill y Lady Porter entraron rápidamente en la habitación, acompañadas por una doncella. Atendieron a Lady Evenden y pronto se notaron señales de que recobraba el conocimiento, para gran alivio del señor Benson, quien en realidad se

había asustado mucho por el efecto de sus palabras. Al volver en sí, también regresó la memoria; apenas abrió los ojos, una sombra cruzó su rostro y soltó un ligero estremecimiento.

Jill miró al abogado como insinuando que él era el culpable de la angustia de su señora. Pero Lady Evenden, haciendo un esfuerzo visible, habló:

—¡Qué tontería de mi parte! —exclamó—. Perdóname, Millie —le pidió a Lady Porter—. Déjame a solas con el señor Benson unos minutos; tenemos asuntos que discutir que mi absurdo desmayo interrumpió.

—Quizá sería mejor dejarlo para otro momento —sugirió Benson.

—¡No, no! —replicó Lady Evenden—. Veo la necesidad de poner este asunto en orden. —Y añadió a Jill y Lady Porter—: ¿Les importa?

Con palabras de consejo para que no se sobrecargara, ambas salieron de la habitación. Apenas se marcharon, Lady Evenden se inclinó hacia adelante:

—¿Qué sabe usted de Laidlaw? —preguntó.

—Muy poco —respondió Benson—. Pero, mi querida dama, no he venido para que me interrogue sobre él; he venido a interrogarla a usted. Si se siente con fuerzas, hablemos; si no, lo dejamos para después.

—Estoy lo bastante bien —dijo ella—, pero no puedo hablar del doctor Laidlaw con usted… no puedo.

—Puede que pronto tenga que hacerlo con otros —replicó Benson con gravedad—. Me gustaría ahorrarle eso, pero debe ser fuerte y contarme todo lo que sepa sobre él.

—¿Qué quiere decir con eso? Usted… usted me asusta —dijo Lady Evenden, mostrando de nuevo señales de agitación. Benson miró hacia el timbre.

—Escuche, prefiero mil veces aplazar esta charla hasta que se sienta con fuerzas. Debo hacerle ciertas preguntas y obtener respuestas, pero no a costa de provocarle otro ataque, que estoy convencido es peligroso para usted.

—Lo que tenga que decirse, se dirá ahora —replicó ella con firmeza—. ¿Por qué de pronto es tan importante saberlo todo sobre mis amigos? ¿A qué se refiere con que tendré que declarar sobre él?

—Como guste —dijo Benson, arqueando las cejas—. Para que vea que sé bastante, le diré que Frank me contó lo que Jack le dijo sobre la muerte de John Gough, su primer marido. Ahora espere… —pues Lady Evenden iba a interrumpir, pero se detuvo ante el gesto imperativo del abogado—. Ni Frank ni yo creemos que usted fuera responsable de aquello. Al contrario, sentimos que pasó por una experiencia terrible, sin culpa alguna en la enfermedad ni en la muerte del señor Gough.

—Incluso Jack, cuando habló con Frank la noche de su muerte, dejó claro que no le atribuía maldad alguna. Solo la censuraba por dos cosas: no haber confiado en Sir Michael y recibir aquí al doctor Laidlaw… casi en secreto, al hombre cuyo nombre podría vincularse con el suyo en escándalos relacionados con Loch Lomond.

—Y bien… —Benson se sonó la nariz con fuerza—, mi querida dama, esto no puede seguir así. No debe tener secretos conmigo. Dígame, ¿por qué permite que ese hombre tenga entrevistas privadas con usted?

—No puedo decirle nada —respondió ella con labios temblorosos, pero mirada firme—. Le agradezco su confianza en mí… y créame, no está mal depositada; pero no puedo hablar.

El rostro de Benson reflejó exasperación. Estaba a punto de hablar cuando Lady Evenden lo interrumpió:

—¿Jack creía eso? ¿Que yo era inocente de aquella cosa espantosa? —Y al ver el asentimiento del abogado, continuó—: Me alegra oírlo… pero no creo que él lo pensara.

—Frank me aseguró que Jack estaba más preocupado por proteger su honor y buen nombre que por otra cosa. Le dijo que no cedía ante nadie en su amor y respeto por usted. Su principal preocupación era detener cualquier rumor y protegerla. La historia, al llegarle desde fuera de la familia, fue un golpe para él, como lo fue la aparición del doctor Laidlaw cuando estaba devastado por la muerte de su padre.

Lady Evenden lo escuchaba con los ojos muy abiertos. Luego, casi sin conexión, preguntó:

—Frank estará a salvo, ¿verdad? Usted dijo que estaría a salvo.

—Sí —respondió Benson—. Pero a eso iba. Supongamos que el doctor Laidlaw fuera acorralado, ¿qué podría decir contra usted?

—¡No hable más de él! —suplicó ella—. Estoy segura de que nunca diría nada en mi contra.

—Fíjese bien —dijo Benson, mirándola con severidad mientras tomaba una pizca de tabaco de su tabaquera de plata—: Para probar la inocencia de su hijo, quizá tenga que llamar a declarar al doctor Laidlaw. Se le vio entrar en la Habitación del Prior la noche del asesinato, por el pasadizo secreto. No dudaré en presentar testigos para probarlo, y creo que eso lo pondrá en el banquillo de los acusados por el asesinato de Jack.

El rostro de Lady Evenden se volvió cadavérico. El miedo absoluto se dibujaba en su expresión. Jadeó y pareció a punto de desmayarse, pero se recobró con esfuerzo. Su voz era un susurro ronco:

—Usted… nunca debe hacer… eso. ¡Nunca!

—¿Ni siquiera para salvar a su hijo? —preguntó Benson.

—¡Deténgase! Usted dijo que él estaba a salvo.

—Lo está, en la medida en que yo pueda salvarlo. ¿Me dice que pondría en riesgo la vida de su hijo antes que llamar a ese doctor? Si ese hombre tiene algo contra usted, dígamelo y yo me encargaré. Confíe en mí.

—No puedo… no puedo —gimió ella—. No me lo pida.

—¿Y si no le queda más remedio? —preguntó Benson con dureza.

—Entonces moriré —respondió ella con rapidez y desafío.

Tras unos minutos de tensión, Benson se resignó:

—Por ahora no podemos avanzar más, milady. Es inútil seguir angustiándola. Le deseo buen día.

—¿No se marcha? —preguntó ella ansiosa.

—No, mi lugar está aquí. Estaré a su disposición si me llama. Piense en lo que le he dicho; los secretos están seguros conmigo y podría ayudarla más de lo que imagina.

Lady Evenden le tendió la mano impulsivamente. Benson la tomó, y por un momento pareció que ella iba a hablar. Luego cambió de idea y, con un "Gracias" apenas audible, volvió al sofá. Benson salió de la estancia.

A pesar de las investigaciones exhaustivas de los detectives privados contratados por Benson, las semanas pasaron y el juicio se acercaba sin que se encontrara rastro del doctor Laidlaw.

Casi todos los días Benson visitaba a Frank en su celda, y cada semana comparecía ante los magistrados. Finalmente, las diligencias en el tribunal de instrucción concluyeron, y Frank fue procesado para ser juzgado en la próxima sesión del tribunal de Norwich.

La decisión no fue automática: se reunió un pleno de magistrados y, tras escuchar todo el caso de la policía, preguntaron a Sir Courtney Caldecott, consejero del rey, si tenía intención de presentar la defensa en ese tribunal.

Dado que en un caso de asesinato el procesamiento era casi inevitable y quedaba poco tiempo antes de la sesión de invierno del tribunal, Sir Courtney decidió ahorrar tiempo reservándose los argumentos de la defensa, y así lo comunicó.

Los magistrados se retiraron a deliberar y permanecieron encerrados durante tres horas. Conforme los minutos se convertían en horas, Sir Courtney se volvió hacia Benson, que estaba sentado a su lado.

—¿Qué apuesta a que deciden no procesarlo? —preguntó.

—Justo pensaba lo mismo —respondió Benson—. Aquí cuenta con mucha simpatía. Pero ante un cargo tan grave, no creo que se atrevan a decidir que no hay caso para juicio. ¿Usted qué cree?

—No lo sé —dijo Sir Courtney pensativo—. Si tardan mucho más, empezaré a pensar que cometimos un error al no presentar nuestra defensa y darles la oportunidad de desechar el caso.

Benson se acarició la barbilla, con la mirada fija en la puerta por donde debían regresar los magistrados. De vez en cuando salía a telefonear al Priorato de Evenden para informar a Lady Evenden de los avances, aunque se cansó de repetir que los jueces seguían deliberando.

Finalmente regresaron, y el presidente anunció la decisión: Frank Gough sería puesto en libertad bajo fianza, tras presentar garantías aceptables, para ser juzgado en la próxima sesión de invierno por el asesinato de Sir John Evenden.

La sala estalló en revuelo. Sir Courtney miró a Benson, y este le devolvió una expresión de asombro. ¡Libertad bajo fianza en un caso de asesinato! El fiscal de la Corona, el señor Assidell, se levantó de inmediato, congestionado de indignación.

—Caballeros —dijo—, con todo respeto, debo señalar que su proceder es sumamente irregular. No digo que carezca de precedentes, pero en un caso ordinario de asesinato premeditado, ciertamente no los tiene.

Explicó que en ocasiones se había concedido fianza a mujeres acusadas de infanticidio, pero bajo custodia en hospitales o asilos. Y advirtió que, si persistían en concederla en este caso, remitiría el asunto al Tribunal Superior.

Entonces intervino Sir Robson Tyndal, un viejo magistrado de opiniones firmes:

—Nuestra decisión de procesarlo no fue unánime. Algunos estamos decepcionados de que la defensa no nos diera la oportunidad de liberar a un joven que creemos inocente. Y cuando surgió la cuestión de la fianza, ejercimos nuestra autoridad. Usted puede ir al Tribunal Superior si quiere, pero aquí decidimos nosotros.

El presidente, visiblemente incómodo, intentó suavizar la tensión, pero Sir Robson insistió en que no aceptaba que un consejero del rey viniera desde Londres a dictar órdenes.

Assidell replicó que solo cumplía con su deber y que, de haber sospechado que el sentimiento local influiría en el tribunal, habría iniciado el proceso fuera de esa jurisdicción.

Los magistrados volvieron a deliberar y, al regresar, el presidente anunció:

—Hemos decidido acceder a los deseos de la fiscalía y, con pesar, procesamos al acusado para que sea juzgado en la sesión de invierno, permaneciendo bajo custodia.

Benson y Sir Courtney no estaban decepcionados: esperaban el procesamiento y nunca habían considerado seriamente la fianza. Lo que les preocupaba era cómo un juez del Tribunal Superior instruiría al jurado y si podrían lograr que el gran jurado rechazara la acusación.

Sir Courtney acompañó a Benson al Priorato de Evenden y cenó con él y con Lady Evenden, quien quedó impresionada por la personalidad del defensor. Cuando él le aseguró que su hijo estaría a salvo, ella pareció tranquilizarse. Benson esperaba que confiara al abogado el secreto sobre Laidlaw, pero esa esperanza estaba destinada al fracaso.

Los días pasaron y la crisis en la vida de Frank Gough se acercaba. Benson estaba cada vez más perturbado y repasaba el caso una y otra vez en la biblioteca del Priorato. Finalmente, con un suspiro, dejó los papeles sobre la mesa.

—¿Habrá estado alguien en un aprieto como este? —se preguntó—. El caso de la fiscalía no es infalible, pero es sólido. Nosotros tenemos el misterio del veneno, que descarta la teoría de una pelea repentina, y la simpatía local. Esa será nuestra carta de triunfo.

—Por otro lado, están ese joven médico y su chica, que saben algo sobre Laidlaw y callan para no dañar a Lady Evenden. Ella, por su parte, no dice nada, y Laidlaw desaparece.

—Lo que realmente ocurrió fue que Laidlaw cometió el asesinato, y Lady Evenden lo sabe pero no se atreve a hablar. Ese es el peso de todo.

—Bueno —concluyó Benson antes de irse a la cama—, daremos la batalla lo mejor que podamos. Y si fallamos, presentaré una apelación y traeré a todos: Lady Evenden, Barlow, la doncella y el temible Laidlaw. Eso haré. Y ahora, viejo tonto, vete a dormir. ¿Un poco de whisky? Sí, te lo mereces, Chris Benson.

Tras su habitual trago nocturno, se fue a la cama. Soñó con una vieja casa señorial, una joven con vestido lila y una cesta de rosas, y un muchacho vestido a la antigua. Era él mismo. Sonrió en sueños, pero la escena cambió: una sombra cayó sobre el césped y un hombre se acercó. La chica gritó:

—¡Ten cuidado, Chris! ¡Ten cuidado!

El grito fue tan vívido que Benson despertó sobresaltado, sudando.

—Uf… ¿qué habrá sido eso? —murmuró.

Entonces oyó un crujido en la habitación. Con sorprendente agilidad para su edad, saltó de la cama, encendió la luz…

Y allí, al otro lado, con el espanto reflejado en el rostro, estaba el doctor Laidlaw.

CAPÍTULO 10 Una pelea a medianoche

Por un instante, el señor Benson quedó paralizado al reconocer al intruso. Pero su sorpresa no se comparaba con la del doctor de rostro ratonil. Benson fue el primero en hablar:

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Es mi turno esta noche?

El doctor dio un paso hacia la puerta. —¡Regrese! —ordenó Benson—, ¡o le disparo!

El abogado estaba allí de pie, con un gorro de dormir azul y puntiagudo, y una mano oculta bajo los pliegues de su amplio camisón. El doctor intentaba inútilmente descubrir qué sostenía.

—¿Y bien? —repitió Benson—. ¿Se quedó mudo? ¿O le molestan las interrupciones en sus asesinatos?

El doctor se estremeció. —No sé de qué habla —balbuceó.

—Claro que lo sabe —replicó Benson—. ¡Esto ya se está volviendo un hábito para usted!

—¿Qué quiere decir? —preguntó Laidlaw, humedeciéndose los labios.

—Me refiero a esa afición por el asesinato que parece haber adoptado —respondió Benson con franqueza.

El intento del doctor por mostrarse indignado resultaba ridículo. Benson soltó una carcajada. Laidlaw, aterrorizado, murmuró: —¡Por favor, cállese! Va a despertar a alguien.

El abogado rió más fuerte, hasta que de pronto se detuvo y sus ojos brillaron con furia. Tocó el timbre junto a la cama. Laidlaw se lanzó hacia la puerta, pero Benson le arrojó un vaso que le golpeó detrás de la oreja. El doctor cayó con un grito de dolor.

—Si no regresa, le disparo —amenazó Benson.

Laidlaw huyó por el pasillo. Benson, maldiciendo la lentitud de los sirvientes, salió tras él. El doctor corrió hacia la escalera principal y luego por el corredor que conectaba las dos alas del Priorato. Benson lo seguía con sorprendente rapidez, a pesar de la oscuridad.

Al llegar a la puerta de roble que conducía a la torre del Prior, Benson recibió un golpe en la cabeza. Se encogió instintivamente y el impacto lo alcanzó de refilón.

—¡Tome eso, viejo entrometido! —gruñó Laidlaw, lanzando otro golpe.

Pero Benson no estaba vencido. Mareado y con sangre en la mejilla, se aferró a las piernas del doctor y lo derribó. Forcejearon en el suelo hasta que apareció Thomason, el lacayo, con una vela y una escopeta.

—¡Si no se rinden, les disparo! —anunció.

—¿No ve que peleo con un ladrón, imbécil? —jadeó Benson.

El lacayo finalmente comprendió y sujetó a Laidlaw, inmovilizándole los brazos. Poco a poco, la casa entera se despertaba: el mayordomo, las criadas y hasta una doncella que reía nerviosa. Benson, con el gorro torcido y el camisón desgarrado, parecía un retrato de indignación triunfante. Pero cuando se giró, todos vieron su rostro cubierto de sangre.

El mayordomo quiso atenderlo, pero Benson lo rechazó. —Primero aseguren a ese hombre en la biblioteca. Átenle las manos. Yo me ocuparé de mi herida después.

Laidlaw, tembloroso, suplicó: —Señor Benson, está cometiendo un grave error. Déjeme ir.

—¿Irse? —tronó Benson—. ¡Sí, lo dejaré ir... al patíbulo!

El doctor palideció aún más. —¡Por los vínculos más sagrados! —imploró.

Benson lo interrumpió: —Escucharé lo que tenga que decir en la biblioteca, antes de llamar a la policía.

La herida resultó leve, y Benson, con estoicismo, se dejó vendar. Luego llamó a la posada White Hart para contactar al joven médico Wilfred Barlow.

—Tengo a Laidlaw —le dijo—. Venga rápido.

Barlow llegó sorprendido y admirado por la energía del anciano abogado, que a sus casi ochenta años había corrido y peleado como un joven. Benson, orgulloso, le respondió: —¡Bah! La generación actual no sabe cómo se forjaban los hombres en mis tiempos. No pienso retirarme hasta dentro de cuarenta años.

Finalmente, ambos bajaron a la biblioteca. Pero al entrar, Benson se encontró con una noticia inesperada: el mayordomo había liberado a Laidlaw por órdenes de “su señoría”.

—¿Qué? —rugió Benson—. ¡Le dije que lo mantuviera aquí! ¿Qué significa esto?

Wilfred Barlow estaba impresionado por la alarmante situación que acababa de ocurrir.

—Su señoría escuchó el alboroto —explicó el mayordomo— y pidió detalles. La señorita Kilby bajó, señor, y yo le di la información necesaria, aunque le aclaré que usted había solicitado que su señoría no fuera molestada. —Benson asintió—. Entonces, señor, su señoría ordenó que, si se trataba del doctor Laidlaw, debía ser liberado de inmediato y sin preguntas; y que usted, por favor, acudiera a su tocador, donde ella se lo explicaría personalmente.

—¡Explicármelo personalmente! —murmuró Benson, caminando de un lado a otro de la habitación, pensativo. Luego, al ver que el lacayo y el mayordomo seguían allí, se volvió hacia ellos con furia:

—¿Y bien? ¿Piensan quedarse ahí parados para siempre, disfrutando de su propia torpeza? —preguntó. El mayordomo se movió incómodo, con el pesar reflejado en su rostro.

—¡Fuera de aquí! —ordenó Benson—. ¡Fuera, antes de que me enfermen de verdad!

Después se volvió hacia Wilfred Barlow.

—¿Se da cuenta de lo que acaba de pasar? —Wilfred asintió—. ¿Y entiende esto? —prosiguió Benson—. Que el asesino de Sir John Evenden fue liberado esta noche, en esta misma habitación, por orden de una mujer temerosa de desenmascarar a ese canalla.

—Concuerdo en que el doctor Laidlaw sabe tanto del asesinato como cualquiera. Pero, como ya le dejé claro antes, no puedo contarle toda la historia. Créame: hay alguien más implicado además de Laidlaw.

—¿Quién? —preguntó Benson.

—Otra persona. No debe presionarme, señor Benson —respondió Wilfred.

—Ni presiones ni nada —se burló Benson con desprecio. Luego, con firmeza, añadió:

—Mire, muchacho. Acabamos de ver cómo las mujeres se entrometen en asuntos que deberían dejar en manos de los hombres. Ese doctorcillo —¡ese asesino!— vino aquí esta noche con la intención clara de matarme, porque sabía que la red se cerraba sobre él. ¿Cómo supo que yo sospechaba de él? Hay varias razones... se las daré luego si quiere. Ahora bien, Lady Evenden está aterrorizada por ese granuja por motivos que no merecen atención seria.

Wilfred lo interrumpió: —¿Está seguro de que ella no tiene razones de peso para temerle?

—Absolutamente —respondió Benson con firmeza—. El vínculo entre ellos tiene que ver con algo ocurrido hace muchos años, un pequeño escándalo local. Lady Evenden no fue responsable, y tampoco creo que Laidlaw lo fuera. En aquel entonces, él actuó con discreción, pero ahora usa ese conocimiento para chantajearla. Quizá exageró las implicaciones, pero eso no importa. Lo que quiero que entienda esta noche es esto:

»Las mujeres no son aptas para manejar ciertos asuntos, y este es uno de ellos. Les atrae la intriga y el misterio, disfrutan el poder de guardar secretos y, a veces, el placer de pensar en el daño que podrían causar si los revelaran.

»Esta noche ha visto cómo una mujer liberó a un asesino; un asesino que mató al hombre cuya muerte llevará a juicio al hijo que ella más ama. Y bien, diga algo, muchacho. —El abogado se inclinó sobre la mesa de la biblioteca, señalando a Wilfred con su mano temblorosa.

—¿No es condenable? ¿Eh? —Wilfred solo pudo asentir.

—Bien, usted es sensato. Dígame, ¿va a dejarse dominar por las faldas de esa señorita? ¿Va a ocultarme el secreto que podría ayudarme a liberar a Frank?

—Usted malinterpreta todo —respondió Wilfred con seriedad—. Jill, la señorita Kilby, no me presiona para ocultarle nada. Al contrario, ella quería informarle de inmediato de lo que descubrió. Fui yo quien dijo que, por ahora, sería desastroso —absolutamente desastroso— darle una información que, de entregarse, debería provenir de otra persona.

—¿Se refiere a...? —preguntó Benson.

—Eso no lo diré.

Durante dos minutos se miraron fijamente, ninguno cediendo. Finalmente, Benson se levantó y se inclinó hacia Wilfred.

—Al menos dígame esto —dijo—. ¿Hubo alguna mujer en la Habitación del Prior, o en la Torre del Prior, la noche del asesinato de Jack, además del doctor Laidlaw?

Wilfred lo miró en silencio y luego respondió lentamente: —¡Hubo tres mujeres allí!

CAPÍTULO 11 Labios sellados

—¿Tres mujeres allí? —repitió Benson con incredulidad.

—Tres mujeres —afirmó Wilfred con seriedad.

—¿Quiénes eran? —preguntó Benson tras una pausa, mientras ambos se observaban: Wilfred decidido a no decir más, arrepentido de haber hablado tanto; Benson, primero sorprendido y luego resuelto a descubrir la verdad.

—Eso no lo diré —respondió Wilfred tajante—. Pero lo menciono porque es cierto, y para mostrarle lo importante que es no tomar decisiones que podrían causar un daño enorme a personas inocentes.

—Perdóneme, muchacho —dijo el viejo abogado con firmeza—, pero ya dijo demasiado como para dejarlo ahí. Lo más sensato es que me cuente todo lo que sabe y deje que yo decida qué hacer.

—No lo haré, señor Benson —replicó Wilfred—. He pensado cuidadosamente en las consecuencias de hablar y también en las de callar. Y puedo asegurarle que mi único objetivo es que se haga justicia y, al mismo tiempo, evitar que personas inocentes sufran el golpe de una revelación prematura e incompleta.

—Pero, amigo mío —repuso Benson—, ¿se da cuenta de lo que está haciendo? Se está poniendo en el papel de policía, juez y jurado. ¿Es consciente de que un hombre —un hombre que estoy convencido es inocente— está en la cárcel, a punto de ser juzgado por un crimen capital, mientras usted guarda silencio teniendo información que podría cambiar el rumbo del juicio que empieza el martes, o incluso liberar por completo a Frank?

—Acepto que es información importante —dijo Wilfred—, pero no lleva a una conclusión definitiva. ¿Le basta si le aseguro que, si Frank Gough corre peligro, vendré sin falta a poner los hechos en sus manos?

—Pero, muchacho —Benson se inclinó hacia adelante y miró con seriedad el rostro preocupado de Wilfred—, ¿no entiende que ya está en peligro? El tiempo en estos asuntos vale oro. Supongo que se refiere a que, si lo condenan, usted presentaría las pruebas en una apelación.

Wilfred asintió en silencio.

—Ya veo —dijo Benson—. En ese caso no tendría opción; porque desde hace tiempo planeo citarlos como testigos: a usted, a su amiga la señorita Kilby, a Lady Evenden y al doctor asesino. No olvide que yo mismo declararía que lo vi a usted y a la señorita Kilby en pasadizos del Priorato donde, por decir lo menos, no tenían derecho a estar ni siquiera a conocer su existencia.

»Le hablo con franqueza: su situación podría volverse muy peligrosa. En un caso de asesinato, ocultar información relevante es gravísimo.

—Sé que tiene razón —respondió Wilfred—. Asumo toda la responsabilidad y le ruego que crea que guardo silencio por el bien de aquellos a quienes usted quiere proteger. Créame: si revelara lo que sé, otra persona, probablemente inocente, podría ser arrestada... y quizá no sobreviviría a semejante prueba.

La seriedad en el rostro de Wilfred convenció al abogado de que hablaba con sinceridad. Benson, muy grave, dijo:

—No puedo evitar sacar conclusiones. Usted dijo que tres mujeres estaban en la Torre del Prior la noche del crimen. Una, obviamente, era su amiga la acompañante; por eso lo sabe. Otra, inevitablemente, era Lady Evenden, por su relación con ese doctor asesino y por lo que insinuó sobre mi deber y su comentario final: "Una persona que tal vez no sobreviviría a la prueba".

El abogado se recostó en su silla, cruzó las manos y lo observó. Wilfred frunció el ceño, abrió la boca y la cerró de nuevo. Miró del abogado al fuego y viceversa; luego, respirando hondo, dijo:

—Para bien o para mal, no puedo evitarlo. No voy a confirmar ni negar sus conclusiones. He decidido un curso de acción que creo honesto y correcto. Lo mejor, lo único posible en estas circunstancias terribles. Por favor, señor Benson, confíe en mí y no me presione más.

Benson se acercó a un aparador y se sirvió un whisky con soda. —¿Quiere un trago? —preguntó. —Sí, gracias —respondió Wilfred.

El abogado esperó a que Wilfred bebiera un poco antes de continuar en voz baja: —Me pide que confíe en usted, doctor Barlow. Lo haré, porque me cae bien, nada más. Escúcheme: analicemos la situación tal cual es, sin simpatías ni prejuicios. Usted me pide confianza. La primera vez que lo conocí fue en pasadizos secretos de una mansión a la que ni siquiera había sido invitado. Admite saber detalles de un asesinato, mientras un hombre está acusado de ese crimen. Luego habla de tres mujeres presentes en la torre, y dos de ellas son mi clienta, Lady Evenden, y su prometida, la acompañante de mi clienta. Dígame, ¿en qué puedo basar mi confianza? Si mi clienta está involucrada, yo debo saberlo todo.

—Señor Benson —respondió Wilfred—, ha resumido la situación en pocas palabras. Entiendo perfectamente lo que dice, y reitero que asumo toda la responsabilidad de mi

silencio. Estoy seguro de que, en un futuro cercano, me agradecerá haber mantenido esta postura.

Benson dio otro sorbo, miró pensativo al fuego y luego levantó la vista bruscamente. —Muy bien, siempre que lo tenga claro. Ahora dígame, ¿quién era la otra mujer?

—No lo sé —respondió Wilfred. Benson lo miró incrédulo, pero al sostenerle la mirada, se convenció de que decía la verdad. Aun así, decidió presionarlo.

—Pero seguramente podría identificarla, ¿no? La vio, ¿verdad? —La vi, pero a distancia y con mala luz. —Entonces, ¿cómo sabe que no era otra? —Porque vi a las tres al mismo tiempo.

—¡Santo cielo! —exclamó Benson—. Tiene que decirme más. Por el bien de todos, incluso por el suyo.

—No diré ni una palabra más —respondió Wilfred con firmeza.

—Muy bien —Benson se levantó—. Es todo lo que podemos hacer esta noche. ¿Vendrá mañana? Almuerce conmigo a la una. Y recuerde: no se sorprenda si lo cito como testigo en el juicio.

—No debe hacerlo, señor Benson —protestó Wilfred—. Si lo hace, causará un daño enorme.

—Eso mismo dijo el doctor asesino —replicó Benson—. Ninguno confía en mí, así que usaré mi propio criterio. ¿Qué espera? ¿Que me cruce de brazos y deje que condenen a mi cliente? ¡Jamás! Dígame, muchacho, ¿qué haría usted en mi lugar?

—Sé lo difícil que es todo esto —respondió Wilfred—, y justamente por eso decido callar. Entiendo que tenga derecho a estar molesto, señor Benson. Pero le aseguro que hago lo que creo más sensato y correcto. La información que podría darle solo lo confundiría más.

El abogado lo miró en silencio un minuto entero; luego dijo: —Voy a ver a Lady Evenden. Si esa jovencita de ojos de lince, Kilby o como se llame, está despierta, la mandaré aquí para que hablen. Dos cabezas piensan mejor que una, y creo que ella podría ayudarlo a usar un poco de sentido común en este asunto tan grave. Los ríos peligrosos necesitan un piloto experimentado, no un aficionado entusiasta.

Wilfred caminó inquieto de un lado a otro de la habitación después de que Benson se fue. Entonces entró Jill.

—Wilfred —dijo ella—, ¿no es terrible? Casi matan al pobre señor Benson esta noche, y creo que fue el doctor Laidlaw.

—Así es, cariño —respondió Wilfred, dándole un beso—. ¿El viejo te mandó?

—Sí —contestó Jill—. Es realmente admirable, ¿sabes? Imagínatelo, a su edad, forcejeando y logrando retener al doctor hasta que llegó ayuda.

—Sí, estoy de acuerdo —dijo Wilfred—. ¿Qué te dijo antes de enviarte aquí?

—Me dijo: "Baja a la biblioteca y ponle un poco de sentido común en la cabeza a tu Wilfred" —respondió Jill, medio riendo. Luego añadió con seriedad—: Tenemos que decírselo, Wilfred... de verdad tenemos que hacerlo.

—No podemos —respondió Wilfred—. El pobre viejo ya está bastante confundido. Decirle lo que sabemos solo lo alteraría más, y si se lo dijéramos a la policía… bueno, arrestarían a cualquiera que tuviera la mínima relación con el caso. La situación es simplemente terrible. Tal como lo veo, alguien tiene que sufrir de alguna manera, y Frank es quien mejor puede soportarlo. Si lo condenan, entonces presentaríamos las pruebas en la apelación para exculparlo. Pero lo peor sería que otra persona, igualmente inocente, tendría que pasar por todo el proceso de nuevo. Es espantoso. Pero no hay nada que hacer.

—Sigo pensando que deberíamos decírselo al señor Benson —insistió Jill—. Él es mucho más sensato y astuto de lo que crees, y además es abogado; ya sabes, está acostumbrado a estas cosas que a nosotros nos confunden tanto.

—Saberlo todo no serviría de nada, salvo para que trazara una defensa de Frank que terminaría provocando un arresto. ¿Sabes a quién arrestarían?

Jill asintió con tristeza. —Oh, Wilfred, querido, ¿por qué es tan difícil hacer lo correcto? Odio pensar que estoy ocultando deliberadamente algo que podría salvar a Frank Gough, sobre todo porque me cae tan mal. Me parece una bajeza enorme.

—Pero, cariño —protestó Wilfred—, no lo haces para perjudicar a Frank, sino para evitar problemas mayores. Ya me comprometí a contarle toda la verdad al señor Benson si Frank llegara a ser condenado. Habría tiempo suficiente para presentar testigos en la apelación.

Durante veinte minutos, los dos hablaron: Jill queriendo confiar en el abogado y Wilfred decidido a no hacerlo. Mientras tanto, Benson fue recibido en el tocador de Lady Evenden y encontró a la dueña del Priorato sentada en un sofá, vestida con una bata de satén acolchada. Tenía una sonrisa ligeramente desafiante cuando él entró, aunque era evidente que estaba nerviosa.

—Me alegra mucho verlo tan bien, querido señor Benson —lo saludó—. Lamenté profundamente enterarme de lo que le pasó esta noche. —Su hermoso rostro mostraba una preocupación genuina.

Benson entró con gesto duro, pero se suavizó un poco. Aun así, preguntó con severidad: —¿Por qué dejó ir a ese hombre?

—Sabía que querría saberlo. Es natural —dijo Lady Evenden—. Por eso pedí que le dijeran que quería verlo. —El abogado asintió y esperó. Ella dudó, pero al ver que él no hablaba, continuó—: Bueno, creo que ya le mencioné que el doctor Laidlaw es un viejo amigo mío. Lo ocurrido en su habitación esta noche es lamentable, pero estoy segura de que él podría

explicarlo. Sé que vela por mis intereses tanto como usted, y tuve que… simplemente no pude evitarlo… tuve que liberarlo al saber que estaba retenido por orden suya.

Hablaba nerviosa, con frases entrecortadas, mirando de vez en cuando al abogado de rostro severo. La dureza creciente en la expresión de Benson aumentaba su nerviosismo. Terminó con un débil: —Sabía que usted lo entendería.

—¿Entenderlo? —estalló Benson indignado—. ¿Entender que liberara al hombre que intentó asesinarme? ¿Que liberara al hombre que mató a su hijastro? ¿Que liberara al hombre que chantajeó a su difunto esposo durante siete años? Mi querida dama, le ruego que no sobrestime mi capacidad de comprensión. Estoy completamente perplejo. No vengo a entender nada, sino a obtener una explicación razonable. ¿Me la dará?

Lady Evenden mostró una angustia evidente. Lo miraba y apartaba la vista, apretaba las manos y cambiaba de posición en el sofá. Finalmente, con esfuerzo, respondió: —Entiendo que esté molesto, muy molesto. Pero eso no justifica afirmaciones tan terribles como las que ha hecho. ¡Que mató a mi hijastro! ¡Que chantajeó a mi esposo! ¿Cómo puede decir algo así?

—Porque puedo probarlo —dijo Benson con calma. Lady Evenden se puso aún más pálida. —¿Qué quiere decir? —preguntó. —Lo que digo —respondió Benson—. Mire, Lady Evenden, pronto tendré que preguntarme si debo seguir representándola. He servido a su esposo, a su padre, y antes de mí, mi padre sirvió al abuelo de él. Le digo esto para que entienda cuánto valoro mi vínculo con esta casa. Pero hay cosas que un hombre honorable debe valorar más que los viejos lazos. Una cosa es segura: no soltaré las riendas mientras su hijo esté en peligro. Lo ayudaré hasta el final, pase lo que pase. Pero si no puedo contar con la confianza de mi clienta, no actuaré por ella bajo ninguna circunstancia.

—Pero, señor Benson —exclamó ella—, no puedo prescindir de usted. No puede hablar en serio. ¡Lo necesito! No diga que me abandona.

—¡No la abandono! —respondió Benson—. Digo claramente que no puedo actuar sin la confianza de mis clientes. Dígame, ¿por qué liberó a ese asesino esta noche?

—¡Él no es un asesino! ¿Cómo puede decir eso? —replicó ella de inmediato.

—¿Y cómo puede usted decir que no lo es? —preguntó Benson con severidad.

—¿A qué se refiere? —preguntó Lady Evenden con ojos asustados.

—¡Basta de rodeos! —exclamó Benson impaciente—. Escúcheme. La noche en que su hijastro fue asesinado, el doctor Laidlaw fue visto por testigos confiables entrando a la Torre del Prior por los pasadizos secretos que comunican con la Habitación del Prior, la escena del crimen. Tengo esa información confirmada, sin dudas. Y también sé que usted estuvo en la Torre esa noche. Lo que exijo es que me diga qué sabe de los movimientos del

doctor Laidlaw, qué hacía usted allí y quién era la tercera mujer presente además de usted y la señorita Kilby.

El efecto de sus palabras fue devastador. Lady Evenden se agitó visiblemente, pero Benson fue implacable. La sorpresa y la angustia se reflejaban en su rostro. Finalmente, ella dijo: —No tengo idea de qué me habla. ¿Qué tiene que ver la señorita Kilby con la Torre del Prior, y quién es esa otra mujer?

—Se lo diré en un momento. Pero primero respóndame esto. Usted fue vista en la Torre del Prior esa noche. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué se reunió con Laidlaw? ¿Qué hacía él allí? —Benson la observaba con dureza, temiendo que se desmayara antes de responder.

—¿Quién me vio? —preguntó ella. —Dos testigos confiables —respondió Benson—, y declararán en el juicio. Por favor, Lady Evenden, ¿por qué no confía en mí? Dígame, ¿qué hacía allí?

Ella guardó silencio varios minutos. Lo miró como un ave mira al cazador; luego, con voz baja y resignada, dijo: —Fui allí para reunirme con el doctor Laidlaw.

CAPÍTULO 12. El señor Benson traza un plan

—¡Fue usted a ver al doctor Laidlaw! —repitió el señor Benson—. ¿Por qué?

Lady Evenden pareció casi como si hubiera esperado y se hubiera preparado para la pregunta; pues una luz endurecida asomó a sus ojos y su barbilla se tensó con determinación.

—Señor Benson —dijo ella—, una vez le dije que nada en el mundo me hará divulgar ciertas cosas que nos conciernen solo al doctor Laidlaw y a mí. Me basta con decirle que, ocasionalmente, tengo que ver al doctor Laidlaw. Lo vi esa fatídica noche en la Torre del Prior. Mi visita a él, y la visita de él a la torre, no tuvieron la más remota conexión con el asesinato, de la misma forma que no tendrían conexión alguna con el asesinato de usted, suponiendo que lo encontraran muerto fuera de esta habitación y se probara que yo había recibido al doctor Laidlaw aquí.

—En vista de mis experiencias de hace un rato, mi querida dama —dijo el viejo abogado con sarcasmo—, difícilmente puedo felicitarla por lo acertado de su comparación. Ese pequeño bribón con cara de rata hizo dos intentos contra mi vida esta noche.

—No lo hizo, señor Benson. —Lady Evenden habló con serena convicción.

—Mi querida dama, ¿está usted en su sano juicio? ¿Insinúa que imaginé su presencia en mi dormitorio, e imaginé este golpe en la cabeza que me dio ese perrillo asesino, y que lanzó otro con un bastón cuando pensó que yo estaba tirado en el suelo?

—Él no fue a su habitación para hacerle ningún daño —dijo Lady Evenden.

—¿Y a qué vino entonces? ¿Solo para tener una charlita amistosa? —preguntó el señor Benson con sorna.

—Vino a intentar recuperar ciertos papeles. —La dama frunció el ceño.

El señor Benson la miró con una mezcla de asombro y horror.

—¿Sabía usted que vendría? —preguntó con un tono tan cortante como el restallido de un látigo. Ella vio lo que pasaba por la mente del abogado, se estremeció ligeramente y respondió:

—¡Oh, señor Benson, si tan solo pudiera entenderlo! No, por supuesto que no sabía que vendría. No soñaría con hacer nada que pudiera lastimarlo a usted, mi mejor amigo. Quiero que entienda claramente que mi asociación con el doctor Laidlaw es perfectamente inocente. Él es necesario para mí por ciertas razones. Cuáles sean esas razones, no puedo divulgarlas. Debe bastarle con que le diga que si alguna desgracia —estoy segura de que sería una desgracia inmerecida— le ocurriera al doctor Laidlaw, ese día yo probablemente sufriría horrores incomparables; horrores que harían preferible la muerte, y yo elegiría la muerte antes que eso.

Había una gran seriedad en su rostro agitado mientras hablaba, pero el señor Benson se mantuvo inflexible.

—Debe decirme de inmediato qué es lo que él tiene contra usted —dijo—. Debo insistir en ello. Si dice que no sabía que él vendría a mi habitación esta noche, ¿cómo sabe que vino a recuperar papeles?

—Porque él me lo dijo… después —respondió ella, mordiéndose el labio.

—¿Lo ha visto después? —preguntó el abogado—. ¡Válgame Dios! ¿Dónde?

—¿De verdad importa todo este interrogatorio? —preguntó ella con cansancio—. Lo vi en la Habitación del Prior.

—¿Cómo? —preguntó el señor Benson—. ¿Mediante una cita?

—Sí —respondió ella—. Le dije que es necesario que lo vea en ciertas ocasiones.

—Este es absolutamente el estado de cosas más terrible del que he oído hablar en mi vida —declaró el abogado—. ¡Su hijo espera su juicio por asesinato y usted, su madre, encubre al doctor Laidlaw, que desangró a su difunto marido con chantajes durante siete años y la está desangrando a usted!

—¿A qué se refiere? —Los grandes ojos de Lady Evenden se abrieron de par en par—. El doctor Laidlaw simplemente actuaba como agente de investigación para mi marido, y realizó ciertas visitas a Rusia porque conocía muy bien el idioma.

—¿Quién le dijo eso? —preguntó el señor Benson.

—Mi difunto marido —respondió ella de inmediato—. Y el doctor Laidlaw lo confirmó.

—Entonces respóndame a esto, mi querida dama —dijo el abogado—. ¿Por qué habría de tener tanto interés ese perrillo en recuperar ciertos papeles, sin detenerse ni ante el asesinato para conseguirlos? Escúcheme. Vi el asesinato en los ojos de ese hombre esta noche, y si no lo hubiera desconcertado mirándolo fijamente y, más tarde, peleando con él, yo habría seguido el camino de su hijastro…

—El doctor Laidlaw no mató a mi hijastro —interrumpió ella.

—¿Quién lo hizo entonces? —soltó Benson de inmediato.

—No lo sé… ninguno de nosotros lo sabe —respondió Lady Evenden.

—¿Quiénes son "ninguno de nosotros"? —preguntó el señor Benson.

—Me refiero a que no lo sabe ni el doctor Laidlaw, ni yo, ni la policía, ni usted, ni nadie más —respondió ella.

—¿Quién era la otra mujer en la torre además de usted y su acompañante? —preguntó él, recordando que no había obtenido respuesta a su pregunta anterior.

Una mirada de desconcierto asomó a los ojos de Lady Evenden. —¿Mi acompañante? —preguntó—. ¿Y otra mujer? —Lo miró por un momento con duda; luego, con sospecha, preguntó—: ¿Ha estado empleando a mi acompañante para espiarme?

—No añada la estupidez a su terquedad, por el amor de Dios —dijo el abogado impaciente —. Ciertamente no. Ahora escúcheme. La noche del asesinato de Sir John, había tres mujeres en esa torre. Una era usted, otra era su acompañante, y lo que quiero saber es: ¿quién era la otra?

—Pero, señor Benson, me asusta. ¿De verdad dice en serio lo que está diciendo?

Lady Evenden no podía estar fingiendo, decidió el abogado. Su agitación era demasiado real para eso.

—¿Jill Kilby en la Torre del Prior? ¿Otra mujer? ¿Quién era la otra mujer y qué quería?

—Eso es lo que estoy tratando de averiguar, por supuesto —dijo el abogado—. Cuando obtengamos una explicación de todas estas cosas diversas, tendremos el secreto del asesinato.

—Dígame —Lady Evenden hizo un gran esfuerzo por mantener la calma, pero su agitación se delataba en sus ojos dilatados y el movimiento continuo de sus manos—, ¿qué estaba haciendo Jill Kilby allí?

—Supongo que sintió que era su deber estar cerca de usted. Ciertamente se le instruyó que tuviera mucho cuidado de que usted no corriera ningún peligro durante el tiempo de su terrible crisis tras la muerte de Sir Michael —respondió él.

—¡Dios mío! —exclamó ella—. ¿Qué fue lo que vio?

—Eso no lo sé —respondió el señor Benson con gravedad—. Lo que sí sé es que, si es necesario, voy a sentarla a ella en el banquillo de los testigos, y a usted en el banquillo de los testigos, y pondré a ese doctorcillo chantajista en el banquillo de los acusados… para salvar a su hijo.

—Ni se le ocurra soñar con hacer algo semejante. —Ahora ella no hacía ningún intento por ocultar su perturbación. Se levantó de su asiento y se dejó caer de rodillas a los pies del viejo abogado, apretó la mano de él con las suyas y suplicó—: ¡Usted no sabe lo que está haciendo! ¡Oh, por piedad, no haga eso! Soy inocente de cualquier falta, señor Benson. El doctor Laidlaw no es el chantajista que usted cree…

—Sí que lo es —espetó el señor Benson—. Chantajeó a Sir Michael durante siete años. Tengo pruebas absolutas de ello con la letra de Sir Michael, y toda la evidencia bancaria completa.

—Bueno, no puedo creerlo. —El señor Benson hizo un movimiento impaciente y soltó una expresión de exasperación—. En cualquier caso —continuó ella—, sé que es terrible, señor Benson; no alcanzo a ver por qué chantajearía a mi marido… él tiene dinero sin necesidad de eso, y yo tenía entendido que recibía buenos ingresos de mi marido por su trabajo de investigación. Pero eso no tiene nada que ver con mi terrible situación actual. Escuche, señor Benson. En el momento en que le pase algo al doctor Laidlaw, yo muero. Él ha sido el mejor de los amigos en algunos aspectos. Ciertamente, yo estaría muerta sin él… muerta o algo peor. No puedo permitir, y no permitiré, ninguna complicación en este asunto para el doctor Laidlaw.

Al terminar sus frases pronunciadas con excitación, Lady Evenden se desmoronó por completo, apoyó el rostro sobre las rodillas del viejo abogado y sollozó; sollozos grandes y amargos que sacudían todo su cuerpo. El señor Benson estaba profundamente conmovido. No intentó hablarle, sino que se inclinó hacia delante, puso una mano sobre su hombro y, con la otra, le acarició suavemente la cabeza. La dureza había desaparecido por completo de sus ojos, y había una mirada de infinita piedad mientras se inclinaba sobre la mujer que finalmente se había quebrado bajo el diluvio de problemas y los terribles embates de un destino errático.

Había piedad y ternura reflejadas en el noble y viejo rostro del abogado, pero no había desesperación. De hecho, tras las emociones que predominaban en ese momento, se expresaba también un poder indefinible. Mentalmente era un gigante entre los hombres, este veterano abogado, e incluso mientras acariciaba la cabeza inclinada de su bella cliente y la lástima por todo aquello inundaba su corazón como una marea, su mente no dejaba de trabajar… y trabajaba a la velocidad del rayo.

Después de un rato, ella dejó de sollozar y levantó la vista.

—Perdóneme —dijo—. Es que yo…

—Ni una palabra más, hija mía —ordenó el abogado—. Ahora, simplemente hágame caso. No voy a angustiarla hablando de Laidlaw esta noche. Vuelva a la cama y, antes de acostarse, tómese una buena copa de brandy; le hará bien. Pase lo que pase, no se preocupe. Yo me encargaré de todo. Solo le digo, querida, que sea cual sea la consecuencia que usted imagine, créame: sería más feliz si viniera y me lo contara todo.

Lady Evenden estaba a punto de responder, pero él la interrumpió: —No, no… esta noche no. No voy a preocuparla más por ahora. No tome ninguna decisión esta noche. Simplemente no se preocupe. Buenas noches, mi señora.

—Buenas noches, mi buen amigo —dijo ella—. ¡Oh! ¿Qué voy a hacer con Jill…?

—Nada —respondió él—, nada en absoluto. No diga ni una palabra sobre eso… simplemente olvídelo.

Con una sonrisa amable y un beso a la antigua en su mano, el caballeroso anciano salió del tocador y regresó por el pasillo hacia la escalera principal, rumbo a la biblioteca. Allí encontró una nota de Wilfred que decía que cumpliría con la cita del día siguiente —más tarde ese mismo día, en realidad, pues el reloj marcaba las cuatro y diez— y que no tenía nada más que añadir esa noche.

—Bueno —se dijo Benson—, has tenido una noche agitada para ser un hombre viejo. Será mejor que te sirvas un poco de ese buen whisky añejo y veas qué efecto te hace. Sí, esto está mejor —dijo, tras beber un poco del licor—. Esto está mejor. Y esto es lo que hay que hacer. La clave de todo está en ese doctor. Si lo arrestan, podría causar problemas. Lo dudo, pero podría. Sin embargo, él es la llave, y hay que hacerla girar en la cerradura, por así decirlo. Sí, lo haré. Un poco fuerte, quizá, para estos tiempos, pero lo haré. Voy a atrapar a ese pequeño demonio, eso es lo que haré, y lo llevaré a la vieja granja Swinerigmire. La casa está vacía, y haré que Joe Litt lo vigile; y si es necesario, aplicaremos un poco de "presión suave"… ¡Ese gusano! Ahora, a dormir.

Mascullando para sí mismo de esa manera tan peculiar que tenía cuando estaba solo, el anciano se dirigió a su habitación y volvió a acostarse. Justo antes de quedarse dormido, se le habría podido escuchar murmurando, algo inconexo: —Igual que entonces, Alice… igual que entonces. Te fuiste hace casi sesenta años, pero sigues igual. No debiste irte, Alice… la noche antes de nuestra boda… demasiada soledad, Alice. Sí… sí… falta poco, Alice… un poco más de trabajo por hacer… y luego…

* * * * * * * *

El señor Benson despertó por la mañana como un gigante renovado; tomó un desayuno abundante, se quitó el vendaje de la cabeza y se puso manos a la obra con las tareas del día. Se comunicó con el superintendente de la policía de Norwich y se enteró de que no habría

nuevas solicitudes de pruebas. El caso de la Corona, tal como se había presentado en el tribunal de policía, sería el mismo que llegaría al tribunal penal, sin añadidos.

Leyó una larga carta del secretario de Sir Courtney Caldecott comentando el informe de la defensa, a la cual respondió. Llamó por teléfono a su despacho y escuchó al socio principal en funciones, quien lo puso al tanto de todas las ramificaciones del trabajo en esa importante oficina. Luego se dirigió a las caballerizas y pidió que le ensillaran un caballo de caza.

—Están algo inquietos, señor —dijo el caballerizo mayor con cierta duda—. Verá, no han tenido mucho ejercicio últimamente.

Benson lo miró con incredulidad. Luego, con una indignación que hizo temblar al caballerizo, preguntó: —¿Estás insinuando que Chris Benson no puede dominar a cualquier bestia de cuatro patas… o de dos, si vamos al caso? —añadió con dureza—. Ensilla uno que pueda saltar una valla o dos. ¡Uno con verdadera casta, muchacho!

—Es un anciano increíble —murmuró el caballerizo mientras Benson se alejaba—. No me gustaría estar en su contra. El único buen saltador en el establo es Prince, y ese es un demonio. Bueno, si al pobre caballero se le parte la cabeza, tengo testigos para probar que pidió un buen saltador con casta.

Mientras tanto, Benson pidió a Roberto que le buscara un par de pantalones de montar y polainas de su talla. Poco después, apareció en el vestíbulo con su levita de mañana y chaleco, sobre los pantalones de montar y las polainas. Parecía salido de la década de los sesenta, con su sombrero gris de copa plana y su corbatín anticuado.

Prince, un gran potro negro de dieciséis palmos, fue traído por el caballerizo mayor, que apenas podía controlarlo. El animal echaba espuma por la boca de la excitación, y un brillo blanco en sus ojos inquietos lo hacía parecer peligroso. Benson sonrió al verlo. Prince era un espectáculo digno para cualquier amante de los caballos.

El abogado flexionó la pierna y el caballerizo lo ayudó a montar. Con sorprendente agilidad, el anciano saltó a la silla; y antes de que Prince pudiera seguir "luciendo su carácter", descubrió que su jinete tenía una mano ligera pero firme y, si era necesario, una espuela decidida. Prince decidió comportarse.

Algún tiempo después, caballo y jinete llegaron a una granja aparentemente desierta en medio de terrenos pantanosos y abandonados. Un hombre alto, de aspecto tosco pero con ojos grandes y honestos, salió a recibirlo.

—Qué gusto verlo, señor Benson —saludó con una carcajada—. Lo vi muchas veces así cuando era muchacho, pero no en los últimos treinta años, se lo aseguro.

—Hay trabajo que hacer, Joe —dijo Benson—. ¿Cuántos hombres de confianza puedes reunir en las próximas seis horas? Que sean discretos.

—¿Es una redada contra cazadores furtivos? —preguntó Joe Litt, que así se llamaba el hombre.

—No, es algo peor. Pero yo me hago responsable. ¿Cuántos? —preguntó el abogado.

—¿Tres bastan? —dijo Joe.

—De sobra —asintió Benson, desmontando—. Vamos a hablarlo. ¿Tienes una manzana para este jovenzuelo?

Joe sonrió y volvió a la casa medio en ruinas. Cuando regresó, traía dos manzanas en la mano. Se llevó a Prince al establo. Durante una hora, Benson y Joe conversaron en estrecha consulta. Al terminar, sacaron de nuevo a Prince y Benson montó.

—Todo saldrá bien, señor —prometió Joe Litt—. Los cuatro estaremos en la ventana de la biblioteca a las nueve en punto.

CAPÍTULO 13 Atrapado

El señor Benson regresó a Evenden Priory con tiempo de sobra para su cita de almuerzo con Wilfred Barlow. El asombro del caballerizo mayor fue enorme al ver al viejo abogado sentado con total naturalidad sobre su fogoso potro. Por el lodo en las patas de Prince notó que habían ido a campo traviesa, y el pelaje sudado del animal delataba la velocidad a la que habían cabalgado.

Casi con reverencia, observó al abogado desmontar y se quedó boquiabierto cuando este le entregó las riendas. Benson le lanzó una sonrisa cómplice y se retiró a su habitación para cambiarse.

Puntualmente a la una llegó Wilfred, a quien hicieron pasar al comedor donde Benson solía almorzar. El anfitrión lo recibió con cordialidad y comenzaron la comida. No había más invitados. Durante todo el almuerzo, Benson bombardeó a Wilfred con preguntas sobre sus primeros años, sus ambiciones y sus contactos. Ni una sola vez mencionó el asesinato ni el juicio inminente.

Se enteró de que Wilfred era hijo de un conocido dignatario eclesiástico cuya benevolencia había dejado a la familia en la pobreza cuando, tras una carrera breve pero intensa, falleció. Wilfred estaba entonces en la escuela y, con la ayuda de un tío materno, pudo terminar sus estudios de medicina.

Benson mostró una empatía profunda y pronto Wilfred se encontró hablándole como a un viejo amigo. El abogado tenía algo que inspiraba confianza y respeto. Wilfred pensó, mientras lo observaba al otro lado de la mesa, que era uno de los pocos hombres de los que se podía decir que la confianza no resultaba incómoda. No podía imaginar a nadie

faltándole al respeto a esos ojos: capaces de brillar con diversión, pero también de arder con furia, transmitiendo siempre una impresión de poder casi sobrenatural.

—Supongo que te fue bastante bien en los exámenes, ¿no? —preguntó Benson.

—Sí —respondió Wilfred—. No excelente, pero obtuve un buen segundo grado.

El abogado asintió con aprobación. —Detesto a la gente que aprueba con honores —dijo—. ¿Cuándo piensas conseguir una consulta en el campo?

Wilfred se rió. No le había dicho al viejo que estaba buscando una. —Bueno, eventualmente sí quiero una consulta decente en el campo, pero cuesta mucho trabajo conseguirla. Tendré que entrar con algún médico ya establecido que necesite ayuda. No puedo permitirme comprar una clínica.

—¿Qué te parecería esta zona? ¿Te vendría bien? —preguntó Benson, observándolo de cerca.

—¡Claro que sí! —respondió Wilfred con entusiasmo—. ¿Sabe de alguna, señor?

Benson comió en silencio unos segundos antes de contestar: —Hablaré con un amigo en Norwich. Creo que podría ser posible. A juzgar por lo que veo, eres bastante eficiente en todo sentido. Obviamente confiable, aunque no creo que te sobre potencia intelectual.

Wilfred se sonrojó un poco, pero luego sonrió. El viejo decía la verdad sin rodeos. Nunca se había hecho ilusiones sobre su capacidad, pero sabía que como médico rural sería un éxito. Nacido en el campo, lo amaba, entendía a su gente, disfrutaba de sus actividades a lo largo de las estaciones y sacaba su salud y vigor de sus vientos limpios y su aire fresco.

Justo antes de terminar de comer, Benson mencionó el caso: —Por cierto, eres amigo del jefe de policía. ¿Has hablado con él sobre esto?

—Sí —respondió Wilfred—; hemos tenido varias charlas. También conocí al hombre de Scotland Yard.

—¿Les has contado algo que no me hayas dicho a mí? —preguntó Benson, con mirada astuta.

—No, no les he contado ni la mitad —dijo Wilfred sin dudar—. Me dieron facilidades para revisar la escena del crimen y pensaron que podría averiguar algo. Saben de mi relación con la señorita Kilby y, sin mencionar nombres, dije que había visto a un hombre merodeando cerca de la Torre del Prior. Tenía a Laidlaw en mente. Pensé que eso podría hacerlos dudar de su teoría sobre Frank, en cuya inocencia todos estamos de acuerdo.

—Lamento que les hayas dicho eso —dijo Benson, mirando hacia la ventana—. ¿Sabes si están vigilando?

—Sí, mantienen la torre bajo observación —respondió Wilfred.

—¿Desde cuándo?

—Supongo que desde hace días. Les hablé de Laidlaw, sin mencionar su nombre, mucho antes de su última visita.

—No dijiste que alguien en la casa conocía o recibía a ese extraño, ¿verdad?

—No, solo que vi a un hombre rondando al pie de la torre una noche. Lo mencioné porque quería darles una pista que desviara la atención de Frank.

—Ya ves —dijo Benson—, ese es el error típico de un aficionado con la policía: cree que ellos verán las cosas como él. No es así. En cuanto les diste una pista, montaron vigilancia; cuando eso falla, investigan el lugar; al no encontrar nada, siguen con la casa, con cuidado. Finalmente, analizan tus motivos y piensan que intentas darles un rastro falso. Así funciona: reúnen toneladas de información, gastan dinero y ponen a un ejército a trabajar. Tres o cuatro expertos tabulan los datos y quizá tres de ellos tienen algo de genio. Se pasan criticando las ideas de los otros y comparándolas con las suyas. ¡Y el sistema funciona! Atrapan a uno tras otro. Sin embargo, Laidlaw no cayó. ¿Cómo lo explicamos?

—Creo que la policía vigila la torre desde el otro lado del césped —respondió Wilfred—. Si alguien se mantuviera bajo la sombra del muro, podría llegar a la puerta secreta sin ser visto.

—Ahora, si te hago una sugerencia… —Benson lo miró intensamente—. ¿Me das tu palabra de que no divulgarás lo que voy a decir, ni siquiera a tu amiga?

—Por supuesto —respondió Wilfred—, pero de verdad, señor Benson, Jill Kilby no es…

—¡Bah! —lo interrumpió el abogado—. Eso no importa. Lo que quiero es tu palabra de que no contarás esto a nadie. —Wilfred asintió.

—Muy bien. Pues voy a atrapar a esa peste asesina esta noche si aparece en la torre, y lo llevaré a un lugar muy tranquilo donde podrá hablar con facilidad… y donde podrá practicar sus trucos con las ratas, que allá son magníficas. ¿Qué me dices?

Por un momento, Wilfred quedó demasiado sorprendido para responder. ¡Secuestrar a un hombre! Pero reflexionó: el tipo probablemente era un asesino y había intentado matar al abogado. Además, la seguridad y confianza en el rostro de Benson lo contagiaron.

Si el gran Benson, respetado y temido en dos condados, aprobaba —e incluso cooperaba activamente— en lo que parecía un acto ilegal, debía haber una buena razón. Tomó su decisión.

—Si puedo ayudar… —empezó.

—¡Hecho! —dijo Benson—. Necesito cloroformo. No quiero que ese ratón grite antes de que lo atemos. ¿Podrías conseguirlo?

—Iré yo mismo y lo ayudaré, si le parece. No es fácil aplicarlo —dijo Wilfred impulsivamente.

—¡Buen muchacho! —Benson le estrechó la mano. Poco después, Wilfred se marchó, prometiendo volver para cenar a las siete y traer lo necesario.

—Para cuando esté metido hasta el cuello en esta travesura —se rió Benson para sí mismo cuando Wilfred se fue—, estará más que dispuesto a contarme todo lo que sabe sobre la noche del asesinato. En cualquier caso, le sacaremos la verdad a esa peste, o mi nombre no es Chris Benson.

Después, Benson tuvo una charla confidencial con el mayordomo, quien prometió tener lista una buena cantidad de cerveza y emparedados en la Habitación del Prior para las nueve de la noche, además de guardar absoluto silencio sobre el asunto.

Luego, Benson buscó a Lady Evenden. Ella se había levantado tarde tras las alarmas de la noche anterior y se veía muy mal. Al verla, Benson decidió no interrogarla más y se limitó a preguntarle por su salud con tono paternal.

Después regresó a la biblioteca, a sus papeles y al teléfono. Pasaron las horas y Benson siguió ocupado. Llamó a Londres tres veces, habló con el alcaide de la cárcel, con el jefe de policía de Norwich y, más tarde, con una importante agencia de detectives.

Eran las siete menos veinte cuando por fin terminó, guardó bajo llave ciertos documentos en la caja fuerte y fue a su habitación a cambiarse. A las siete en punto ya estaba recibiendo a Wilfred Barlow en el vestíbulo, donde el joven doctor conversaba con Jill.

El abogado y su invitado cenaron solos, pues Jill estaba ocupada arriba con su señora y con Lady Porter; Lady Evenden rara vez bajaba en esos días. Durante la cena, mientras los sirvientes atendían la mesa, no se mencionó ni una palabra sobre el "asunto" pendiente. Pero, una vez en la biblioteca, Benson examinó con cuidado lo que el doctor había traído.

Sintió un deleite travieso al ver la botella de cloroformo y escuchó con atención, casi con júbilo, mientras Wilfred le explicaba sus efectos y cómo debía aplicarse. Llegaron las nueve y se oyó un golpe ligero en el cristal de la ventana. Benson abrió el ventanal francés.

Con un masculllado "¡Vengan!", Joe Litt entró en la habitación, vestido con su chaqueta y chaleco de domingo, aunque con pantalones de pana. Tras él venían tres robustos peones de campo. Entraron tímidos, con las gorras en la mano. Ninguno llevaba abrigo, pese al frío de la noche, y varios sonreían nerviosos ante aquel entorno extraño.

Benson cerró la ventana con cuidado, luego se volvió hacia Joe Litt: —Veamos, aquí están Ben Howlett, Tom Sayers y Bill Harris.

Conocía a cada uno de ellos y tuvo una palabra para cada uno antes de guiarlos por el pasillo, subir la escalera de servicio y recorrer el corredor del primer piso hasta la Torre del Prior. Al entrar en la Habitación del Prior, Benson se divirtió al ver las expresiones de asombro y temor en los rostros de los muchachos; incluso Joe Litt parecía agradecer la compañía. Ninguno de aquellos fornidos hijos de Norfolk se habría atrevido a quedarse

solo en esa habitación toda la noche. Con semblantes serios, todos juraron guardar silencio. Benson les ordenó cargar las canastas que el mayordomo había dejado. Luego, tomando una vela encendida, abrió el camino a través del gran armario hacia la capilla de la cripta, en la planta baja.

Allí instaló al grupo en la pequeña sacristía, donde se sentaron sobre un arcón y, a la luz de una sola vela, bebieron cerveza y comieron emparedados para darse valor.

Se impuso un silencio absoluto —innecesario, pues nadie tenía ganas de hablar— y los minutos se hicieron horas. Dieron las diez, luego las once. Casi a medianoche, Benson había perdido la esperanza de tener éxito cuando se oyó un raspado, luego un golpe seco, seguido por un arrastrar de pies y el chirrido de la palanca al colocar la losa de piedra.

Benson miró con cautela y vio a un hombre inclinado sobre el banco de las velas. El sujeto encendió un fósforo; la llama titiló y prendió la vela. Protegió la luz con la mano y, cuando estuvo seguro, se dio la vuelta. El resplandor iluminó su rostro.

—Vamos, muchachos —dijo Benson—. Aquí lo tenemos.

Al instante, los seis hombres salieron de la sacristía y, antes de que el intruso pudiera reaccionar, ya estaban a mitad de la cripta. Era el doctor Laidlaw. Con sobresalto, apagó la vela de un soplido y, al segundo siguiente, se oyó un disparo seguido por el grito de dolor de uno de los aldeanos.

—¡Atrápenlo! —ordenó Benson, alzando la vela que había traído. La luz iluminó tenuemente el lugar desde donde Laidlaw había disparado. El doctor intentó hacerlo de nuevo, pero Joe Litt le sujetó la mano con fuerza de hierro. Entonces se desplomó mientras Wilfred le aplicaba la máscara de cloroformo.

—Rápido —apremió Benson—. Alguien más podría aparecer en cualquier momento. ¡Ese disparo! Quién sabe a quién habrá despertado; sonó como dinamita en una cantera. ¿Alguien herido?

—Sí, yo —respondió un hombre, sujetándose la muñeca.

Wilfred lo vendó rápidamente. Luego, con dos hombres cargando al doctor inconsciente, subieron por la puerta secreta en el muro de la torre, mientras Benson manipulaba el mecanismo. Al llegar al césped, rodearon la torre y se dirigieron a la entrada circular junto a la casa que llevaba a las caballerizas. Allí esperaba un coche grande y todos subieron. El coche arrancó, pero justo en ese momento se oyó una voz de alto y brilló la linterna de un policía.

CAPÍTULO 14. Un doctor en cautiverio

—¿Qué fue eso? —preguntó Wilfred Barlow con nerviosismo.

—¡Una linterna policial! ¿Qué creías que era? —respondió el anciano con calma. Luego, asomando la cabeza por la ventanilla, ordenó—: Dobla cerrado a la derecha y atraviesa el bosque bajo. ¿Dejaste las puertas abiertas como te dije? —El hombre en el asiento del conductor masculló algo que evidentemente fue satisfactorio, y el coche, virando bruscamente a la derecha, se lanzó por un camino de carretas usado principalmente para comunicar con los cotos de caza. El sonido de los silbatos se hizo cada vez más tenue y, a medida que el conductor se acostumbraba al terreno, más rápido corría el vehículo.

—¡Por Eggleham y a través de la ciénaga! —ordenó de nuevo el señor Benson, y el conductor asintió. Alcanzaron la carretera principal tras un trayecto de dos millas por bosques y campos pertenecientes a la propiedad del Priorato de Evenden y, durante unos cientos de yardas, corrieron por la gran vía blanca para luego desviarse por un camino secundario que llevaba a la pequeña aldea de Eggleham. Pasando velozmente por el grupo de cabañas dormidas, el coche continuó por la estrecha ruta hasta que Joe Litt le indicó al señor Benson:

—Aquí está el viejo camino vecinal, señor.

—Dile que lo tome, si es que lo conoce —dijo el abogado.

—Se lo conoce de memoria —dijo Joe Litt, y le dio una indicación al conductor, quien redujo la velocidad. Luego, tras avanzar a paso de tortuga unas yardas, se desvió de la carretera y entró en un sendero cubierto de hierba, mitad campo, mitad camino.

En realidad, ese camino estrecho ya no pertenecía a nadie. Los aldeanos que tenían una vaca o un caballo dejaban que los animales pastaran allí a su antojo. Serpenteaba de forma errática, girando y doblando por más de una milla hasta llegar a la ciénaga, donde se perdía en el traicionero y pantanoso terreno baldío que se extendía por muchas millas hacia los Broads, al sur.

Ahora el coche avanzaba con muchísima cautela; pues era una labor de gran pericia, incluso de día, encontrar un paso seguro entre los pozos ocultos y los lodazales. El conductor casi se detenía por momentos, pero nunca del todo, y solo las miradas ansiosas que lanzaba por el costado hacia el suelo revelaban qué tan cerca estaban del desastre.

Durante todo el trayecto, Laidlaw permaneció inconsciente. Wilfred le tomaba el pulso con frecuencia para asegurarse de que estuviera estable.

Al fin llegaron a la granja en ruinas y el coche se detuvo ante la puerta.

—He preparado las cosas lo más cómodo que he podido —dijo Joe Litt—, aunque no hace falta mucha comodidad aquí, como usted sabe que vivo yo, señor.

—Estará bien —dijo el señor Benson—. No se necesita mucho lujo ahora, te lo aseguro. Llévenlo adentro.

Estas últimas palabras iban dirigidas a los peones, que estaban bajando, y dos de ellos cargaron de inmediato al insensible doctor Laidlaw hasta la cocina de la granja. Un gran fuego ardía en el hogar, y otro trabajador se levantó soñoliento de un sofá donde había estado recostado.

—Empezaremos ahora como pensamos seguir, Joe —dijo el abogado—. Asigna a alguien para que se quede con él; que no esté solo ni un segundo para que no intente ninguna treta. ¿Dónde lo vas a poner?

—He encendido un poco de fuego en el viejo salón, señor; tiene contraventanas grandes y cortinas, así que nadie verá luz desde fuera. Pensé en ponerlo ahí.

—Sí, eso servirá, pero no veo razón para mantener las ventanas cerradas de día. Puedes ver si alguien se acerca desde dos millas de distancia, y entonces podrías esconderlo en el granero, ¿no?

—Sí, eso mismo estaba pensando —dijo Joe Litt—. Si hubiera algún registro o algo, lo amordazaría bien y lo metería bajo el heno.

Cargaron al doctor por una puerta y a lo largo de un pasillo con olor a humedad hasta una habitación que antaño fuera el gran salón de la granja, pero que ahora solo era el coto de caza de escarabajos y ratas ocasionales.

La vieja granja de Swinerigmire —pronunciada localmente en tres palabras: Swine-Rig-Mire — tenía una historia curiosa. Años atrás estuvo ocupada por una familia llamada Foulder y era una propiedad muy próspera. El último de los Foulder se casó muy tarde y su esposa le dio una hija, abandonándolo en el mismo momento en que le entregaba a la niña, que sería la luz de sus ojos.

Cuando Norah Foulder tenía dieciséis años, "salía" con Joe Litt, por entonces un muchacho de veinte años y la mano derecha de su anciano padre. Norah era maravillosamente dulce, pero su belleza resultó fatal para las esperanzas de Joe. Conoció a un joven ingeniero que estaba de vacaciones por la zona de los Broads, quien se había adentrado en las marismas y se topó con una visión de belleza inesperada en tal desierto. Entonces ocurrió algo que destrozó la vida del anciano y acabó con cualquier esperanza de felicidad para Joe Litt.

El ingeniero abandonó a Norah, pero le había contado lo suficiente sobre la vida en las grandes ciudades como para encender su imaginación, y ella se fue con él. Nunca más se supo de ella. Joe Litt, que jamás había viajado más allá de Norwich, fue hasta Londres y durante una semana deambuló con una impotencia patética buscando a Norah. Luego se rindió. Al igual que el padre de ella, él también lo abandonó todo; despidió al personal y dejó que la granja se cayera a pedazos, cultivando solo lo necesario para sobrevivir. El anciano murió meses después de la desaparición de su hija, dejándole la granja a Joe, y allí

vivía él solo. Sus compañeros eran unas cuantas ovejas, un par de vacas, algunas aves de corral y un caballo que uncía ocasionalmente a una carreta vieja para ir al mercado.

La ciénaga, siempre celosa del terreno que alguna vez le arrebataron, volvía a reclamar lo suyo tras siglos de ausencia; lenta, muy lentamente, pero con una certeza mortal y pequeños sonidos de satisfacción, iba ganando terreno. Los campos periféricos ya lucían lodo y juncos en lugar de las amapolas y el dorado de los días en que la marisma obedecía al hombre.

Pero, a pesar de ser un ermitaño, Joe Litt no era un hombre amargado. El viejo abogado le tenía mucho aprecio. Joe le había servido al señor Benson en más de una ocasión; de hecho, siempre estaba dispuesto a ayudar. Ningún granjero lo llamaba en vano, y era un gigante trabajando. De aspecto tosco, no carecía de una gentileza que lo hacía querido por mujeres, niños y animales.

La vida de Joe no era ociosa; simplemente había perdido el interés en su propio futuro y sentía un placer triste al ver la ruina de la granja. Le parecía apropiado: un monumento a la pérdida de su habitante más preciada, un registro del desastre.

La habitación donde dejaron al doctor todavía conservaba los muebles descoloridos y la alfombra gastada de los viejos tiempos. Todo sufría por la humedad; el cuarto olía a encierro, las paredes tenían moho, el techo estaba caído en partes y las tablas del suelo estaban podridas y eran peligrosas. Joe sabía que eran heraldos de la ciénaga que avanzaba, pero el abogado solo resopló.

—Joe, muchacho —dijo—, esta humedad es suficiente para darle reumatismo a un rinoceronte. Mantén un buen fuego, porque mañana pienso pasar un buen rato con él.

Joe asintió. Tras dejar a dos hombres a cargo de Laidlaw, los demás fueron a la gran cocina, donde sirvieron una olla enorme de café con lonchas de jamón.

—Eso huele bien —anunció el abogado—. Vamos, Barlow, sírvete un poco de jamón. ¿Es de tu propia cosecha, Joe?

—Sí, señor Benson. Yo nunca compro nada que sea tocino o cosas así. —El señor Benson asintió con la boca llena del delicioso jamón.

—Bien, Joe —dijo poco después, al terminar la comida—, estaré por aquí cerca de las once de la mañana. ¿Está listo mi chofer?

Trajeron al conductor y comenzaron el viaje de regreso a través de la ciénaga. Ahora era más difícil; la luna se había puesto y una niebla velaba el pantano. Sin embargo, después de mucho tiempo, lograron encontrar el camino de vuelta a la carretera. Desde allí, llegar al Priorato fue sencillo.

El señor Benson detuvo el coche en los cotos de caza detrás de la casa, y él y Wilfred caminaron el cuarto de milla restante.

Se acercaron a la casa por la parte trasera, bordearon las cocinas y luego vigilaron con mucho cuidado el frente del edificio. No había ni un rastro de vida. Manteniéndose pegado al muro, el señor Benson se acercó a la ventana de la biblioteca y la abrió; luego, seguido por Wilfred, entró.

—Ahora, muchacho —anunció el viejo abogado—, vamos a dormir algo; hemos hecho un buen trabajo esta noche, y haremos uno mejor mañana cuando logremos que ese pequeño asesino empiece a hablar. He preparado una cama para ti al lado de la mía. ¿Un trago?

El viejo abogado y Wilfred hablaron cinco minutos más frente a un poco de whisky y luego se fueron a acostar. Por la mañana, mientras Wilfred aún dormía, el anciano ya estaba arriba atendiendo sus cartas y el teléfono. En el desayuno, el mayordomo contó que la policía había hecho sonar silbatos y causado una alarma durante la noche. Al parecer, un agente había visto aparecer a unos hombres, aparentemente de la nada, cerca de la Torre del Prior, cargando un cadáver hacia un automóvil que esperaba.

—¿Qué le habías dado de beber al agente? —preguntó el señor Benson al mayordomo con severidad—. Esto es algo muy serio, ¿sabes?

Después de un momento, durante el cual el mayordomo pareció sentirse miserable, el señor Benson levantó la vista bruscamente.

—¿Qué le habías estado dando al agente?

—Bueno, señor —dijo el mayordomo, con una pequeña tos—, el agente, señor, tiene cierta debilidad por Helen, la mucama, y tengo entendido que comió un poco de pastel de caza.

—¡Los pasteles de caza no hacen que los agentes vean hombres apareciendo de la nada, cargando cadáveres hacia automóviles que esperan! —anunció el señor Benson con decisión.

—No, señor, por supuesto que no —asintió el mayordomo con seriedad—. Además, se me ha informado, señor, de que el agente bebió un poco de cerveza…

—Manda llamar a Helen inmediatamente —interrumpió el señor Benson, que se estaba divirtiendo de lo lindo. Al poco tiempo apareció Helen, temblando. Era una chica bonita y robusta, de cabello muy oscuro y ojos azules risueños; un tipo irlandés.

—¿Qué bebió el agente… tu agente, quiero decir? —preguntó el abogado.

—Con su permiso, señor —respondió ella—, bebió un poquito de cerveza, si no le molesta, señor.

—¿Cuántos litros? —preguntó el señor Benson, golpeando el puño sobre la mesa y poniendo una cara terrible.

—¡Oh, solo uno, señor! Bueno, no más de uno y medio como mucho, señor. —El señor Benson asintió con solemnidad.

—¿Cuánto whisky?

—¡Oh, señor, solo un trago! Solo un poquito para espantar el frío, señor. Padece del pecho. ¡Ay, señor, espero que no se meta en problemas!

—No, yo me encargaré de arreglarlo —dijo el señor Benson, indicándole la puerta con un gesto.

La chica se retiró y pronto apareció Wilfred. Cuando el mayordomo salió de la habitación, el señor Benson le contó el afortunado incidente del agente de guardia desacreditado. Wilfred disfrutó de la broma de corazón y, después del desayuno, el señor Benson mandó llamar al sargento del agente y obtuvo de él la seguridad de que no se tomarían medidas disciplinarias contra el policía por su "estúpido error".

El señor Benson supo que Lady Evenden no se encontraba muy bien esa mañana y decidió no verla. Wilfred aprovechó la oportunidad para pasar media hora con Jill, quien se mostró sumamente sorprendida de ver a su amante en la casa. Wilfred le dijo que estaba ayudando al señor Benson en la investigación general y que, como podría haber otro visitante nocturno para el viejo abogado, se había ofrecido a dormir cerca de él; una oferta, dijo, que el abogado había aceptado.

No respiró ni una sílaba sobre la extraña aventura de la noche.

A las diez y media, el señor Benson estaba vestido y listo para montar; y, como también se había preparado una cabalgadura para Wilfred, los dos partieron campo traviesa hacia la solitaria granja de Swinerigmire.

Mucho antes de que se acercaran, fueron vistos por los confiables vigías de Joe Litt y, cuando se detuvieron ante la puerta de la granja, el propio dueño de la casa en ruinas salió a su encuentro.

—Se ha estado portando de forma terrible, señor —le dijo Joe al señor Benson—. Maldiciendo, amenazando y diciendo toda clase de cosas.

—No importa, Joe —dijo el señor Benson sombríamente—. No es nada comparado con cómo se pondrá en unos minutos. Vamos, Wilfred.

Seguidos por Joe Litt, Wilfred y el señor Benson atravesaron la cocina y el pasillo oscuro y húmedo hasta el salón donde estaba Laidlaw.

El doctor estaba sentado junto al fuego en un enorme sillón, con un aspecto muy pálido y demacrado, mirando con ferocidad a dos peones que estaban sentados frente a él en un banco, fumando pipas de barro. Sus ojos no se apartaban de él.

Cuando el abogado y Wilfred entraron en la habitación, el doctor estaba en medio de una ráfaga de amenazas que resultaban absolutamente inútiles para su audiencia; ellos

simplemente permanecían allí sentados, impasibles, observándolo y fumando sus pipas. Al ver quiénes eran sus visitantes, Laidlaw se puso en pie.

—¿Qué significa este atropello? —preguntó—. ¡Les aplicaré la ley por esto!

—Yo ciertamente lo haría, si fuera usted —asintió el señor Benson con sensatez—. Su trato incluye una buena cantidad de delitos procesables. Está, por ejemplo, el secuestro, algo sumamente grave; está la violencia; luego surge la cuestión de la detención ilegal y el encarcelamiento falso. Oh, tiene un caso irrefutable contra mí… por eso voy a asesinarlo y a enterrarlo en la ciénaga.

El abogado habló con tanta calma y en un tono tan natural que, al principio, el doctor no alcanzaba a comprender si se estaban burlando de él o si el abogado hablaba en serio. Ante sus últimas palabras, acompañadas de un brillo peligroso en los terribles ojos del señor Benson, Laidlaw literalmente se acobardó; jadeó y, con los ojos fijos de horror en el abogado, se desplomó en su silla.

—Examínalo —le dijo el señor Benson brevemente a Wilfred, e inmediatamente el joven doctor se acercó, le tomó el pulso al prisionero y le examinó los ojos.

—Mjm… nada grave, más allá del impacto —declaró—. Le daré una dosis de algo.

—¡Sí, y yo también le daré una dosis de algo! —dijo el señor Benson sombríamente, con un inquietante asentimiento de cabeza. Y el desafortunado Laidlaw volvió a estremecerse.

Wilfred Barlow le dio un estimulante al hombre aterrorizado y, tras unos momentos durante los cuales observaron cómo el color regresaba a su rostro, el señor Benson despidió a los dos peones, y él y Wilfred se quedaron solos con su prisionero.

—Y bien —comenzó el señor Benson, encendiendo un puro—. Para empezar, doctor Laidlaw, vamos a escuchar exactamente qué ocurrió la noche del asesinato del difunto Sir John Evenden.

—¡Ja, ja! —Laidlaw hizo un esfuerzo patético por reírse—. Me lo imaginaba. No se atreve a entregarme a la policía por miedo a que arruine a Lady Evenden, así que se le ocurrió la feliz idea de secuestrarme por la fuerza e intentar hacerme hablar. Pues bien, señor abogado Benson, se ha pasado de listo, porque no sacará nada de mí, ¿entiende? Nada.

»Es más, será castigado… severamente castigado, toda su banda: matones, abogados corruptos y secuestradores. Lady Evenden quedará arruinada, Frank Gough será colgado y yo me reiré de todos ustedes.

Escucharon su arrebato en silencio. Laidlaw calló un minuto; parecía un poco menos cómodo, y luego continuó de forma bastante inconsistente: —¿Qué pueden probar contra mí, de todos modos?

—Le has dado demasiado estimulante a este ratoncito, ¿sabes? —le dijo el señor Benson a Wilfred, sacudiendo la cabeza con desaprobación—. Se imagina que es un tigre come-hombres. Es una pena, porque podría habernos contado algo antes de morir.

El señor Benson caminó hacia la puerta.

—¡Joe! —gritó—. ¡Joe Litt! ¡Trae ese ataúd!

CAPÍTULO 15 La historia del doctor

Ante la mención del "ataúd", el doctor Laidlaw se estremeció. Miró con espanto al señor Benson y luego fijó la vista en la puerta abierta.

—Estará listo en media hora, señor —gritó Joe Litt desde afuera—. Lo están cubriendo de brea ahora mismo.

Este breve diálogo había sido acordado de antemano entre Benson y Litt. Pero el hombrecillo de rostro ratonil, que lo ignoraba, vio al abogado asentir con gravedad y lo oyó responder en voz alta:

—No tardes más, entonces; lo necesitaremos antes de lo que pensaba.

Laidlaw temió lo peor. Benson, con una mirada hacia Wilfred, se acomodó en uno de los asientos libres y encendió su puro con calma.

El silencio se mantuvo durante cinco minutos. Wilfred miraba el techo húmedo y desconchado, Benson observaba pensativo el fuego, mientras Laidlaw alternaba miradas entre sus captores y la puerta.

Finalmente, la tensión fue demasiado y habló: —Más vale que les advierta que, si algo me sucede, se me echará de menos, y alguien me habrá seguido hasta aquí —dijo con voz aguda y nerviosa.

—Se equivoca por completo —respondió Benson—. Nadie lo siguió. Y aunque así fuera, no importaría: en la ciénaga hay agujeros lo bastante profundos para usted y para cualquiera de sus amigos.

—Pero… pero… —balbuceó Laidlaw, tragando saliva. A lo lejos, una puerta se cerró con estrépito y él se estremeció—. ¿No querrá decir que cometería un asesinato a sangre fría? ¿Matar a un hombre indefenso? ¡Es horrible!

—Normalmente —dijo Benson con calma—, por supuesto que no lo haría. Pero este caso no es normal. Yo, como abogado, respeto la ley y creo en que se administre correctamente. Pero cuando parece que la ley puede ser burlada, entonces, por cualquier medio, creo en cumplir lo que la justicia exige en el caso de un asesino como usted. El fin justifica los medios cuando se trata de aplicar la pena a un asesino.

Las palabras del viejo abogado, dichas con calma y convicción, hicieron que Laidlaw palideciera aún más. Un sudor frío le brotó en la frente y, desesperado, se volvió hacia Wilfred:

—Usted no será cómplice de algo tan terrible, ¿verdad, doctor Barlow? El asesinato siempre sale a la luz… hay muchas formas en que un crimen se descubre.

—No interferiré en nada que cuente con la aprobación del señor Benson —respondió Wilfred con firmeza.

—Pero está equivocado —insistió Laidlaw, volviéndose hacia Benson—. Yo no he cometido ningún asesinato. Se lo aseguro solemnemente.

—¿Probará eso contándonos cada detalle de su relación con Lady Evenden? —preguntó Benson—. ¿Y también qué hacía en la Habitación del Prior la noche en que Sir John Evenden fue asesinado?

—No puedo… simplemente no puedo contarles todo sobre mi relación con Lady Evenden —respondió Laidlaw—. Créame, no le haría ningún favor si lo hiciera.

—Muy bien —asintió Benson—. Como ve, seguimos en el mismo punto, y usted debe atenerse a las consecuencias. Personalmente, creo que usted asesinó a Sir John, y actuaré según esa creencia.

—¡Yo no fui! ¡Yo no fui! —replicó Laidlaw con desesperación.

—¿Quién fue entonces? —preguntó Benson.

—No lo sé —respondió Laidlaw.

—Ya hemos perdido bastante tiempo —dijo Benson—. ¿Tienes lista esa jeringa hipodérmica? —le preguntó a Wilfred. Este abrió un estuche y sacó una jeringa, una aguja y un frasco pequeño.

Laidlaw gritó con todas sus fuerzas. Benson llamó a Joe Litt y a otro hombre: —¡Sujétenlo!

El doctor fue inmovilizado por los dos hombres, y sus alaridos se apagaron bajo la mano enorme de Joe Litt. Pronto estuvo tendido en el banco, con los pies sujetos por uno y los brazos y la cabeza por Joe.

—¿Cuánto hace falta para matarlo? —preguntó Benson, observando a Wilfred llenar la jeringa.

—Con esto bastará —respondió Wilfred—. Sufrirá unos minutos y luego, probablemente en diez, el corazón fallará.

Benson asintió. —Adelante, entonces.

El doctor forcejeó frenéticamente y, con gestos desesperados, indicó que quería hablar. Benson hizo una señal y le descubrieron la boca.

—¡Dios mío! —jadeó Laidlaw—. ¡Hablaré… hablaré!

Benson lanzó una rápida mirada a Wilfred y luego ordenó a los hombres salir.

Tras recuperar el aliento, Laidlaw dijo con astucia y miedo en los ojos: —Si hablo… ¿cómo sé que me darán la libertad?

—Nunca dije que se la daría —respondió Benson—. Solo le prometo esto: si cuenta toda la verdad y con ello logro la absolución de mi cliente sin tener que sentarlo a usted en el banquillo de los acusados, entonces le permitiré desaparecer.

—¿Qué garantía tengo? —insistió Laidlaw.

—Ninguna —respondió Benson con dureza—. No doy garantías a gente como usted.

—Bueno… ¿no sería un tonto si hablara…? —empezaba Laidlaw, cuando Benson se levantó de nuevo.

—¡Vuelva! —gimoteó Laidlaw—. Acepto su palabra. ¡No llame a esos hombres!

—Bien, ¿qué tiene que decir? —Benson se sentó de nuevo—. ¿Tienes papel y pluma? —preguntó a Wilfred, quien sacó un cuaderno y una estilográfica.

—Anótalo en taquigrafía y luego lo firmará. Después haremos la copia completa y también la firmará.

—Ahora, entienda bien —dijo Benson, volviéndose hacia Laidlaw—. Doy por sentado que lo que va a decir es la verdad, sin reservas. Someteré su historia a todas las pruebas posibles y, si me convence, lo soltaré.

Laidlaw asintió. —¿Tienen un poco de brandy? —preguntó. Wilfred le dio un poco. Entonces comenzó:

—Conozco a Lady Evenden desde hace muchos años —dijo—. Cuando la conocí, era la esposa de un inválido llamado John Gough y vivía a orillas del Loch Lomond. Yo actuaba como médico sustituto durante las vacaciones de verano y me llamaron varias veces para atender al señor Gough. Sufría de P.G.I.: parálisis general progresiva.

—Su vida con él era muy infeliz. Tenía todo tipo de delirios; en realidad, era un caso claramente psiquiátrico. Al final, empeoró tanto durante el tiempo que lo atendí que me incliné por certificar su incapacidad, por el bien de su esposa. Lo consideraba peligroso.

»Una noche sufrió un brote cerebral espantoso —más allá de cualquier cosa que hubiera visto antes— y su esposa buscó refugio con unos amigos. Regresó acompañada de un vecino, el jefe de una familia que vivía cerca, y encontraron que su marido había tenido un ataque mientras ella estaba fuera. Estaba tendido de espaldas, echando espuma por la

boca e inconsciente. Me mandaron llamar y descubrí que había sufrido un derrame apoplético.

»Lo acostamos y dije que volvería por la mañana. Pero al amanecer lo encontraron en el lago. Hubo una investigación —en Escocia no hacen pesquisas judiciales como aquí— y declaré que el ataque pudo haber sido parcial, y que él pudo haberse recuperado lo suficiente como para salir corriendo de la casa, en un arrebato de locura, y ahogarse en el lago.

»Después de eso, Lady Evenden —la señora Gough, como se llamaba entonces— se marchó, y la vi con frecuencia…

—¿Por qué? —preguntó el abogado.

—Porque comprendía su estado. Tenía bastante experiencia en temas mentales, como Barlow podrá confirmar. —El abogado miró a Wilfred, quien asintió—. La señora Gough estaba en un estado crítico; me refiero a su salud mental. No estaba en condiciones de quedarse sola. Pude tratarla y no dudo en decir que salvé su cordura. Siguió un tratamiento que yo diseñé, consultó a un especialista en Viena que respaldó mi método y lo amplió, y se recuperó por completo.

»Más tarde, como saben, conoció a Sir Michael Evenden y vivió muchos años felices… gracias a mí —concluyó Laidlaw con complacencia, tomando un sorbo de brandy antes de continuar—. La veía de vez en cuando…

—¿Por qué? —volvió a preguntar el abogado.

—¡Pues para verla, por supuesto! Para comprobar que su estado mental seguía fuerte y estable. Siempre existe el riesgo de una recaída…

—¡Usted la chantajeaba! —Benson se inclinó hacia delante y descargó toda la fuerza de su mirada sobre el acobardado doctor—. ¡No mienta ahora!

—Lady Evenden fue muy generosa conmigo —dijo Laidlaw tras una pausa—. Cuando se hizo rica, mostró su gratitud dándome varias sumas de dinero de vez en cuando.

—Y al mismo tiempo chantajeaba a su marido —apuntó Benson.

—Si tengo que contarles toda mi relación con Sir Michael y los viajes que hice a Rusia para él, no terminaría hoy mismo —protestó Laidlaw—. ¿Quieren que les cuente todo eso?

—No, ya lo sé —respondió Benson—. ¿No recuerda que vino a mi habitación para intentar conseguir las pruebas? ¿No recuerda que casi me asesina por ellas?

El doctor se puso pálido, miró nervioso a su alrededor y continuó: —Lo siento mucho. No tenía intención de matarlo ni de hacerle daño.

—No importa, continúe —ordenó Benson—. Quiero escuchar lo del asesinato de John y qué hacía usted allí.

—Bien, como decía —prosiguió Laidlaw—, veía a Lady Evenden con frecuencia porque temía una recaída. El doctor Barlow les dirá que, en pacientes mentales, lo principal es evitar el estrés emocional intenso. La pérdida de un vínculo cercano —un esposo, por ejemplo— suele precipitar una recaída. Para ser sincero, también tenía mis propias razones para no querer que Lady Evenden hablara de lo ocurrido en Loch Lomond. Así que me puse en contacto con ella en cuanto supe de la muerte de Sir Michael. Sabía lo que él significaba para ella y, francamente, esperaba encontrarla desequilibrada… y así fue.

—¿Qué? —exclamó Benson, mientras Wilfred lo miraba con asombro.

—Sí —repitió Laidlaw—. Estaba completamente fuera de sí. Le haré una pregunta justa, señor. —Se volvió hacia Benson, que lo observaba con ojos de águila—. ¿Vio usted a Lady Evenden poco después de la muerte de su esposo? —Benson asintió en silencio—. Bueno, ¿qué pensó de su estado mental?

—Pensé que estaba muy afectada —admitió Benson con renuencia.

—¿Y recuerda el día que me negó una entrevista con ella, cuando más tarde logré obtenerla?

—Sí.

—Bien, entonces recuerde la mañana siguiente a esa entrevista. ¿No notó una mejora evidente en ella?

Benson lo observó con odio, pero tuvo que admitir que lo que decía era cierto. Había notado una mejora, aunque jamás la habría atribuido a la visita de ese hombre.

—Puede que sí. Vi una mejora por aquel entonces, pero no sabría decir exactamente cuándo —respondió con cautela.

—Si yo no hubiera intervenido, habría acabado completamente loca —dijo Laidlaw—. Y no bastaba con verla una vez; tenía que verla con frecuencia. No podía hacerlo abiertamente por mis tratos con Sir Michael —de los que ella no sabía nada— y por el riesgo de que alguien se enterara. Así que nos reuníamos en privado, en la Torre del Prior, en la habitación secreta debajo del dormitorio de su hijastro.

»El día que él murió, la vi por la tarde y consideré urgente darle cierta droga de mi maletín esa noche; por eso planeamos vernos en esa habitación secreta. Sin que nadie lo supiera, ella…

—¿Qué tratamiento recibe Lady Evenden? —preguntó Wilfred.

—El tratamiento Mohenloeffer —respondió Laidlaw. Wilfred asintió.

—Eso incluye psicoanálisis además de ciertas inyecciones, ¿no?

—Exacto —respondió Laidlaw—. Por eso era necesario que yo, y solo yo, que he llevado el caso desde el principio, estuviera presente en el momento de la crisis.

—¿Ese psicoanálisis no es una especie de hipnosis o mesmerismo? —preguntó Benson.

—No exactamente —dijo Wilfred con una sonrisa—. Se lo explicaré después.

—Aquella noche nos reunimos Lady Evenden y yo, y le di un brebaje y una inyección. Llegué justo a tiempo, porque estaba histérica y su mente flaqueaba. Ella vino por la escalera secreta desde el césped. Usó su propia escalera privada desde su tocador hasta su salón de mañana, que tiene ventanales franceses que dan al césped, a unos metros de la Torre del Prior. Yo esperé en el ángulo de la torre y entramos en la cripta, donde me he reunido con ella desde entonces y donde ustedes me capturaron. —Laidlaw se estremeció un poco—. Bueno, llevábamos allí poco tiempo cuando, de repente, oí un grito arriba —en algún lugar sobre nuestras cabezas— y corrí hacia la escalera que lleva a la Habitación del Prior.

—¿Cómo sabía de su existencia? —preguntó Benson.

—Porque la había usado muchas veces al visitar a Lady Evenden en privado —respondió Laidlaw.

—¡Ah! ¿Entonces no era su primera visita a esa torre?

—No —respondió Laidlaw, mientras Benson y Wilfred intercambiaban miradas—. Corrí hacia la escalera y, mientras lo hacía, oí un golpe seco… como si alguien cayera al suelo. Lady Evenden venía detrás de mí. Sabía que cualquier excitación sería fatal para ella, así que le pedí que regresara. Aunque protestó al principio, terminó obedeciéndome. Le dije que olvidara el incidente… y lo olvidó.

—¿Cómo pudo decirle que lo olvidara y que ella…? —preguntó Benson indignado.

—Sí, pudo —intervino Wilfred—. Sé perfectamente a qué se refiere.

—En mi método de tratamiento es necesario que el médico tenga cierto control sobre la voluntad del paciente —explicó Laidlaw—. Ella se fue por donde había venido y yo subí por la escalera secreta a la Habitación del Prior. La luz estaba encendida y en el suelo yacía un hombre en pijama: era John Evenden.

»Al lado de él había un hombre moreno. Me pareció bronceado, como un marinero, y al otro lado había una chica, con la cara cubierta por un pañuelo. Di un paso hacia el interior de la habitación y, en ese mismo instante, el hombre me vio, se dio la vuelta y me asestó un golpe traicionero. Me tambaleé y caí. Cuando me recuperé, el hombre y la chica habían desaparecido. Bajé por la escalera y creí ver a alguien precediéndome por los escalones de piedra hacia el césped. Pero, aunque miré con cuidado al subir, no vi a nadie.

—En vista de las circunstancias tan comprometedoras, decidí no decirle nada a nadie. Eso es todo lo que sé.

CAPÍTULO 16. Ayuda externa

Cuando el doctor terminó de hablar, miró a sus dos oyentes; y, si esperaba ver sorpresa en sus rostros, no quedó decepcionado. Wilfred lo miraba con una mezcla de satisfacción parcial, asombro y perplejidad. El señor Benson lo observaba con franco estupor.

—¿Quiénes eran esas personas? —preguntó—. ¿Los había visto antes? ¿Los ha vuelto a ver? ¿Por qué diablos no aceptó mi invitación de contarme lo que sabía, sabiendo perfectamente que yo no actuaba para la policía, sino para Lady Evenden y Frank Gough?

—No los había visto nunca —declaró Laidlaw—. Ni los he vuelto a ver. Ya ve cuán desesperada era mi posición. Si usted no me cree, ¿cómo me iba a creer la policía?

—Sí, está bien —dijo el señor Benson, recuperando rápidamente la compostura—, ¿pero qué pruebas tiene de que realmente hubo alguien allí, aparte de su palabra? Dice que vio a un hombre y a una mujer. ¿Cuál sugiere usted que fue el motivo de su visita? ¿Cómo sugiere que conocían la existencia de los pasadizos secretos? Su historia es muy floja, doctor Laidlaw. Muy floja.

—Señor Benson —dijo el desdichado doctorcillo—, créame o no, le he dicho la verdad exacta. Dice que no puede aceptar mi palabra. Muy bien, le planteo la alternativa. Dígame, si no me cree, ¿cómo explica el asesinato? Si yo, como usted sugiere, asesiné a Sir John Evenden, ¿por qué lo hice? Por lo que yo sé, solo hay otra persona sobre la que podría recaer la sospecha, y esa es Lady Evenden. ¿Sugiere usted, en su sospecha, que ella lo hizo? Y si fue así, ¿por qué habría de hacerlo?

—No sugiero en absoluto que fuera ella —respondió el señor Benson—. Al contrario, estoy seguro de que no lo hizo. Pero usted no despeja el camino tan fácilmente. No olvide que lo más misterioso de este crimen es la presencia de ese curioso veneno en el cerebro del difunto baronet. Soy un profano en la materia y profundamente ignorante en estos temas, pero me asalta con una fuerza irresistible la idea de que alguien con considerables conocimientos de medicina y venenos fue el responsable. No me interesa imputar motivos; me interesan los hechos.

—Solo puedo decir que le he contado la verdad pura —dijo Laidlaw con cansancio—. Puede hacer lo que quiera. Puede asesinarme a sangre fría si le place, pues estoy indefenso. Pero estará cometiendo un crimen espantoso. Vi al hombre y vi a la mujer; sé que los vi. Eso es todo lo que sé. Lady Evenden no tuvo nada que ver con el asesinato… ni yo tampoco.

—¿Le gustaría saber lo que yo pienso? —preguntó el viejo abogado, poniéndose de pie y asomándose sobre el tembloroso doctor—. Le diré lo que creo que pasó. Probablemente usted subió por esa escalera y atravesó la Habitación del Prior por alguna razón que solo usted conoce, y justo cuando iba a salir de allí sano y salvo, se encontró con Sir John, que regresaba de su visita a la habitación del señor Frank Gough. Él, sabiendo de su siniestra

relación con su madrastra, lo sujetó e insistió en que le dijera la verdad. Usted probablemente intentó zafarse, agarró algo y lo golpeó. Probablemente, y reconozco que esto es posible, no tuvo intención de matarlo, pero cuando vio lo que había hecho, intentó confundir a todos inyectando ese asqueroso veneno en el cerebro del cadáver. No me importaría apostar a que mi cálculo no anda muy desencaminado.

—Está totalmente equivocado —dijo el doctor con vehemencia—. Le aseguro que ese hombre y esa mujer estaban allí, y que el asesinato ya se había cometido antes de que yo llegara a la escena. Ni siquiera examiné al muerto; me apresuré a salir de allí lo más rápido posible.

—Creo que sería mejor que habláramos un momento —le dijo Wilfred al abogado. El señor Benson lo miró agudamente, vio que su joven amigo tenía obviamente algo importante que decir y se dirigió a la puerta.

—¡Joe! —llamó, y casi al instante aparecieron Joe Litt y uno de sus ayudantes.

—¡Vigílenlo! —instruyó el abogado, y él y Wilfred salieron de la habitación. Salieron al corral de la granja y no fue hasta que estuvieron fuera del alcance de los oídos de la casa cuando Wilfred habló.

—No está diciendo la verdad exacta —dijo—. Pero, por otro lado, está diciendo parte de la verdad.

—A estas alturas —dijo el señor Benson—, supongo que verá la conveniencia de confiar en mí.

—Estoy decidido a mantener mi política de silencio absoluto —respondió Wilfred con terquedad—. Pero le diré lo suficiente para que pueda contrastar el relato de Laidlaw. Esta es la gran divergencia entre lo que él dice y lo que yo sé que ocurrió. Él dice que Lady Evenden solo llegó hasta la escalera que conduce a la escena de la tragedia. Ahí se equivoca: tanto ella como él entraron en la habitación. Se quedaron allí quizás tres minutos, tiempo durante el cual se oyó un forcejeo arriba, y después de eso Lady Evenden bajó sola, sin duda. Él la siguió… tal vez dos minutos después.

—¿Usted vio todo esto? —preguntó el abogado.

—Sí, lo vi —respondió Wilfred.

—Entonces, ¿qué piensa de su historia sobre un hombre y una mujer que fueron, supongo, los verdaderos asesinos? —preguntó el señor Benson.

—No sabría decirle —respondió Wilfred lentamente, mirando hacia la ciénaga—. Ciertamente no vi a ningún hombre, pero inmediatamente después de que Lady Evenden bajara la escalera, cruzara la cripta y saliera hacia el césped, una mujer la siguió. No vi a ningún hombre.

—¿Dónde estaba usted? —preguntó el abogado.

—En la cripta —respondió Wilfred.

—¿Qué hizo cuando vio salir a Lady Evenden? ¿Y a esa otra mujer? ¿Qué clase de mujer era? —El abogado frunció el ceño al hacer la pregunta.

—Sería muy difícil de decir —respondió Wilfred—. Vi salir a Lady Evenden y la identifiqué porque la señorita Kilby estaba conmigo. Ella había seguido a su señora y se había encontrado conmigo en el césped. Bajamos la escalera tras ella y primero la oímos hablar con Laidlaw en la cripta. Luego, al oír que se dirigían a la otra escalera, los seguimos. Nos escondimos en esa pequeña sacristía donde nos escondimos todos anoche. Repito: la primera persona en bajar fue Lady Evenden; luego bajó otra mujer y salió. La vi recortada contra la luz de la luna mientras subía la escalera de piedra hacia el césped. Después de eso, vino Laidlaw.

—¿Pero cómo supo que Lady Evenden llegó a estar en la Habitación del Prior? —El abogado observó a su joven amigo y notó la expresión de angustia en su rostro.

—Bueno, como le dije, estaba con la señorita Kilby —dijo tras una pausa—. Cuando Laidlaw y Lady Evenden desaparecieron por la escalera hacia la Habitación del Prior, Jill los siguió. Llegó hasta el armario, pero luego bajó de nuevo… aterrorizada. Eso es todo lo que debe preguntarme.

—Pero, querido amigo, discrepo de usted —dijo el señor Benson—. Soy la última persona en el mundo que querría causarle problemas a su prometida o a usted, ¿pero no ve que ha dicho demasiado como para dejar el asunto así? ¿No ve que el testimonio de su prometida probablemente puede salvar a Frank Gough y ser suficiente para exonerar a Lady Evenden? Mi querido amigo, ese testimonio debe presentarse.

—Esa es precisamente la dificultad —dijo Wilfred con cierta agitación—. Realmente no debe seguir insistiendo con esos rodeos ingeniosos que supongo que encantan a los abogados. Créame, señor Benson, si lo hace se arrepentirá hasta el último día de su vida. Quizás yo pueda aportar pruebas suficientes para salvar a Frank Gough. Pero ciertamente no hay pruebas suficientes para salvar a Lady Evenden, quien, fíjese bien, es en mi opinión y en la de Jill igual de inocente del asesinato.

—Bueno, seguramente también está su palabra —dijo el abogado—. Ella puede testificar que vio a esa otra mujer misteriosa y posiblemente al hombre misterioso que Laidlaw dice que estaba allí, ¿no?

—No, no puede —dijo Wilfred con rotundidad—. Ella no recuerda absolutamente nada de todo el asunto.

—¿Cómo diablos se explica eso? —preguntó el señor Benson, deteniéndose en su paseo y volviéndose hacia Wilfred con el desconcierto pintado en los ojos.

—Me llevaría mucho tiempo explicar las circunstancias exactas que rigen la relación entre ese doctorcillo y Lady Evenden —dijo—. Pero, mientras tanto, basta con decirle que existe un proceso, no muy distinto al hipnotismo, por el cual un carácter fuerte —y Laidlaw lo es, a pesar de su apariencia— puede obtener un control completo sobre uno más débil. Ahora bien, ese proceso se acelera tremendamente cuando las circunstancias permiten el uso de alguna palanca definitiva que el fuerte pueda sostener sobre el débil. En este caso, la palanca es obviamente las desdichadas circunstancias del pasado de Lady Evenden.

»Laidlaw probablemente le está haciendo creer a la pobre señora que ella asesinó a su primer marido —no me sorprendería que así fuera—, y de ahí viene el chantaje. Ahora bien, ¿no ve que, habiendo establecido ese control mental, haciéndole creer una cosa, puede fácilmente extenderlo y hacerle creer cualquier otra? Todo se reduce a esto: si Laidlaw fuera arrestado por este crimen, no me sorprendería que nos encontráramos con una confesión de Lady Evenden diciendo que ella lo hizo.

—¡Dios mío! —el viejo abogado quedó estupefacto ante semejante perspectiva.

—Ahí está toda la dificultad —dijo Wilfred—. Y ahí también la clave de mi proceder. Hasta que usted no pueda presentar pruebas claras para condenar a Laidlaw o a cualquier otro, entonces, por el bien de Lady Evenden, quien está evidentemente bajo el poder de Laidlaw, no debe decir nada. Y yo, por mi parte, no me dejaré convencer para hablar. Así están las cosas.

Durante diez minutos después de que Wilfred terminara de hablar, caminaron en silencio por el corral. Finalmente, Benson dijo: —¿Pero dices que incluso ahora no está contando toda la verdad? Eso es señal de culpabilidad, ¿no?

—Sí… podría serlo —admitió Wilfred con cautela—. Pero tampoco hay una gran diferencia entre lo que dice y la verdad. Tal vez quiso recalcar que Lady Evenden no estaba realmente en la habitación, solo por protegerla. Tiene razón sobre la mujer extraña. Pero si también había un hombre allí, la pregunta es: ¿a dónde fue? La señorita Kilby y yo no vimos a ningún hombre.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué fue lo que vio la señorita Kilby? —preguntó Benson, quitándose el sombrero y secándose la frente.

—No lo diré, ni permitiré que ella lo diga —respondió Wilfred—. Pero puede estar seguro de esto: ella no vio el asesinato en sí, no vio a ningún otro hombre aparte de Laidlaw, y sí vio a una mujer de espaldas, que después bajó las escaleras… eso es todo.

De nuevo se hizo el silencio. Al poco rato, Benson pareció tomar una decisión. —Muy bien —dijo—. Vamos.

Regresaron por el corral hacia la cocina y de allí a la habitación donde Laidlaw esperaba ansioso su destino.

—He encontrado una forma de poner a prueba su historia —dijo Benson—. Se quedará aquí hasta que yo decida soltarlo. Cuídalo, Joe —añadió, volviéndose hacia Joe Litt—. Asegúrate de que esté bajo vigilancia constante; te veré mañana.

Wilfred y el abogado cabalgaron de regreso a casa a través de la ciénaga casi en silencio. Wilfred miraba el rostro de su compañero de vez en cuando y no lograba descifrar cierta expresión de satisfacción, casi triunfal, que veía en él. Al llegar al Priorato, entregaron los caballos al mozo y Benson invitó a su compañero a un almuerzo tardío, que este aceptó con gusto. Durante toda la comida, Benson habló poco, y después sugirió que Wilfred quizá querría ver a Jill, oferta que aceptó con entusiasmo.

Así, durante un buen rato, Jill y Wilfred pasearon juntos por el césped, hablando de cosas que solo les interesaban a ellos, olvidando por un momento los trágicos eventos que marcaban sus vidas.

Mientras tanto, Benson se dedicaba a sus papeles y al teléfono. Marcó un número en Londres y pronto le pasaron la llamada.

—¿Hablo con Sir Francis Waveryon? ¡Ah! ¡Soy Chris Benson! ¿Cómo estás, viejo amigo? Sí, fuerte como un roble, y probablemente seguiré así cuando tus nietos sufran de reumatismo. Mira, ¿sabes algo de este asunto del psicoanálisis… hipnotismo… doctores de voluntad fuerte que dominan a pacientes con problemas mentales? ¿Sí? Bueno, dime, ¿quién es el mejor? ¿Puedes conseguirlo de inmediato? Sí, Francis, pero esto es serio: un caso de vida o muerte, un juicio por asesinato, nada menos, y un lío tremendo. ¿Lo harás? Muchas gracias. Tring… Rushton Tring. Entiendo. ¿Estará aquí mañana temprano? Perfecto. Cualquier honorario. Esta misma noche sería mejor todavía. ¿Qué? ¡Vaya! He estado ocupado, Francis. Tendrás un par de las mejores piezas de caza esta noche, seguro. Adiós, viejo amigo.

—Eso servirá —se dijo Benson para sí mientras colgaba el teléfono y se dirigía a ver a Lady Evenden.

Lady Evenden estaba mucho mejor y recibió a Benson en su tocador. Él habló alegremente de varios temas, se mostró optimista respecto al juicio y no mencionó a Laidlaw en absoluto. Permaneció con ella media hora y luego regresó a la biblioteca, donde revisó documentos relacionados con el juicio y la última copia del informe enmendado para Sir Courtney Caldecott.

—No voy a firmar esto todavía; veamos qué pasa mañana —se dijo Benson.

Vio a Wilfred un momento a las cinco, cuando el joven doctor le entregó una declaración completa sobre lo que Laidlaw había dicho. Benson se lo agradeció.

—Ahora escucha, muchacho —dijo—. Voy a estar ocupado el resto de la tarde y no quiero que tú ni nadie me moleste. Viene alguien de Londres y cenaremos juntos. Tú busca a tu Mary Ellen, o Jill, o como se llame tu astuta jovencita, y pasa un rato con ella. Te veré

mañana, y quizá más tarde esta noche, aunque no es probable. En cualquier caso, tienes la habitación de al lado si te necesito.

Wilfred aceptó el consejo del anciano y salió de la biblioteca, dejando a Benson estudiando la declaración.

A las ocho y diez llegó Rushton Tring, y fue conducido de inmediato a la biblioteca, donde Benson lo recibió cordialmente. Tring era un hombre alto, de más de un metro noventa, con calcetines llamativos: rojos con anillos marrones. Tenía una cabeza alargada y puntiaguda, frente alta pero estrecha, y unos ojos inquietos detrás de grandes gafas doradas. Su boca era tan fina que apenas se distinguía, y su nariz larga y afilada le daba un aire inquisitivo. Sin embargo, el efecto general de sus facciones era bonachón. Sus ojos se movían de un lado a otro y parecía que siempre escondía una sonrisa. Era el mejor alienista y psicoanalista de Londres.

Tring disfrutó plenamente de la cena. Felicitó a Benson por el Burdeos, por los faisanes, se deleitó con el oporto y quedó sin palabras ante el viejo coñac. Durante la comida no se habló del caso. Pero después, ya cómodamente sentado en la biblioteca, escuchó con atención todo lo que Benson tenía que decir.

No se le ocultó nada; oyó todo lo que Benson sabía y leyó con cuidado la declaración de Laidlaw. Cuando terminó, preguntó inesperadamente: —¿Tiene una fotografía de la dama? ¿Y otra del doctor?

—Puedo conseguirle una de Lady Evenden ahora mismo —dijo Benson, y salió de la habitación. Regresó con un retrato de estudio de Lady Evenden, que entregó al psicólogo.

—¡Mjm! —dijo Tring—. ¡Ni una nota de música! ¡Ni un ápice de arte… un corazón que claramente domina su cabeza! Una capacidad de sentir terriblemente fuerte, peligrosamente fuerte, y ningún lugar donde desviar esa energía cuando los canales habituales se bloquean. ¡Mjm! Muy peligroso, muy peligroso.

Siguió contemplando el retrato en silencio y luego dijo: —Bien, mañana inventaremos alguna excusa para llevar a nuestra amiga Lady Evenden a dar un paseo. La llevaremos a esa vieja granja en las marismas y veremos qué sucede cuando los enfrente a los dos.

—Pero, querido amigo —dijo Benson—, ella está muy difícil de tratar en este momento. ¿Y si no quiere ir?

—Nadie es realmente difícil —respondió Rushton Tring con calma—. Solo imaginamos la dificultad de los demás. Vendrá en cuanto se lo pida.

CAPÍTULO 17 El señor Tring lo intenta

La mañana siguiente a la llegada de Rushton Tring, Benson envió un recado a Lady Evenden diciéndole que él y un colega deseaban verla de manera urgente y particular. Ella aceptó de inmediato, aunque mostró cierta sorpresa cuando el gran psicoanalista entró tras el abogado.

Benson manejó la presentación con natural elegancia, y Tring extendió su mano. Lady Evenden la estrechó con gesto desconcertado, casi renuente. No lograba comprender a aquel hombre de ojos curiosamente tranquilos, humorísticos pero penetrantes.

—Ha tenido usted una noche muy inquieta, Lady Evenden —observó Tring, y ella asintió. —El señor Benson y yo debemos recorrer unas millas esta mañana —continuó el especialista —. Será mejor que venga con nosotros; el aire le hará bien.

—Se lo agradezco, pero debo excusarme —respondió Lady Evenden—. No he salido últimamente y no tengo deseos de hacerlo. Creo que intentaré descansar un poco. Quizás el sueño que se me negó anoche pueda llegar esta mañana con la ayuda de un brebaje que me prepara mi médico.

—Yo soy médico —dijo Tring—. ¿Podría mostrarme ese brebaje?

—Bueno… —vaciló ella—, realmente no sé qué importancia tiene, señor Tring. Estoy muy satisfecha con él. Me hace bien.

—De todos modos, me gustaría verlo, si no le importa. —Las palabras fueron pronunciadas con calma, pero Benson notó que, mientras hablaba, los ojos del especialista estaban fijos en los de Lady Evenden. Aunque un leve tinte de resentimiento subió a sus mejillas, en un instante bajó la mirada ante aquella mirada magnética, tranquila pero aguda. Ella levantó la vista de nuevo y pareció a punto de negarse.

—¡Por favor! —dijo Tring. Solo esa palabra bastó.

—Muy bien —respondió ella con resignación, casi soñadora, mientras se levantaba.

—No se moleste en ir por él —añadió Tring—. Mande a alguien.

—Puedo traerlo yo misma, gracias —replicó ella, dirigiéndose a la puerta.

—Por favor, mande a alguien. —Tring se interpuso suavemente entre ella y la salida. Benson observó fascinado la batalla de voluntades y vio al especialista triunfar de nuevo.

—Muy bien —cedió ella, regresando lentamente a su asiento, mirando con desconcierto a aquel hombre extraño cuya voz parecía significar obediencia. Tring tocó el timbre y, cuando apareció un sirviente, Lady Evenden dijo: —Pídele a la señorita Kilby que te dé mi somnífero.

El sirviente se retiró y regresó con un frasco que contenía una mezcla marrón. Tring lo olfateó cuidadosamente, frunció el ceño y volvió a olerlo más tiempo. Miró a Lady Evenden, luego a Benson.

—Creo que sería mejor que tomara algo diferente —dijo. Al ver la molestia en ella, sostuvo su mirada y añadió—: Algo más fuerte.

Tapó el frasco y lo guardó en su bolsillo. —Ahora, querida señora, irá a ponerse sus cosas de calle y nos acompañará al señor Benson y a mí a dar un paseo en coche. No tardará. No piense en ello; simplemente vaya y prepárese, ¿sí? —Ella lo miró fijamente, con la vista perdida. —¿Lo hará, por favor? —repitió él. Aunque era una pregunta, sonaba como una orden. Sin decir palabra, ella se levantó, miró un instante a Benson y luego a Tring, y obedeció.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Tring se volvió hacia Benson: —Esto se pone interesante. Ahora, hay dos puntos que quiero dejar claros. Primero: bajo ninguna circunstancia puedo asumir responsabilidad por su aventura de secuestro. Si surge algún problema, deberá decir que yo no estaba informado. Segundo: será mejor que le proporcione una enfermera especializada a Lady Evenden. Recomendaré una. A menos que me equivoque, lo que contiene este frasco tiene una cantidad peligrosa de heroína. No quiero dar voz a todas las sospechas que tengo, pero le diré esto: estoy profundamente interesado.

En ese momento apareció Lady Evenden, envuelta en un abrigo de piel y con guantes. —¿Chofer discreto? —susurró Tring. Benson asintió.

En pocos minutos iban por la carretera hacia las marismas, conducidos por el mismo joven chofer que conocía bien el peligroso camino. Lady Evenden comentó que solo dos veces antes había estado en esa zona, ambas en expediciones para ver nidos de avetoro reportados por los guardabosques.

Tring mostró interés inmediato y habló de las autoridades sobre esa ave rara. Pronto cruzaron la ciénaga y llegaron a Swinerigmire. El coche se detuvo ante la granja y fueron recibidos por Joe Litt, que se veía preocupado y ansioso. Apartó a Benson en cuanto este bajó, y resultó evidente que algo andaba mal. El abogado parecía al borde de un ataque de furia mientras reprendía a Joe, que estaba compungido. Tring y Lady Evenden esperaron junto al coche.

Cuando Benson regresó, apartó a Tring y le dijo: —Esto es terrible. El pequeño sinvergüenza se escapó.

Tring arqueó las cejas. —Sí —repitió Benson—, nos ha burlado. Escuche lo que dice Joe Litt; se lo contará él mismo. Haga que Lady Evenden vuelva al coche y venga aquí.

Tring habló con ella y ella regresó al vehículo. El psicólogo acompañó a Benson hasta Joe Litt.

—Cuéntele todo a este caballero —ordenó Benson. Joe miró a Tring y dijo: —Bueno, señor, anoche puse a dos de mis muchachos a vigilarlo. Tomaron una jarra de cerveza cada uno y algo de pan y queso, pero estaban profundamente dormidos cuando fui a verlos antes de acostarme… ¡y el hombre se había ido! No se habían terminado la cerveza, así que pensé que quizá los había envenenado. Más tarde despertaron, pero con un dolor de cabeza terrible. Guardé la cerveza tal como estaba, porque esos muchachos jamás dejarían una buena cerveza a medias.

—Déjeme ver la cerveza —dijo Tring. Joe los llevó a la cocina y sacó dos jarras a medio llenar. Tring olió una, miró a Benson y sonrió. —Deme una botella vacía, ¿quiere? —pidió. Joe salió a buscarla. Mientras tanto, Tring dijo al abogado: —¡Drogados, amigo mío! Ese hombre es un maestro en el arte de envenenar.

Benson se veía extremadamente preocupado y, tras una pausa, dijo suavemente: —Entonces supongo que he fracasado.

—No lo diría todavía —respondió Tring—. Aún podemos obtener información muy valiosa de la dama. Lamento que el tipo se haya escapado.

Joe regresó con una botella vacía y Tring vertió el contenido de una jarra en ella. —Veremos qué revela el análisis —dijo.

—¿Han buscado al sinvergüenza? —preguntó Benson. —Cuatro hombres están afuera ahora mismo, registrando la ciénaga —respondió Joe.

—Avíseme de inmediato si sabe algo —ordenó Benson. Tras recibir la promesa de Joe, él y Tring regresaron al coche. Durante el viaje de vuelta, Benson estuvo inusualmente silencioso, decepcionado. Había puesto grandes esperanzas en la visita de Tring, y ahora parecía que todo era inútil. El doctor había ganado.

Sin embargo, en el rostro de Tring no había decepción. Charló con Lady Evenden de diversos temas y, para cuando llegaron al Priorato, ella ya sentía simpatía por aquel hombre extraño que apenas comprendía, pero que parecía tener un poder curioso sobre ella.

Al llegar, Lady Evenden se dirigió directamente a su habitación, y Benson y Tring fueron a la biblioteca.

—Quiero hacer uno o dos experimentos —anunció el especialista—. ¿Puede disponer lo necesario para que no me molesten en un cuarto de baño durante unas dos horas?

El señor Benson accedió, e inmediatamente el señor Tring se retiró a un amplio cuarto de baño en el primer piso de la casa. Llevaba consigo un maletín de mano y cerró la puerta con firmeza.

Mucho antes de que expiraran las dos horas, se presentó ante el señor Benson en la biblioteca.

—Es como pensaba —dijo—. Lady Evenden ha estado tomando cantidades terroríficas de heroína. Probablemente se ha ido acostumbrando gradualmente a las dosis, que han ido aumentando de forma constante. Sin embargo, la cantidad que es capaz de ingerir ahora es peligrosa en extremo y espantosamente desmoralizante. En cuanto a la cerveza, el astuto doctorcillo debió de ingeniárselas para ocultar una dosis sustancial de algún derivado del opio en la bebida de sus vigilantes, con el resultado de que seguramente se quedaron fritos un par de horas y despertaron con un dolor de cabeza atroz. El doctor se ha ido; puede ir haciéndose a la idea, amigo mío. Ahora, lo que queda por ver es qué podemos hacer con nuestra encantadora anfitriona, Lady Evenden.

—Todo esto es terrible, terrible —dijo el señor Benson—. No puedo expresar lo decepcionado que estoy. No sé qué hacer.

—No puede evitarlo —dijo el señor Tring filosóficamente—. Usted no tuvo la más mínima culpa. De hecho, creo que es muy digno de felicitación por las medidas que ha tomado. Ha demostrado sabiduría y discreción en todos sus movimientos en este asunto extraordinario. No estoy seguro, pero creo que, siempre que tomemos medidas para que el doctor no llegue hasta Lady Evenden, sacaremos más de ella en su ausencia de lo que habríamos sacado en su presencia.

—¿Cuándo piensa verla? —preguntó el abogado.

—En la próxima hora, más o menos —respondió el señor Tring.

El abogado y el psicólogo almorzaron juntos y luego, sin avisar de su llegada, se dirigieron a los aposentos de Lady Evenden. Ella los admitió de inmediato, y el señor Tring no perdió tiempo en ir al grano.

—Lady Evenden —dijo—, por su propio interés y por el de su hijo, he venido para aclarar uno o dos asuntos. Ahora bien, lamento causarle la angustia que la referencia a temas desagradables debe producirle; pero de nuevo le aseguro que estoy aquí, y haciendo estas preguntas, por su bien y el de su hijo. Ahora dígame, Lady Evenden, ¿quién mató a su hijastro?

El efecto de la pregunta fue penoso de presenciar. Los ojos de Lady Evenden se dilataron; se aferró a los brazos de su silla con las manos y tembló como si tuviera fiebres. Pasó un minuto entero antes de que respondiera:

—Usted… usted… ¿me pregunta… quién mató a Jack? ¿Cómo puedo decírselo? No fue mi hijo… no fue mi hijo.

—Lo sé —dijo el señor Tring—. Vamos, Lady Evenden, soy un amigo y seguiré siéndolo, pero debo saberlo. Dígame ahora, ¿quién mató a su hijastro?

Lady Evenden parecía a punto de desmayarse.

—No lo sé —dijo, entre grandes bocanadas de aire—. No puedo decirlo.

—Usted estaba allí. —La voz del señor Tring era tajante, incluso acusadora, pensó el señor Benson.

—Sí… yo estaba allí —llegó la respuesta, lenta, deliberada.

—El doctor Laidlaw también estaba allí. —El señor Tring inclinó la cabeza hacia delante, y el viejo abogado pensó que la fuerza que lograba concentrar en su mirada rayaba en la crueldad pura; sin embargo, no intervino.

Hubo una pausa, y luego Lady Evenden respondió: —Sí, el doctor Laidlaw también estaba allí. —Sus ojos estaban fijos en los de su implacable interrogador. Parecía haber olvidado la presencia misma del señor Benson. Sus ojos no se apartaban del rostro del psicólogo.

—¿Qué vio usted?

Ella palideció y luego miró con más intensidad que nunca a los ojos del señor Tring. Pareció hacer un esfuerzo gigantesco por desviar la mirada, pero fracasó y volvió a mirarlo.

—Lo vi… muerto —respondió con voz ronca y pareció estar en peligro inminente de desmayo. De hecho, se la veía tan angustiada que el señor Benson se adelantó para ayudarla, pero Rushton Tring lo rechazó con un gesto impaciente.

—¿Quién lo hizo? —preguntó.

—No lo sé —respondió ella, con cansancio pero aparentemente con la verdad.

—¿Por qué lo hizo el doctor Laidlaw? —Tring hizo la pregunta con gran precisión, sopesando cuidadosamente cada palabra y dando expresión a cada sílaba.

—No lo sé —respondió ella distraídamente, como en un sueño.

—¿Lo hizo él? —La pregunta fue formulada con más agudeza, pero la respuesta llegó con el mismo acento onírico:

—No lo sé.

—Usted sí lo sabe. —Tring parecía el poder coercitivo encarnado mientras adelantaba la cabeza. Los ojos de ella se abrieron más todavía; jadeó, como buscando aire. El señor Benson contuvo el aliento. Transcurrió un minuto entero.

—№ Yo… no, no lo sé. —Entonces se desmayó.

—¡Dios mío! ¡Esto es horrible! —exclamó el señor Benson corriendo hacia delante—. ¿Debería…?

—Cállese, hombre. —El señor Tring levantó una mano autoritaria y sus ojos brillaron con un propósito decidido—. Déjeme esto a mí; se pondrá bien en un momento. Recuerde que debemos obtener la verdad… estamos a punto de lograrlo.

Permanecieron sentados y observando en silencio. El señor Benson estuvo a punto de intervenir varias veces, pero siempre fue rechazado por el especialista. Por fin, Lady Evenden abrió los ojos.

—Ahora dígame —dijo el señor Tring—. ¿Por qué dice que Laidlaw lo asesinó?

Ella pareció aturdida durante varios momentos y luego respondió:

—Él no lo asesinó.

—Usted y él estaban allí —declaró el señor Tring.

—Sí —dijo ella.

—¿Por qué lo asesinó usted? —La pregunta fue inesperada y el señor Benson casi se desploma. Pero el efecto sobre Lady Evenden no fue ni de lejos tan estremecedor como los anteriores.

—Yo no lo asesiné —dijo ella.

—¡Cuénteme todo lo que sabe! ¡Cuénteme todo lo que sabe! ¡Debe contarme todo lo que sabe! —Fuerza, determinación y un poder inexpresable cargaban las palabras de Rushton Tring al lanzar su orden final. Ella sostuvo su mirada, vaciló y luego dijo lentamente:

—Él dijo que yo no lo sé, y no lo sé. No quiero saberlo. No lo sé.

De nuevo se hizo un silencio absoluto durante varios minutos. El señor Tring mantuvo sus ojos fijos en Lady Evenden, mientras ella le devolvía la mirada con aire ausente y soñador.

—Bueno, bien. —El señor Tring cambió completamente de tono. Sonaba bastante animado, casi frívolo, al levantarse—. Mi querida Lady Evenden, realmente debe descansar un poco. Se irá a la cama ahora y dormirá durante tres horas. Durante tres horas. —Al repetir las palabras «tres horas» recuperó la seriedad en la voz y la expresión, pero volvió a perderla de inmediato al continuar—: Entonces despertará siendo una persona nueva, completamente renovada. La veré más tarde. Mientras tanto, que tenga un buen día, Lady Evenden.

Ella se despidió y, acompañado por el señor Benson, que también presentó sus respetos a la dama, salió de la habitación.

Cuando llegaron al pasillo, el señor Benson, incapaz de controlar su curiosidad por más tiempo, dijo:

—¿Y bien? ¿Qué piensa? ¿Cuál es, en nombre del cielo, la verdad de este terrible asunto?

—Bueno —respondió el especialista con calma—, toda la situación sigue en duda y abierta a especulaciones. Solo una o dos cosas pueden afirmarse con seguridad. Una es que el doctor Laidlaw tiene un control absoluto sobre ella. Ella no sabe quién asesinó a su hijastro por la sencilla razón de que Laidlaw ha superpuesto su voluntad a la de ella y le ha ordenado

no saberlo. La verdad es que probablemente sí lo sepa; pero tendremos que mantenerla separada de Laidlaw durante un tiempo considerable para desgastar el efecto de su control.

El señor Tring tosió y luego continuó:

—Además, otra cosa que está clara es que ella necesita a Laidlaw. Él le ha suministrado drogas que requieren cantidades cada vez mayores para surtir efecto. Ella ya está empezando a sentir la necesidad de más. Si logramos mantenerla separada de él durante los próximos días, quizá podamos obtener de ella todo lo que necesitamos. Probablemente podré ocupar el lugar de Laidlaw en su esquema de cosas dentro de un día o dos.

Caminaron hacia la biblioteca.

—Todo esto es muy problemático… muy terrible —dijo el señor Benson—. Me pregunto si…

Fue interrumpido por el mayordomo.

—El señor Joe Litt desea verle, señor; y trae a otro hombrecillo que tiene atado a un trozo de cuerda.

CAPÍTULO 18. La empresa de Joe Litt

El señor Benson miró al señor Rushton Tring y dijo de inmediato:

—Tráelo.

Un momento después, el mayordomo anunció con cómica desaprobación:

—El señor Joseph Litt… y una persona.

Joe Litt entró en la habitación acompañado de una extraña figura cubierta de barro. Al oír que alguien acompañaba a Joe, el señor Benson había pensado de inmediato que solo podía ser una persona: Laidlaw. Sin embargo, no era él, sino un hombre de complexión robusta, más grueso que Laidlaw pero de estatura similar.

—¿A quién tenemos aquí, Joe? —preguntó el abogado, mientras examinaba al desconocido.

—Bueno, señor, después de que usted se fuera, registré las marismas. Incluso a la luz del día es fácil que un extraño sufra un percance o se enrede en ese laberinto si no conoce la ciénaga, y pensé que cabía la posibilidad de encontrar al hombrecillo en alguna parte. Busqué por todos lados y envié a los otros en direcciones opuestas, pero no tuve éxito. Terminé mi búsqueda en Eggleham, a este lado de la marisma, y entré en el *Four-in-Hand* a por un vaso de cerveza. Al salir, caminaba por el pueblo de regreso a casa cuando, de repente, vi que un coche se detenía ante la oficina de correos y un hombre bajaba. Al

apearse, aunque yo estaba en el lado opuesto de la carretera, me pareció ver la cara del hombrecillo asomándose hacia delante para hablarle. Luego estuve seguro, porque le gritó a su amigo, que estaba entrando en la oficina:

»—Di que unas tres horas… no más.

»Crucé la carretera corriendo, pero justo cuando lo hacía, el pequeñajo me vio.

»—¡Arranca! —chilló—. ¡Rápido! ¡Arranca! —Y el que conducía salió con un tirón; yo fui lanzado a la carretera, pues tenía un pie en el estribo. Solo alcancé a ver la matrícula trasera antes de que desapareciera: era RU 5667. Entonces me volví para buscar al hombre que había entrado en correos. Cuando oyó el coche arrancar, salió corriendo tras él por la carretera. Lo perseguí… y aquí está.

—Maravilloso —dijo el señor Rushton Tring, con los ojos clavados en el hombrecillo.

—Creo que mereces una medalla por esto, Joe —dijo el señor Benson; luego se volvió hacia el extraño—. ¿Cómo se llama, buen hombre? ¿Quién es usted?

—¿Con qué autoridad me ha trincado? —replicó el desconocido—. Sabe que en Inglaterra no se puede arrestar a la gente por nada. Es un país libre.

Sus pequeños ojos de cerdo brillaron con malicia, y planteó su queja sobre la irregularidad de su detención con un tono indignado tras el cual, no obstante, se percibía cierta inquietud. Quería saber de verdad por qué estaba retenido; esperaba, o parecía esperar, que un farol le permitiera salir del paso mientras se erguía en toda su estatura de un metro cincuenta y siete. Luego echó los hombros hacia atrás y miró al abogado con gesto ceñudo. Tenía la manga derecha arremangada mientras intentaba aflojar la cuerda con la que Joe Litt lo sujetaba, revelando un elaborado diseño de tatuaje.

—No estoy tan seguro de que sea un país libre —dijo el abogado con una mueca—. De todos modos, ya que quiere —y con mucha razón— alguna excusa para su detención, le tranquilizaré. Soy abogado y también Juez de Paz del condado. Estoy dispuesto a firmar una orden para su detención ahora mismo.

—¿Bajo qué cargo? —preguntó el hombre, perdiendo la agresividad.

—Bajo el cargo de conspiración con el doctor Laidlaw para asesinar al difunto Sir John Evenden —dijo el señor Benson. El rostro del hombre palideció.

—Asesinato… ¿conspiración para asesinar? ¡Que Dios me ayude! No sé nada de ningún asesinato y jamás he oído hablar de Sir John Evenden. Yo no he matado a nadie, jefe, se lo juro. —La agitación del desconocido era muy genuina, al igual que su negación de cualquier vínculo con el crimen.

—Bueno —dijo Benson—, si es usted inocente de ese asesinato, puedo asegurarle que el hombre en cuya compañía estaba hoy no lo es. En este país existe un delito llamado

«obstrucción a la justicia». En un caso de asesinato, eso se vuelve muy importante… muy grave. Ahora bien, si desea quedar libre de sospecha, denos la dirección del doctor.

—Claro que lo haré —dijo el hombre al instante.

—¿Cuál es? —preguntó el señor Benson.

—Número 246 de Baker Street, Londres —respondió el hombre.

—¿Y qué hacía usted por aquí? ¿Cómo es que recogió al doctor Laidlaw hoy? —preguntó el señor Benson, mientras anotaba la dirección.

—Iba por la carretera en un coche y vi al doctor. Había esperado encontrarme con él ayer; estuve dando vueltas por el campo buscándolo, pensando que quizá se refería a otro camino para la cita. Al no recibir mensaje, seguí buscándolo por si se había puesto enfermo en uno de sus paseos. Lo vi cruzando un pantano… y gritó. Paré el coche y lo subí. Luego me pidió que telefoneara por él en una oficina de correos y bajé para hacerlo. Lo siguiente fue que oí el coche arrancar, salí corriendo para ver qué pasaba, y este gigantón me pegó y me mandó al barro. —Miró con malicia a Joe Litt, que sonrió—. Pero le denunciaré por ello. Escuche, dice que es Juez de Paz. Acuso a este hombre de agresión. —Señaló dramáticamente a Joe, que sonrió aún más.

El señor Benson hizo una reverencia grave.

—Consideraremos eso luego —dijo—. Mientras tanto, ¿qué negocios tiene usted con el doctor Laidlaw?

—Lo que usted ha dicho: *mis* negocios —respondió el hombre enseguida.

—¿Se niega a declararlos? —El señor Benson entrecerró los ojos.

—Sí, me niego. Es asunto mío. —El desafío se leía en su mandíbula apretada y en el brillo de sus ojos esquivos.

—Tal vez no le importaría decirnos dónde vive. —La voz suave del señor Rushton Tring pronunció las palabras. El hombrecillo se volvió hacia él.

—No, ¿por qué debería? —respondió.

—Oh, creo que debería… creo que lo hará. ¿Cuál es su dirección? ¿Cuál es su dirección? —El señor Tring no elevó la voz, pero incluso para los presentes a quienes no iba dirigida la pregunta, era evidente que aquello era más que una simple repetición. Parecía haber un poder indefinible y convincente en el tono de Tring; suave, tranquilo, incluso gentil, pero había peligro en esa suavidad. Al señor Benson le recordó el movimiento silencioso de una pantera entre la maleza de la selva antes de un salto mortal. Evidentemente, el hombrecillo lo sintió. Dio un paso, reunió todo el poder de resistencia que pudo en un intento de desafío y dijo:

—No voy a decirle mi dirección.

Justo cuando hablaba, el señor Tring dio un paso hacia delante.

—Oh, sí, lo hará —dijo—. No ahora, pero lo hará más tarde; nos lo dirá más tarde.

—¡Se lo diré… no, no lo haré! ¡No lo haré! —El hombre casi gritó el último «no lo haré»—. Ya sé de qué va esto —exclamó—. Es esa cosa del interrogatorio de tercer grado. Aquí no es legal. Me lo han hecho en Nueva York y en Frisco, pero aquí no pueden. No me va a hipnotizar, ni a sugestionar, ni nada de eso. Aquellos tardaron tres días pegándome y matándome de hambre antes de que cayera bajo la influencia de su experto en «sugestión». Le va a costar conmigo.

El señor Benson lo miró con asombro; pensó que el hombrecillo había perdido el juicio. El señor Tring asintió con gravedad.

—No me sorprende —dijo—. Habría calculado que su resistencia sería probablemente de unos tres días… incluso más. Pero, mi querido amigo, ¿por qué teme ser sometido a un tercer grado aquí? ¿Qué ha hecho para anticiparlo?

—Bueno, me han trincado, ¿no? —dijo el hombre—. La forma en que me han pillado no es legal, y sus métodos tampoco lo serán. En fin, sé que usted es un experto en sugestión; no necesita decirme nada, lo sé.

—¿Por qué no quiere decirnos nada sobre usted? —preguntó el señor Tring.

—Porque no digo nada hasta que se me acuse de algo, y entonces solo ante un tribunal. Sé un par de cosas sobre prestar declaración, ya lo creo. —Había un desafío hosco en el rostro del hombre y un extraño recelo que casi llegaba al miedo mientras miraba a Rushton Tring.

—Creo que deberíamos hablar —le dijo Tring al abogado, y tras pedir a Joe Litt que vigilara al prisionero, Benson los guió al salón de mañana cercano.

—Este tipo es particularmente duro —dijo Tring—. Yo diría que es marinero, y ciertamente sería interesante saber qué negocios tiene con Laidlaw. Pero es simplemente imposible sacarle mucho en este momento. Sugiero que lo libere y lo siga. ¿Puede conseguir que se haga de manera eficiente?

—El doctor Barlow está aquí, ¿podría hacerlo él? —preguntó el abogado.

—Sí —asintió Tring—. Vaya a buscarlo; es el hombre ideal. Es inteligente y el sujeto no lo ha visto, que sepamos.

Mandaron llamar a Wilfred y le explicaron la situación. Se sintió sumamente decepcionado por la desaparición de Laidlaw, pero acogió con agrado la oportunidad de seguir al desconocido. Wilfred decidió ir tal como estaba, sin llevar equipaje, y se dirigió a la entrada para estar listo para seguir al hombre en cuanto saliera de la casa.

Primero que nada, habló un momento con Jill; le dijo que se marchaba a Londres por asuntos relacionados con el señor Benson y prometió enviarle un telegrama desde allí.

Tring y el abogado regresaron a la biblioteca, y allí vieron al hombrecillo mirando con más odio que nunca a Joe Litt, mientras este último sostenía un papel arrugado en la mano.

—Intentó quemar esto —anunció Joe; e inmediatamente el señor Benson se acercó, tomó el papel y lo leyó. Solo había tres líneas escritas en un trozo de papel de carta grueso, redactadas por una persona obviamente inculta. Las letras estaban formadas por caracteres grandes y desgarbados. El señor Benson pensó que habían sido escritas por una mujer.

> «Querido Sr. Laidlaw —decía la nota—, ella se está poniendo terrible, le he dado otro polvo que es demasiado ya que sigue inconsciente, ayer me dio un golpe con el atizador».

Con las cejas enarcadas, el señor Benson le pasó la nota a Tring, quien la leyó, asintió y dijo:

—Registrémoslo.

—Vacíale los bolsillos, Joe —ordenó el señor Benson, y Joe comenzó a registrar las ropas del cautivo.

Sin embargo, apenas acababa de registrar un bolsillo lateral de la chaqueta cuando el hombre lanzó un golpe malintencionado. Joe lo esquivó, pero el puñetazo llegó a rozarle la cara. Al instante, el señor Rushton Tring saltó hacia delante con un brinco que recordó de nuevo al señor Benson el movimiento de una pantera. Realizó un par de movimientos rápidos y fulgurantes, demasiado veloces para que el señor Benson pudiera seguirlos. Pero acto seguido se oyó un chillido agudo de angustia por parte del hombre.

—Muy bien, amigo mío —dijo el señor Tring—. Aflojaré un poco la presión si le aprieta demasiado… pero tenga cuidado. Podría romperle los brazos como si fueran ramitas si quisiera.

Joe Litt y el abogado vieron entonces que Tring tenía ambos brazos del hombre sujetos tras la espalda, con los codos apuntando hacia abajo y los antebrazos doblados hacia arriba, tras los omóplatos. El cautivo tenía gotas de sudor en la frente y jadeaba de dolor.

Joe completó el registro. Había seis libras en efectivo, tres sellos, un reloj de metal, un billete de ida y vuelta de Norwich a Annan, una lata de tabaco y una pipa; nada que tuviera un nombre, y nada que indicara dónde vivía el hombre o de dónde venía, excepto el billete, que evidentemente había sido comprado tres días antes en la ciudad fronteriza.

—Asegurémonos de que no hay nada más —dijo Tring mientras, con un movimiento diestro, abría el chaleco del hombre. Joe Litt realizó una búsqueda muy cuidadosa, pero no halló nada más.

—Bien, buen hombre, en vista de que nos ha dado la dirección del doctor, vamos a soltarlo a condición de que nos dé la suya —dijo el señor Benson—. Tendrá que comparecer para testificar en un juicio próximamente. ¿Cuál es su dirección?

—La misma que la del doctor —dijo el hombre, con un alivio sorprendido.

—¿Pero cuál es exactamente? —insistió el señor Benson.

—Ya se lo dije: Baker Street 246, Londres —respondió el hombre tras un momento de vacilación. El señor Benson miró significativamente al señor Tring, y este asintió.

—Muy bien, puede irse —dijo el abogado, manteniendo la puerta abierta tras llamar al mayordomo—. Acompáñelo a la salida.

El hombre salió con paso rápido siguiendo a Evans.

—Dirección falsa, por supuesto —dijo Tring—. ¡Cielo santo! Espero de todo corazón que Barlow logre seguirlo.

—Parece haber una referencia en la nota a una mujer drogada —dijo el señor Benson—; evidentemente una loca, o algo por el estilo. Al menos eso deduzco por el detalle de que le dio a alguien «un golpe con el atizador».

—Tal vez —el señor Tring sonrió—. Por otro lado, podría ser alguien a quien él tiene retenida. En cualquier caso, me gustaría mucho saber de dónde vino la carta y por qué fue necesario enviarla personalmente, a mano. Hay algo muy sospechoso en todo esto, señor Benson. Fíjese en la cautela de quien escribió la nota; no pone la dirección en el papel ni la firma. Además, si la mira de nuevo, notará que es un papel de muy buena calidad y que el encabezado ha sido arrancado. El hombre da una dirección de Londres, obviamente falsa; apenas puede recordar el número que dio la primera vez cuando se le pide repetirlo media hora después, y está en posesión de un billete de vuelta a Annan. ¿Conoce usted Annan?

—No —respondió el señor Benson—, salvo que creo haber pasado por allí de camino a Glasgow. Es una ciudad fronteriza.

—Exactamente —dijo el psicólogo—. Resulta que conozco bastante bien esa zona. He ido de caza por los páramos de allí durante algunos años. Es una ciudad en el Solway, un pueblecito bonito, pero la campiña circundante que linda con el fiordo de Solway es desolada y solitaria. El propio Solway se extiende durante millas y millas de lodo negro cuando baja la marea; allí hay casas tan aisladas como esa granja de nombre tan curioso que visitamos esta mañana en las marismas.

—¿Cree que es allí a donde se dirige el hombrecillo? —preguntó el abogado.

—Sí, eso creo —respondió el otro—, pero veremos qué hace Barlow.

Mientras tanto, Wilfred vio al hombre salir por la puerta principal y bajar por el camino de entrada hacia él. El sujeto se dio la vuelta con suspicacia una o dos veces, pero continuó su camino hasta las puertas de la logia. Una vez allí, volvió a mirar alrededor, vaciló, miró a ambos lados de la carretera y luego tomó a la derecha por la vía principal a paso ligero.

Wilfred lo siguió a una distancia prudencial. Un carro avanzaba lentamente por la carretera y Wilfred vio al hombre hacerle una pregunta al conductor.

Evidentemente obtuvo la información que buscaba, pues asintió y siguió recto, dirigiéndose al parecer a la estación. Wilfred dejó que el carro permaneciera entre él y el hombre, y lo siguió justo detrás durante una milla. Notó que el hombre iba aumentando gradualmente la distancia entre ambos, así que decidió abandonar el refugio del carro y caminó delante de él, buscando lugares adecuados donde esconderse en caso de que el hombre se diera la vuelta.

La cerca era alta y espinosa, pero Wilfred se mantuvo pegado a ella; y al poco rato, cuando el hombre se dio la vuelta rápidamente, Wilfred se lanzó hacia atrás contra el seto y permaneció allí un segundo, con gran incomodidad. El hombre, al parecer, quedó satisfecho de que nadie lo seguía, pues se volvió de nuevo y continuó en dirección a la estación, a la que por fin llegó.

Se anunció la llegada de un tren y un pequeño grupo de personas se congregó en el andén.

—¿A dónde va este tren? —preguntó Wilfred, y el empleado le dijo que iba a Dereham. Wilfred compró un billete y salió al andén. El tren llegó y el hombre entró en un vagón de tercera clase para fumadores. Wilfred subió al compartimento de al lado. En la primera parada, Wilfred asomó la cabeza con cuidado por la ventana, pero el desconocido no bajó. En cada estación subsiguiente, Wilfred vigiló, pero el hombre seguía allí. Por fin llegaron a Dereham; el hombre bajó, entregó su billete y salió de la estación. Wilfred lo siguió.

Su hombre caminó por la calle principal y se acercó a un garaje, donde pareció estar discutiendo durante un rato con el propietario. Finalmente, sacaron un viejo coche de turismo y un muchacho joven se puso un abrigo y una gorra sobre su mono marrón y ocupó el asiento del conductor. El hombre entró, se sentó a su lado y el coche arrancó.

—¿Tiene otro coche? ¡Rápido! —preguntó Wilfred, corriendo hacia el dueño.

—No —dijo el propietario—; ese que ve irse por ahí es el único que tenemos.

—¿Tiene una moto? ¡Rápido, hombre! Esto es grave. —El hombre lo miró con recelo.

—Siempre pido un depósito… —empezó a decir.

—Escuche, déjeme una moto de inmediato, rápido —dijo él—. Debo seguir a ese coche; es un asunto de justicia. ¿Qué depósito quiere?

—Veinte libras —dijo el hombre. Wilfred las sacó y, de inmediato, el propietario se dirigió a una máquina que tenía detrás.

—Aquí tiene —dijo—. Es la mía. Una Rudge de 500 cc y con el depósito lleno. —Se quedó mirando asombrado a Wilfred mientras este montaba en la máquina y salía a toda velocidad en persecución del coche.

CAPÍTULO 19 En vísperas del juicio

Wilfred exigió todo lo posible a la motocicleta. Apenas dejó atrás las estrechas calles del pueblo, llegó a un cruce de caminos. Sin reducir la velocidad, tomó el camino de la derecha, que parecía más transitado; fuera de eso, no tenía otra guía.

Avanzó rápido un par de millas y creyó ver el coche gris adelante. Intentó acelerar más, pero la moto ya iba al máximo. Por poco choca con el carro de un granjero que salió sin aviso de un camino lateral. Finalmente llegó a una pendiente pronunciada y vio que estaba ganando terreno al coche. No estaba seguro de qué hacer: ¿seguirlo de cerca y arriesgarse a ser descubierto, o mantener distancia y arriesgarse a perderlo? Optó por seguirlo a distancia.

Pasaron varios pueblos, siempre hacia el oeste. Al fin, frente a una taberna, el coche se detuvo y sus ocupantes entraron. Wilfred esperó oculto tras un árbol en la entrada del pueblo. Un cuarto de hora después, el hombrecillo salió, miró rápidamente a ambos lados y arrancó el coche. Wilfred quedó atónito: el chofer contratado se había quedado en la posada. ¿Accidente o acuerdo deliberado? Todo indicaba lo segundo.

Wilfred no se detuvo a investigar. Partió tras el coche. La carretera se ensanchó, la luz empezaba a fallar y el horizonte era borroso. Esperaba mantener a la vista el coche sin acercarse demasiado y sin encender las luces. Tras varias millas, el coche tomó un desvío hacia aldeas remotas. La carretera era irregular y serpenteaba entre setos altos hasta entrar en un bosque. Faisanes asustados cruzaban el camino. De pronto, tras dos curvas cerradas, el coche gris bloqueaba la vía. Wilfred no tuvo tiempo de frenar. Intentó pasarlo por un lado, pero sintió un empujón, un estruendo metálico… y luego nada.

Cuando despertó, estaba medio dentro y medio debajo de un seto de espinos. La moto yacía cerca. Se sentía magullado, con fuerte dolor en la cabeza y la pierna izquierda. La pierna estaba entumecida, pero no rota. Se tocó la cabeza: barro seco y sangre, pero sin heridas abiertas. Ya era de noche. Encendió una cerilla y miró su reloj: las siete y veinte. Había estado allí más de dos horas.

Logró encender el faro de la moto y revisarla. El manillar estaba doblado, lo enderezó y probó el motor: funcionaba. Pero al avanzar, el traqueteo era terrible. Revisó la llanta trasera y descubrió un tajo de cuchillo en el neumático y la cámara. La moto estaba inutilizada. Miró alrededor: ningún indicio de casas, solo bosque.

Dejó la moto y caminó por la carretera. Al salir del bosque, vio una luz a lo lejos y se dirigió hacia ella. Atravesó un campo y llegó a una granja solitaria. Explicó que había tenido un accidente y los granjeros lo recibieron con hospitalidad, prometiendo enviar un carro por la moto.

Wilfred agradeció y advirtió que harían falta dos hombres para cargarla. Cuando trajeron la moto, pudo repararla en la gran cocina de la granja. Descubrió que estaba a treinta millas de Dereham. Decidió regresar directo al Priorato por una ruta marcada en un mapa local.

Cerca de las diez de la noche volvió al Priorato y encontró a Benson y a Rushton Tring en la biblioteca. Escucharon su relato con atención.

—Eso demuestra que el hombrecillo tiene a Laidlaw escondido en algún lugar de la zona —dijo Benson.

—No —replicó Tring—. Solo demuestra que se dio cuenta de que lo seguían y fue lo bastante astuto para despistar. También demuestra que hay un gran secreto detrás de Laidlaw y sus cómplices. Cuando alguien aparentemente tosco muestra tal ingenio, puede estar seguro de que hay algo muy grande que ocultar.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Benson—. El juicio empieza el martes.

—Mucho dependerá del estado de nuestra anfitriona —respondió Tring—. Por ahora no puedo hacer mucho…

—No, no —se estremeció Benson—. No queremos que la pobre mujer sufra más.

—No será tortura —replicó Tring con calma—. Estuve muy cerca de obtener lo que queríamos, pero es la influencia de Laidlaw la que bloquea el camino. Si logramos que ella no lo vea antes del martes, creo que podemos asegurar la victoria.

—¿Para el martes? —dijo Benson—. Es arriesgado.

—Ya veremos —respondió Tring—. Si no le importa, me retiraré. Madrugo mucho.

Se despidió y salió. Benson conversó con Wilfred más de una hora antes de irse a dormir.

La noche pasó sin incidentes. Joe Litt y un compañero habían vigilado la cripta secreta por si Laidlaw regresaba, pero nada ocurrió.

Al día siguiente, Tring paseó por los alrededores. Benson se ocupó de sus papeles y llamadas, y por la tarde fue a Norwich, donde organizó ver a Frank Gough en su celda al día siguiente. Reflexionó que sería su última visita antes del juicio. ¿Habría que verlo después? ¿Y en qué clase de celda? Benson se estremeció y se envolvió en su abrigo, con gesto duro y decidido.

Wilfred pasó tiempo con Jill. Almorzaron juntos y hablaron del juicio. Él le explicó que no había ido a Londres, sino que había recorrido el campo en moto. Los cortes en su cara eran por un accidente. Jill no quedó del todo convencida; sentía que él le ocultaba algo, pero prefirió no presionarlo.

Ella le contó que, varias veces durante la noche, Lady Evenden se había levantado para ir a la ventana de su habitación y contemplar el parque, como si buscara algo; que en cada ocasión permanecía mirando fijamente durante unos cinco minutos, pero que,

evidentemente, no encontraba nada de lo que buscaba, pues poco después volvía a retirarse a la cama. Wilfred acordó con Jill que, si Lady Evenden repetía esas guardias la noche siguiente o cualquier otra, y si, como consecuencia de lo que pudiera ver en el parque, salía de su habitación, entonces Jill debería seguirla sin falta. Pero antes, para advertirle de lo que estaba sucediendo, debía ir a su habitación y llamar a la puerta.

Wilfred decidió informar al abogado de este asunto. En su fuero interno, estaba convencido de que Lady Evenden esperaba una señal del doctor Laidlaw.

El abogado se mostró sumamente interesado, incluso excitado, y de inmediato se puso en contacto con el señor Rushton Tring; el psicólogo también se mantuvo listo por si recibía una señal.

Sin embargo, la noche pasó una vez más sin que fueran llamados, aunque, por la mañana, Jill dijo que Lady Evenden se había asomado de nuevo al parque a las mismas horas.

El fin de semana transcurrió lentamente; para el señor Benson, los días se estaban volviendo intolerables. La dura prueba del martes, sin poseer más conocimientos de los que tenía en ese momento, era casi impensable. El lunes buscó a Lady Evenden a solas. La encontró angustiada y nerviosa, llena de temores y presagios ante el inminente juicio de su hijo que comenzaría al día siguiente. Pero, aunque él le suplicó patéticamente que, a pesar de lo tardío de la hora, lo armara con toda la información de que dispusiera, ella se negó firmemente.

El señor Tring se mantuvo muy apartado. Cuando el viejo abogado le sugirió que entrevistara a Lady Evenden e intentara de nuevo arrancarle el secreto, él se negó gentilmente.

—Espere —dijo—. Debemos esperar. Por ahora, por lamentable que sea, no podemos hacer nada. Su estado mental es tal en este momento que su cerebro se quebraría antes de que pudiera ser forzada a hablar. Mañana puede ocurrir algo que nos brinde nuestra oportunidad.

—Lo que pueda ocurrir mañana temo hasta contemplarlo —respondió el viejo abogado—. Nunca he participado en un caso de mayor y más terrible importancia; y nunca he ido a juicio con una defensa tan peligrosamente incompleta.

Más tarde, ese mismo día, un mensaje telefónico anunció la llegada de Sir Courtney Caldecott, consejero del rey, a un hotel de Norwich, y el señor Benson lo invitó a cenar. Allí, el distinguido abogado conoció a Wilfred y al señor Rushton Tring; y, durante tres minutos, fue recibido por Lady Evenden en su tocador.

—¿Conseguirá usted la libertad de mi desafortunado hijo? —suplicó la dama con patetismo.

Sir Courtney le dirigió unas palabras de aliento. Aunque él mismo se mostró bastante animado y optimista sobre las perspectivas del día siguiente mientras estuvo en presencia de Lady Evenden, Wilfred notó que un sombrío ceño fruncía el entrecejo del gran defensor durante toda la cena.

Se conversó muy poco durante la comida; y, cuando esta terminó, el señor Benson llevó a Sir Courtney a la biblioteca, donde por primera vez discutieron a fondo el caso que se avecinaba.

Sir Courtney abrió un maletín y sacó de él todos los documentos relacionados con el proceso.

—Sabe, señor Benson —dijo—, hay un rasgo en este caso que resulta desconcertante, único. Es el hecho de que durante todo el periodo de las actuaciones policiales, y desde entonces, la defensa se ha mantenido prácticamente en el mismo punto donde comenzó.

—No lo culpo a usted ni a nadie por ello. Sé que ha empleado a los mejores detectives y, sin embargo, no tenemos líneas alternativas reales que sugerir para responder al desafío de la fiscalía. Dependemos —y me parece que debemos depender enteramente— de que el asunto del veneno sea inconsistente con el relato del lacayo sobre una pelea; una pelea que, según la fiscalía, terminó en asesinato. Debo confesar…

—Deje esos papeles a un lado y escúcheme. —El señor Benson había estado considerando cuidadosamente durante todo el día hasta qué punto confiar en Sir Courtney; ahora, tomó su decisión.

Al interrumpir al consejero del rey, añadió: —La historia que tengo que contar es algo larga. Será mejor que nos sirvamos una copa.

El distinguido abogado asintió con extrañeza, y el señor Benson sirvió whisky con soda.

—Dice usted que nos hemos quedado quietos —se rió con amargura—. Yo le digo que nos hemos movido tan rápido que yo, por lo pronto, estoy bastante mareado con tanto ajetreo. El problema es que nos hemos estado moviendo bajo tierra; literalmente, de hecho, y desafortunadamente nuestros movimientos no son de tal naturaleza que puedan interpretarse en el tipo de pruebas que usted requerirá mañana. Ahora escúcheme, y haré que se le pongan los pelos de punta.

El gran abogado sonrió un poco ante la pintoresca expresión del anciano, pero sabía que no había intención de ofender; de hecho, sabía que, en lo que a eso respectaba, el señor Benson en Norfolk era una figura más importante que Sir Courtney Caldecott en los tribunales de justicia. Se sentó y escuchó con atención el relato del anciano. A medida que la extraña narración avanzaba, su puro se apagó, pero ni siquiera lo notó. Sus ojos se abrieron de par en par por el asombro. A veces miraba al viejo abogado como si temiera que estuviera hablando desde una mente trastornada. Pero la luz en los ojos del señor

Benson —fuerte, convincente y clara— y la lucidez de su proceder descartaron esa teoría de inmediato.

Cuando por fin terminó de contar toda la historia, el consejero del rey se reclinó en su silla y miró fijamente al señor Benson en silencio. El señor Benson le devolvió la mirada. Sir Courtney se movió al fin, miró su puro y lo encendió.

El señor Benson notó que su mano temblaba mientras sostenía la cerilla.

—Bien —preguntó Sir Courtney Caldecott—, ¿qué vamos a hacer?

CAPÍTULO 20. Un gran argumento al respecto

—Bueno, una cosa está clara —dijo el señor Benson—, y es que resulta sencillamente imposible presentar esto ante el tribunal.

Habló con decisión, y el consejero del rey, al observar el rostro resuelto del admirable anciano que tenía enfrente, abandonó en ese mismo instante la idea de lanzar toda la historia ante una audiencia atónita. Una de las características de Sir Courtney Caldecott era su capacidad para asimilar los hechos, aceptarlos y tenerlos en cuenta en sus planes. Nunca confiaba en que la buena fortuna lo ayudara aquí, o la suerte allá. «Yo fabrico mi propia fortuna», solía jactarse; y a la suerte la despreciaba.

Ahora comprendía que sería imposible utilizar directamente el asombroso relato que acababa de escuchar; no obstante, se propuso averiguar si aquella era la historia completa.

—Hay una omisión importante que ha hecho usted al relatar la historia más increíble que jamás he oído —dijo—, y es el nombre del asesino real… o de la asesina.

—No lo sé —dijo el señor Benson—. Le he transmitido toda la información de la que dispongo, sin reservarme ni un solo detalle.

—Supongo que habrá formulado teorías… ¿tendrá sus sospechas? —El consejero del rey miró a los ojos del viejo abogado. Y, mientras hacía la pregunta, pensó en lo difícil que sería someter al señor Benson a un contrainterrogatorio. Pero no parecía que el señor Benson estuviera ocultando nada.

Este enarcó las cejas, sacudió la ceniza de su puro y respondió con total franqueza.

—Ciertamente tengo teorías y sospechas lo bastante sólidas como para actuar en consecuencia si no hubiera otras consideraciones de por medio. Estoy convencido de que ese doctor Laidlaw del que le hablé es el asesino. Todas las pruebas apuntan a ello.

—¿Qué hay de esa extraña mujer sobre la que ninguno de ustedes parece saber nada? —preguntó el consejero.

—Sobre eso no puedo decirle más de lo que ya le he dicho —respondió el abogado—. De hecho, si no fuera porque nuestro joven amigo, el doctor Wilfred Barlow, afirma haberla visto junto con su prometida, habría dudado de esa parte de la confesión de Laidlaw.

—Perdóneme si hablo con absoluta franqueza, sin considerar los sentimientos de nadie. —Sir Courtney frunció el ceño, hizo una pausa de un segundo y prosiguió—: ¿Qué clase de dominio cree usted que tiene Laidlaw sobre Lady Evenden?

—Oh, creo que es simplemente lo que dice el psicólogo, el señor Rushton Tring: el efecto de una mente fuerte sobre una débil. Me inclino a pensar que la historia de Laidlaw al respecto es sustancialmente cierta. Creo que la trató tras la muerte de su primer marido y, mediante sus métodos y los de su colega vienés, indudablemente logró una cura. Eso, según me han dado a entender, haría que ella respondiera a sus sugestiones; en pocas palabras, su voluntad quedaría esclavizada por la de él. Es una teoría curiosa, pero así me lo ha indicado el señor Rushton Tring, un hombre de cuya probidad no puedo dudar.

El señor Benson miró al consejero, quien asintió de acuerdo. Luego continuó:

—Tring me asegura que, por extraño que parezca, esos hechos son ciertos. Ella requiere, realmente requiere, en su estado mental actual, los servicios de Laidlaw, hasta que puedan ser reemplazados gradualmente por algún otro maestro de su oficio, o ciencia, o como quiera llamarlo, que sea más digno de crédito.

—Si usted dice que Tring respalda esa teoría, entonces me inclino a aceptar, al menos, su posibilidad. Pero mire, señor Benson, aquí está el quid de la cuestión. —El consejero se inclinó hacia delante y su rostro se pobló de líneas que lo contorsionaban de forma extraña —. Tal como yo lo veo, amigo mío, este es el punto crucial. Laidlaw ha contado su historia. Esta coincide con la que mi cliente había oído de su hermano John, quien a su vez la había oído de su compañero de armas. Todo esto es cierto y otorga a Laidlaw cierto grado de credibilidad. Pero ¿qué diremos de nuestra desafortunada y afligida clienta, me refiero a Lady Evenden? ¿No ve que se ha negado rotundamente a revelar nada? Ni siquiera la historia de Loch Lomond se la contará a usted por completo, y se niega en absoluto a decir qué ocurrió aquella noche. Laidlaw, hay que reconocerlo, al menos hace algún tipo de declaración. Eso de que había otro hombre allí, francamente, no lo creo de entrada por la sencilla razón de que Laidlaw dice que quedó inconsciente; y, sin embargo, los vigilantes que estaban abajo en esa cripta ni siquiera lo vieron.

—¿Insinúa usted que…?

—No insinúo nada —interrumpió rápidamente Sir Courtney Caldecott—. Por favor, se lo ruego, mi querido señor Benson, tome esto en un sentido impersonal. Yo sería el último en…

—Detesto que me interrumpan —dijo el señor Benson con irritación—. Cuando me ha interrumpido, iba a preguntarle si insinuaba la posibilidad de que Lady Evenden fuera la

asesina. Déjeme terminar. —El consejero había levantado una mano en señal de disculpa, aunque observaba al señor Benson con gran interés—. Yo personalmente he barajado esa idea como una posibilidad, pero estoy convencido de que la teoría no se apoya en ningún hecho sustancial. Conozco el problema que supone el obstinado silencio del doctor Barlow y su novia, que ciertamente saben algo que nos ayudaría. Conozco el problema causado por el propio silencio de Lady Evenden; pero eso lo atribuyo a su sometimiento a la voluntad de Laidlaw. Obviamente, él quiere hacerle creer toda clase de cosas con el fin de chantajearla. Puede que incluso le haya hecho creer que ella mató a su primer marido.

—Supongo que vislumbra la posibilidad de que ella haya cometido este crimen bajo la influencia y el control de Laidlaw. —El consejero habló con desapasionamiento, pero sus ojos ardían.

—Sí —respondió el señor Benson—. Incluso he considerado eso, y ahí me topo con una ausencia total de móvil.

—¿Y qué hay del testamento? —preguntó Sir Courtney Caldecott, encendiendo un nuevo puro.

—Oh, el testamento provee de forma muy satisfactoria a Lady Evenden —respondió el abogado—. Es cierto que la intención del difunto Sir Michael era asegurar una provisión más sustancial para Frank, lo cual se vio frustrado por su muerte inesperadamente repentina. Pero, mi querido amigo, yo había hablado con John, y John era uno de los tipos más abiertos y generosos del mundo. No había razón para dudar de que habría actuado como su padre hubiera esperado de él.

—¿Y qué hay del derecho de sucesión? —inquirió el consejero.

—Ah, eso es algo más complejo —dijo el señor Benson—. Acordamos hace algunos años que, en caso de que el difunto Sir Michael sobreviviera a John —recuerde que estábamos en guerra—, Lady Evenden y sus herederos sucederían en el título. Sir Michael tenía mucha influencia política y se emitieron las patentes reales.

—Ya ve a dónde nos lleva esto, ¿verdad? —preguntó Sir Courtney Caldecott—. Según esto, si Sir Michael sobrevivía a John, entonces Lady Evenden, y posteriormente Frank como heredero varón, heredan. Muy bien, supongamos entonces que Laidlaw ejercía ese control sobre Lady Evenden. ¿No habría más fondos para él si quitaba a John de en medio? ¿No había manifestado John ya su detestación por el doctorcillo y le había ordenado abandonar la propiedad?

—¿Está usted partiendo de la base de que Laidlaw sabía todo esto? —preguntó el abogado.

—Ciertamente —respondió Sir Courtney.

—No creo que pudiera saberlo —dijo el señor Benson lentamente—. No creo que la propia Lady Evenden supiera exactamente cuál era su situación en lo que al dinero se refiere. Creo

que sabía lo de la sucesión especial a su favor, pero también pensaba que en cualquier caso estaría muy bien provista, y que Frank también lo estaría. El testamento temporal, que desgraciadamente es el último y el que debe presentarse para su validación, solo se hizo para cubrir la emergencia de la posible ruina del baronet, que parecía inminente hace unos meses. Todo eso se solucionó y, lamentablemente, se descuidó la redacción de un nuevo testamento.

—No obstante —arguyó el consejero—, ella podría haberlo sabido y, en cualquier caso, Laidlaw sabía que John se interponía entre él y el control total.

—A mi modo de ver, quedan dos cosas por explicar antes de que la teoría de que Lady Evenden asesinó a su hijastro pueda considerarse válida —dijo el señor Benson con decisión—. La primera es: suponiendo que hubiera actuado bajo el control de Laidlaw, ¿por qué no habría de asesinar también a Frank? Ciertamente habría sido un obstáculo tan grande para el doctor como Jack.

—Y el otro argumento, que en mi opinión es el definitivo, es este: si Laidlaw quería quitar a Jack de en medio, ¿por qué demonios no lo asesinó él mismo? Era astuto, poseía un veneno asombroso… partiendo ahora de la teoría de que él suministró ese extraño veneno hallado en el cerebro del pobre John. ¿Por qué molestarse en hacer que ella lo hiciera por él? Podía haberlo hecho con total sencillez; tenía acceso a los pasadizos secretos. Siempre existe el peligro de que una mujer hable. Y nadie sabría mejor que Laidlaw que el control que ejercía sobre Lady Evenden se relajaría con su ausencia, y podría ser sustituido por otro, como, de hecho, estamos intentando hacer ahora con el señor Rushton Tring.

—Sentido común —dijo Sir Courtney Caldecott—; buen y sólido sentido común, y estoy de acuerdo hasta cierto punto. Pero, mi querido amigo, la lógica no gobierna necesariamente la mente de un asesino. Al fin y al cabo, el asesinato es algo terrible; incluso el más desalmado dudaría antes de matar. Podría ser, simplemente podría ser, que él pensara que resultaría difícil demostrar ante un tribunal su control sobre esa infeliz mujer, y que ella serviría de escudo entre él y las consecuencias de su crimen.

—Tonterías —dijo el señor Benson—. Laidlaw es tan diabólicamente frío que predigo que, si alguna vez lo creman, su ataúd saldrá del horno cubierto de estalactitas de hielo. Ese hombre no se detendría ante nada, y en cuanto a confiar su trabajo o sus secretos a una mujer… ¡bah! ¡Quítese eso de la cabeza, amigo mío!

—Dígame —dijo Sir Courtney Caldecott—, ¿sería posible que viéramos los pasadizos secretos esta noche?

—Desde luego —respondió el señor Benson—. Todavía tengo a Joe Litt y a su amigo sentados abajo, en la sacristía de la cripta, por si nuestro amigo aparece inesperadamente. ¿Bajamos ahora?

El consejero dio su consentimiento y los dos hombres fueron a sus habitaciones a buscar sus abrigos. El señor Benson guio a su distinguido amigo por la ruta que últimamente se le había vuelto tan familiar: recorrieron el frente del Priorato, cruzaron la entrada secreta y entraron en la cripta. Estaba justo encendiendo una vela cuando un palo golpeó la pared, muy cerca de su cabeza.

—¡Eh! ¿Qué demonios es esto? —gritó el indignado anciano, mientras Sir Courtney Caldecott daba un salto de pura aprensión. La cerilla reveló a un rústico de mirada decidida a punto de blandir el palo de nuevo, mientras detrás de él estaba Joe Litt con una vieja escopeta de caza en la mano. Al instante, Joe se disculpó y empezó a reprender a su ayudante, pero el viejo abogado no lo permitió. Se rió entre dientes por el incidente y se culpó a sí mismo por no haber acordado una señal antes de venir. El eminente consejero examinó la cripta con interés. Le mostraron el altar en ruinas y los antiguos candelabros, el cofre de las vestiduras y varios misales antiguos maravillosos, todos de antes de la Reforma.

Luego, acompañados por Joe Litt, subieron la escalera hacia la Habitación del Prior. Sir Courtney Caldecott examinó con sumo cuidado cada pulgada de esa estancia tantas veces revisada, pero no hallaron nada nuevo. Joe Litt se quedó junto al armario que daba acceso a la escalera secreta de la cripta, mientras el señor Benson y Sir Courtney hablaban en medio de la habitación. Las cortinas estaban completamente corridas; nadie desde fuera podría decir que el lugar estaba iluminado.

Sir Courtney y el señor Benson concluyeron su inspección y el abogado, habiendo apagado la luz, seguía al consejero, quien a su vez iba pisándole los talones a Joe Litt, cuando de repente hubo una explosión. Se disparó un tiro que, en el estrecho pasadizo, sonó como la descarga de un cañón.

Sir Courtney se llevó tal impresión que los pies se le resbalaron y rodó por las estrechas escaleras de la manera más indigna. Al caer, golpeó sin querer los pies de Joe Litt, haciendo que este también se desplomara y, con él, la única vela que tenían.

El señor Benson se precipitó y cayó sobre los otros dos. Pasó casi un minuto antes de que lograran levantarse y dirigirse, lo más rápido que pudieron, a la cripta, donde un espectáculo extraño se presentó ante sus ojos. La puerta secreta del fondo, por la que el abogado y Sir Courtney habían entrado antes esa noche, estaba abierta de par en par y la brisa nocturna soplaba hacia el interior. Una vela parpadeaba en el suelo y, junto a ella, tendido cuan largo era, yacía el rústico que se había quedado custodiando la cripta.

Rápidamente, los tres hombres se acercaron y lo examinaron. Le sangraba la frente y la escopeta yacía a su lado. Joe Litt encendió la otra vela y el señor Benson se inclinó sobre el hombre herido, mientras Sir Courtney Caldecott se arrodillaba al otro lado. Era evidente que el hombre no sufría una herida de bala. Tenía la frente magullada y con un corte producido por algo dentado.

Le dieron un poco de agua y, al poco rato, abrió los ojos.

—Le disparé… lo hice —declaró, y volvió a perder el conocimiento. El señor Benson examinó el arma. Era una escopeta de dos cañones y uno de ellos había sido disparado.

—Laidlaw ha estado aquí —anunció el señor Benson—, y Bill Harris le ha disparado. Quédate donde estás, Joe. Vamos, Sir Courtney.

Benson salió disparado como un colegial. Subió corriendo la escalera secreta y se quedó en el césped mirando a su alrededor cuando el consejero, jadeando pesadamente, se le unió.

—No se le ve por ninguna parte, ¿verdad? —preguntó el anciano, y Sir Courtney miró excitado a su alrededor. No se oía ni un sonido. De pronto, una silueta avanzó hacia ellos y ambos hombres la observaron. El hombre siguió acercándose mientras el señor Benson jugueteaba con la escopeta que aún sostenía. Sin embargo, al estar más cerca, resultó ser Wilfred Barlow, que había oído el disparo y pensó, al principio, que se trataba de un cazador furtivo. A él le había parecido lejano, pero decidió salir al encontrar abiertas las ventanas de la biblioteca.

En pocas palabras, el señor Benson lo puso al tanto de la situación. Buscaron por los alrededores, pero no había rastro de Laidlaw; y, tras unos minutos de búsqueda infructuosa, los tres bajaron y se reunieron con Joe Litt. Wilfred examinó minuciosamente al herido y le vendó la cabeza con cuidado con un pañuelo de lino.

Pronto Bill pudo contarles lo que había sucedido. Al parecer, algún tiempo después de que el señor Benson, acompañado por el consejero y Joe Litt, subiera a la Habitación del Prior, Bill Harris había oído un sonido, como si alguien intentara entrar en la cripta desde el césped. Tras su experiencia de antes, cuando casi golpea al señor Benson, decidió ser más cuidadoso; así que, antes de moverse, esperó hasta que el intruso llegó justo a la puerta y encendió una luz. Fue entonces cuando, escopeta en mano, cruzó la cripta corriendo. A la luz de la vela que el intruso había puesto en el suelo, Bill pudo ver los rasgos del doctor Laidlaw, y creyó vislumbrar otra silueta detrás de él.

El doctor emprendió una huida apresurada y, mientras escapaba por la escalera, Bill apretó el gatillo. Dijo que sabía que le había dado porque el doctor lanzó un aullido de dolor. Entonces alguien golpeó a Bill con algo duro, y eso fue todo lo que recordaba.

El señor Benson se vio obligado a maldecir su propia estupidez por dejar a un solo hombre abajo, aunque fuera por unos pocos minutos. Sin embargo, ya no se podía hacer nada. Acomodaron a Bill con cojines, ya que se negaba a irse a la cama e insistía en terminar su turno de guardia con Joe.

Wilfred acompañó al señor Benson y al consejero a la biblioteca, donde pasaron otra hora hablando sobre los extraños sucesos de la noche.

—¡Válgame Dios! —exclamó el viejo abogado un poco más tarde, levantándose de un salto —, ¿se dan cuenta de que es la una de la madrugada? Tenemos mucho que hacer mañana.

—Es hoy, mi querido amigo, es hoy —dijo Sir Courtney Caldecott con gravedad—. Hoy es el día en que comienza el juicio.

CAPÍTULO 21. El juicio

La mañana del martes amaneció gris y fría para Frank Gough. Mucho antes de que la luz empezara a brillar a través de las ventanas sin cortinas de la enfermería de la prisión, ya estaba despierto. A menudo durante la noche había visto al guardián de turno hacer su ronda por la media docena de camas para comprobar que los pacientes estuvieran bien, caminando con pasos silenciosos y pareciendo, según pensaba Frank, una figura siniestra del *Infierno* de Dante, vigilando incesantemente que ninguna víctima escapara.

Frank, como es costumbre en el caso de los hombres que esperan juicio por asesinato, había sido recluido en el hospital, donde podía estar bajo observación constante; esto permitía a las autoridades penitenciarias cumplir el doble propósito de asegurarse de que no atentara contra su vida y, al mismo tiempo, facilitar que el oficial médico entregara al tribunal un informe perfecto sobre su estado mental.

A las seis y media entró de servicio el oficial de día.

—¡Vamos, señores del hospital! —les amonestó—. Arriba todos, y dejen que anote lo que quieren para el desayuno.

El resto de los prisioneros rió, excepto Frank. El oficial pertenecía a la vieja guardia de funcionarios de prisiones y era un buen tipo. Su humor era tosco y a veces cruel, pero sin mala intención.

Tras hacer su ronda y levantar a sus hombres, se acercó a la cama de Frank.

—Y bien, viejo —le preguntó—, ¿cómo te sientes?

—Bien, gracias —respondió Frank con una ligera sonrisa.

—No te preocupes —dijo el guardián—. Tienes todas las de ganar; he apostado dos chelines a que dejas al verdugo con las ganas.

La referencia al ejecutor hizo que Frank se estremeciera. Pero, al mirar el rostro honesto del viejo guardián, no pudo evitar sonreír.

Se sirvió el desayuno. Frank bebió una taza de té y comió un trocito de pan. Aunque le ofrecieron tocino, no pudo probarlo. Se bañó antes de vestirse, pues había un cuarto de baño bastante bien equipado que daba a la sala; y aunque la mayoría de los pacientes lo rehuían, tenían que someterse a su ritual una vez por semana. A Frank se le daban toallas

limpias y se le permitía bañarse cada mañana; agradecía esa amabilidad por parte de su guardián.

A las ocho en punto, lo llevaron por el pasillo hasta el salón principal de recepción de la cárcel; allí, formando una fila, había una docena de tipos de lo más variado, listos para partir hacia Norwich para ser juzgados en las sesiones del tribunal. Todos conocían a Frank, y cuando se unió al grupo, se quedaron mirando boquiabiertos al prisionero estrella: el hombre "para la soga", como dijo uno de ellos. Mientras esperaban, se acercó el director de la prisión, preguntó a cada hombre su nombre y su delito, y lo cotejó con el registro. Luego se le entregó a cada uno su dinero, sus pertenencias y todo aquello con lo que habían ingresado en el penal.

Después llegó el médico, con un estetoscopio colgando del cuello.

—¡Abran las camisas! —gritó un guardián, y todos se desabrocharon el frente.

Frank empezó a deshacerse el nudo de la corbata.

—¡Usted no! —dijo el oficial médico, que ya lo había examinado en el hospital.

Durante un segundo, el doctor escuchó el corazón de cada hombre; luego, con un breve asentimiento, se marchó. Los hombres estaban aptos para el juicio. Dos guardianes se acercaron entonces con un puñado de lo que parecían pesados brazaletes de acero con una bisagra en el centro. Se los colocaron en las muñecas a los prisioneros y se pasó una cadena por una anilla de cada brazalete, cerrando el extremo con una llave el guardián principal.

Frank no fue unido a esta hilera, sino que fue conducido a la puerta de la prisión. Allí esperaban un furgón celular y un coche para el trayecto hasta la estación de ferrocarril. A Frank lo subieron al coche con dos guardianes, mientras otro se sentaba delante, junto al conductor. Viajaría por carretera a sus propias expensas. Se entregó la orden de custodia al portero y comenzó el viaje hacia el tribunal.

El guardián que iba frente a él sacó una petaca y una pitillera.

—Eche un trago de esto; le quitará el frío —dijo, tendiéndole la petaca a Frank, quien aceptó agradecido la hospitalidad.

Mientras tanto, en la vieja ciudad catedralicia, la expectación era máxima y, mucho antes de que se abrieran las puertas del tribunal, se formó una cola para entrar. Para cuando se abrió la sesión, apenas quedaba sitio para estar de pie.

El señor Benson y Sir Courtney Caldecott, consejero del rey, acompañados por un pequeño ejército de ayudantes y escribientes, ocuparon los asientos de la defensa, mientras que por la Corona, el señor Assidell y el señor Graff Edwards, con sus respectivos procuradores, se sentaron enfrente.

A las diez y media, un toque de trompetas anunció la llegada solemne de los jueces. Fuera de la sala se oía el trote de los caballos mientras el coche oficial, tirado por cuatro corceles, giraba con destreza para situar sus puertas frente a la entrada de los jueces.

La multitud en la sala se puso en pie con respeto y guardó silencio mientras entraban los jueces, acompañados por el alto alguacil y otros dignatarios del condado. El juez principal, el señor Titterton, hizo una breve reverencia y se sentó. A su lado estaba el juez Hemingway. Se leyó debidamente la comisión y se instruyó al gran jurado; luego, el juez Hemingway se retiró para atender casos en el tribunal de lo civil, mientras el juez Titterton permanecía para presidir el tribunal de la corona.

Durante una hora, el señor Benson estuvo en vilo, sin saber si el gran jurado confirmaría la acusación en el caso de Frank, aunque la instrucción del juez Titterton parecía inclinarse a favor de la necesidad de un juicio. El gran jurado presentó el dictamen acusatorio y el secretario tomó juramento a los miembros del jurado.

El juez Titterton observó al joven cuya entrada en el banquillo había causado tal sensación en la sala. Sus ojos caprichosos y humorísticos parpadearon tras sus gafas mientras Frank se declaraba "no culpable" en respuesta al cargo. El señor Benson se había encontrado con el juez en muchas ocasiones y le apreciaba. De hecho, dado el estado confuso de la defensa, era lo único de lo que podía felicitarse: que el juez Titterton presidiera el caso. El juez no solo era escrupulosamente justo, sino también un hombre excepcionalmente humano.

Benson examinó cuidadosamente al jurado. Conocía a tres de sus miembros; el resto eran desconocidos para él. Pero su inspección fue interrumpida: el señor Assidell se había puesto en pie.

El docto consejero de la fiscalía esbozó los hechos del asesinato tal como se conocían. Sacó mucho partido del hecho, testificado por el lacayo Thomason, de la pelea entre los hermanastros, y de que la versión de Frank sobre una reconciliación no contaba con el respaldo de nadie. Sugirió que el veneno hallado en el cerebro del fallecido bien pudo haber sido puesto allí por el asesino en un intento de despistar a la justicia. Pero, en cualquier caso, sostuvo que la fiscalía no tenía por qué decir quién puso el veneno allí; su labor era señalar quién causó la muerte del difunto Sir John Evenden.

Se llamaría a médicos que declararían que el golpe en sí era suficiente para causar la muerte. Pidió al jurado que creyera que se produjo una pelea entre los dos hermanos —una pelea muy seria— que, según les mostraría, era de vital interés para uno de ellos: el hombre que ahora se encontraba en el banquillo. Esta pelea no era una historia fantástica fruto de la imaginación de la fiscalía, sino que emanaba del propio prisionero ante el tribunal.

El gran hombre habló elocuentemente durante una hora; luego se sentó y llamó a sus testigos.

El primer hombre llamado fue el ayuda de cámara, Roberto, quien repitió su testimonio sobre el hallazgo del cuerpo de Sir John, muerto en el suelo de la Habitación del Prior. Fue examinado cuidadosamente por el señor Assidell respecto a la posición en la que yacía el cadáver. El testigo coincidió en que parecía como si alguien hubiera derribado al baronet y este hubiera rodado por el suelo.

Sir Courtney Caldecott procedió al contrainterrogatorio. Verificó cada declaración y luego preguntó inesperadamente: —¿Es usted el único ayuda de cámara en el Priorato?

El hombre respondió afirmativamente. —Entonces, ¿por qué no asistió al señor Frank Gough?

—Lo hice —respondió Roberto—. Ofrecí mis servicios noche y mañana.

—¿Por qué no lo asistió la noche anterior al hallazgo del cadáver de Sir John Evenden?

—Lo hice, señor —respondió el ayuda de cámara.

—¿A qué hora?

—No lo recuerdo bien, señor. Creo que fue antes de la cena. —Roberto se llevó la mano a la cabeza intentando recordar.

—Vamos, hombre —dijo Sir Courtney—. Piense bien. Solo tenía a dos hombres a quienes atender, y esa fue la última vez que asistió al señor Frank, ya que fue arrestado al día siguiente. Vamos, haga memoria.

—Ah, ya me acuerdo —dijo Roberto—. Fui a su habitación, pero estaba ocupado. Iba a abrir la puerta, pero había gente hablando. Oí la voz del señor Jack y la del señor Frank. Luego, cuando volví más tarde, él ya se había acostado. Miré en la habitación, pero estaba dormido.

Toda la sala escuchó esta declaración con aparente indiferencia, pero los protagonistas estaban tensos. El juez Titterton lanzó una rápida mirada de sorpresa al testigo, tomó un lápiz y anotó algo en su cuaderno. Frunció los labios mientras miraba a Sir Courtney y a Assidell. Este último también fijó la vista en Roberto y tomó nota de inmediato.

—¡Bravo! —dijo Benson en lo que pretendía ser un susurro al líder de toga de seda que tenía delante. Sir Courtney sonrió apenas y murmuró un «Chist».

—¿De qué hablaban, Roberto? —preguntó Sir Courtney con tono suave.

—No lo sé —respondió Roberto—. Nunca escucho las conversaciones.

—Muy bien —dijo el consejero—. Usted nunca escucha conversaciones. ¿Era una conversación, entonces? ¿Una conversación normal?

—Sí, señor.

—¿Una conversación amistosa?

—Sí, señor, eso creo. Los oí brindar, señor.

—Ahora bien —dijo Sir Courtney—. Solo quiero que nos diga una cosa más, Roberto. ¿A qué hora fue esto?

—No puedo recordarlo con exactitud, señor. Sería bastante tarde… tal vez a las diez. Sé que era muy tarde cuando fui la segunda vez, pero, como dije, el señor Frank ya estaba en la cama —respondió Roberto.

—Quiero que precise la hora un poco mejor —insistió Sir Courtney—. Vamos, piense. Dice que no pudo ser temprano. No pudo ser, por ejemplo, antes de las diez…

—Milord, esto es intolerable —intervino Assidell—. Mi colega está haciendo preguntas sugestivas una tras otra. Protesto formalmente.

—No hace falta tanta vehemencia, señor Assidell —dijo el juez con su sonrisa más amable —. Sir Courtney no ha hecho varias preguntas sugestivas; solo una, la última. Repitió lo que el testigo había dicho: «Sería bastante tarde… tal vez a las diez».

—Pido disculpas a su señoría —dijo Sir Courtney—. Creí que el testigo había dicho: «Después de las diez». De lo contrario, no habría formulado la pregunta así.

—Está bien —dijo el juez con brillo en los ojos—. Aceptaré eso. Solo espero que ese problema de oído no le cause más errores.

—Plantearé mi pregunta de otra forma —dijo Sir Courtney—. Veamos, Roberto. Ha dicho que cree que eran las diez. ¿Se reafirma en ello?

—Sí, señor.

—Ahora, sea cuidadoso. ¿Podría haber sido más tarde?

—Creo que fue sobre esa hora, señor. No puedo recordar el momento exacto.

—¿Fue antes de las diez?

—No lo sé, señor. Creo que fue sobre las diez —dijo Roberto, ya angustiado.

—¿No hay nada que lo ayude a recordarlo? ¿A qué hora solía asistir al señor Frank por la noche?

—No era temprano, señor. Fue porque no lo vi en la biblioteca que pensé que se había ido a la cama, y entonces fui a su habitación, donde lo oí hablando con el señor Jack.

—¿Entonces sería una hora razonable para irse a dormir?

—Sí, señor.

—Muy bien… tarde, sobre las diez. Es lo máximo que puede precisar, ¿eh?

—Sí, señor.

Sir Courtney se sentó. De inmediato, el líder de la Corona se puso en pie.

—¿Cómo es que no hemos oído nada de esa visita suya a la habitación del señor Frank hasta esta mañana?

—Porque nunca me lo preguntaron —respondió Roberto, sorprendido.

—Fue interrogado en el juzgado de instrucción y se le pidió que contara a la policía todo lo que supiera. ¿Por qué no dijo eso? —le increpó Assidell con tono severo. Roberto tembló y se aferró al estrado.

—Nunca me lo preguntaron —repitió—. No sabía que tuviera algo que ver con el asesinato.

—Usted ocultó deliberadamente esta prueba hasta ahora, y de repente ofrece al tribunal una información valiosa en el último minuto. ¿Está seguro de que dice la verdad?

Roberto parecía a punto de desmayarse.

—Lo siento mucho, señor —dijo él—. No sabía que tuviera algo que ver con el caso. Solo me preguntaron sobre el hallazgo del cadáver y si él se encontraba bien la última vez que lo vi, y les dije la verdad.

—¿Cuándo le dijo a la policía que vio a Sir John por última vez? Me refiero a que, cuando le preguntaron cuándo lo había visto por última vez, ¿qué respondió usted?

—No lo recuerdo, señor, pero dije la verdad —respondió Roberto—. Creo que dije que lo había visto la noche anterior.

—¿Lo había visto?

—Sí, señor.

—¿A qué hora?

—Cerca de la hora de la cena, señor.

—¿Y ahora dice que lo oyó más tarde que eso?

Roberto no pudo más que repetir la declaración que ya había hecho. Dijo que no le había dado importancia a su visita a la habitación de Frank, y ni todos los gritos ni las intimidaciones del señor Assidell pudieron doblegarlo. Al final, el juez Titterton puso fin a su sufrimiento.

—No tiene usted derecho a imputar deshonestidad de motivos a este hombre, señor Assidell —dijo fríamente—. Él cumplió con una tarea rutinaria a la cual no dio importancia. Eso puede ser estupidez por su parte; puede ser estupidez por parte de la policía al no extraer la información. Puede ser estupidez por parte de la defensa por no haberla obtenido antes… si es que no la obtuvieron antes —añadió esto último con una mirada astuta en dirección a Sir Courtney y al señor Benson—. Pero, por el momento, en cualquier caso, no es necesariamente deshonestidad por parte del ayudante de cámara.

Dirigiéndose al ayudante, su señoría dijo:

—Puede retirarse.

—¡Llamen a Thomason, el lacayo! —ordenó el señor Assidell.

CAPÍTULO 22 El veredicto

El tosco lacayo Thomason entró entonces al estrado. Interrogado por el señor Assidell, repitió su testimonio sobre la pelea que había escuchado entre los dos hermanastros. Al principio se mostró nervioso al mencionarlo de nuevo, pues había sufrido mucho por parte del mayordomo y de otros sirvientes debido a sus primeras declaraciones a la policía, aquellas que provocaron el arresto de Frank Gough.

La parte más importante de su testimonio, según el planteamiento de Assidell, era la hora de la disputa. En este punto, Thomason vaciló. Antes había dicho que fue alrededor de las nueve, pero ahora afirmaba que podrían haber sido las diez, o incluso más tarde. También admitió que pudo ser antes de las nueve. El fiscal de la Corona, satisfecho de haber hecho oscilar el testimonio sobre la cuestión del tiempo, se sentó y Sir Courtney se puso en pie.

Con preguntas hábiles, logró establecer que el mayordomo sabría con certeza el límite de tiempo en que Thomason pudo oír la pelea, porque parte de la platería que este último había traído de la despensa contigua a la Habitación del Prior debía ser envuelta en bayeta verde y entregada al mayordomo para guardarla bajo llave.

Thomason se retiró y fue sucedido por otros sirvientes; luego declararon los médicos. El gran analista del Gobierno, Sir Werner Scatterhyde, testificó haber examinado los órganos del difunto baronet y habló del veneno hallado en el cerebro. Admitió que el golpe recibido era suficiente para causar la muerte, pero confesó que, en su opinión, la muerte fue provocada por el veneno.

—¿Habría sido posible inyectar el veneno después de la muerte? —preguntó Assidell. El especialista respondió, tras vacilar un momento, que podría ser, pero que lo veía improbable. Sir Courtney tomó nota de esa vacilación.

—En conclusión —dijo Assidell—, ¿está plenamente de acuerdo en que las lesiones en la cabeza eran por sí mismas suficientes para causar la muerte?

—Bueno, sí —respondió el especialista—. Es más probable que provocaran una conmoción violenta con una muerte posterior, pero podrían haber causado la muerte inmediata.

—Sir Werner Scatterhyde —comenzó Sir Courtney—, permítame preguntarle: cuando ese veneno mortal fue introducido en el cerebro, ¿cuánto tiempo de vida era posible tras la inyección?

—Veinte segundos —dijo el especialista.

—Exactamente, veinte segundos —repitió Sir Courtney mirando al jurado—. Ahora díganos, Sir Werner: hemos oído sobre la posibilidad de que la inyección se realizara tras la muerte. ¿Habría sido mucho tiempo después?

—No, ciertamente no —respondió el analista—. No más tarde del momento mismo de la muerte. El veneno recibió cierta circulación que cesó al morir.

—¿Entonces debió ser antes de la muerte? —preguntó Sir Courtney.

—Bueno, habría sido posible en el momento mismo de fallecer. Si la persona que dio el golpe inyectó inmediatamente el veneno, eso explicaría la posición exacta.

—¿Y qué hay de la posibilidad de que el golpe se diera después de la muerte? —preguntó Sir Courtney.

—Sí, eso es posible. Pero, por el aspecto de la cabeza, juzgué que el golpe fue simultáneo a la muerte.

—¿Entonces cree que ambos procesos fueron simultáneos? ¿Que muy poco tiempo, si acaso alguno, separó el golpe de la inyección? —preguntó el consejero. El especialista respondió que así era.

Otros médicos confirmaron que el golpe era suficiente para causar la muerte. Entonces la defensa comenzó con un brillante discurso de Sir Courtney Caldecott. Señaló la debilidad del caso de la fiscalía y esbozó su respuesta, en caso de que el jurado considerara necesario que respondiera. Hubo un murmullo en el jurado que el juez sofocó rápidamente.

—Creo que hay un caso al que responder, Sir Courtney —dijo el juez. Sir Courtney aceptó con elegancia y llamó: —El señor Frank Gough.

Frank fue conducido al estrado. Wilfred Barlow, sentado en la sala, sintió lástima por él al verlo enfrentar su dura prueba. Recordó su odio por la persecución a Jill, pero ahora deseaba no haber pensado tan severamente sobre el joven.

Con sencillez, Frank contó su historia de la pelea y la reconciliación. Fue rotundo y seguro del orden en que ocurrieron. No podrían haberse invertido, dijo, porque desde que entró en la habitación su hermano Jack mostró incomodidad, afectado por la revelación del pasado de Lady Evenden y la visita de Laidlaw.

La primera entrevista no fue agradable. La segunda sí: las tensiones se disiparon y Jack fue a hacer las paces, reconciliándose plenamente con él.

Bajo el contrainterrogatorio, Frank impresionó al responder con dignidad y sinceridad. —Pero yo amaba a mi hermano —dijo; incluso el juez asintió discretamente.

Frank soportó bien el interrogatorio, salvo cierta impaciencia cuando se le presionó sobre la historia del sufrimiento de su madre tras la muerte de su primer marido. Sir Courtney temió

que perdiera los estribos e intervino: —Debo protestar, milord, contra la discusión de este tema. Es irrelevante.

—No estoy tan seguro —respondió el juez Titterton—. Si se afirma que esa historia fue la causa de una pelea que llevó a la muerte de Sir John, entonces es pertinente.

—Con todo respeto, no es así —replicó Sir Courtney—. Hubo una entrevista cordial después…

—Sí, pero eso debe probarlo usted —respondió el juez—. La fiscalía sostiene que esa historia provocó una pelea que causó la muerte. Ellos deben probarlo, pero tienen derecho a demostrar la fuerza de esa historia.

Sir Courtney se resignó. Sabía que su objeción era inútil y solo había intervenido para dar a Frank un respiro. Assidell insistió en la tragedia de Loch Lomond, y Frank respondió lo mejor que pudo. Era demasiado joven entonces para recordar a su padre. Su madre nunca le contó nada. No conocía al doctor Laidlaw. Él y John habían acordado visitar juntos a su madre al día siguiente para darle apoyo.

Esto también causó buena impresión.

—¿Va a llamar a Lady Evenden? —preguntó el juez.

—Si su señoría lo considera necesario —respondió Sir Courtney—, consultaríamos a sus médicos. Ella está ansiosa por testificar.

Susurró unas palabras a Benson. —Con el permiso de su señoría, llamaré al doctor Barlow —dijo. Wilfred se sorprendió, pero comprendió la situación y siguió el plan.

—Lady Evenden sufre una postración nerviosa extrema —declaró—, y en mi opinión no está en condiciones de comparecer.

—¿Ha tenido una segunda opinión? —preguntó Sir Courtney.

—Sí —respondió Wilfred—. El señor Rushton Tring, especialista de Harley Street, reside en el Priorato y prohíbe terminantemente que ella se someta a tensión alguna.

El juez asintió y Sir Courtney continuó: —Deseo interponer esto en esta etapa. Mi colega ha creído conveniente explayarse sobre las trágicas circunstancias en que Lady Evenden perdió a su primer marido. Me opuse, pero su señoría lo desestimó. Considero que tengo derecho, en interés de una dama afligida cuyo buen nombre ha sido atacado gratuitamente…

Assidell, con el rostro púrpura, se levantó de inmediato, protestando ruidosamente contra esa interpretación. Sir Courtney insistió en continuar, pero el juez levantó la mano.

—¿Deduzco que cree tener derecho a algo, Sir Courtney? —preguntó suavemente, con los ojos brillando tras sus gafas.

—Con la graciosa venia de su señoría —dijo Sir Courtney—, considero que tengo derecho a que conste en acta el hecho de que la muerte del primer marido de Lady Evenden fue debidamente investigada en su momento por un Tribunal de Investigación escocés, el tribunal competente. También prestaron declaración médicos. Lady Evenden fue exonerada de la más mínima sospecha de culpabilidad. El desafortunado hombre murió mientras era un loco furioso. Era imposible para su esposa permanecer en la misma habitación con él. En estos distritos rurales remotos, el escándalo se extiende pronto y frecuentemente surge de la nada. En este caso, presumo que fue porque Lady Evenden, aborreciendo muy propiamente los recuerdos del lugar, nunca regresó.

—Iba a tomarme la libertad, Sir Courtney, de decir más o menos lo mismo que usted. Suscribo plenamente sus palabras —dijo el juez.

—Permítame decir que yo también soy profundamente consciente de la verdad de lo que dice mi docto colega —añadió el señor Assidell—. Nunca, ni por un momento, deseé atacar el carácter o la reputación de Lady Evenden; simplemente buscaba establecer, en cumplimiento de mi deber, la causa de la pelea.

Pasada la tormenta, el juicio prosiguió. Los abogados pronunciaron sus discursos y el día terminó con todo concluido, a excepción del resumen final del juez. Esa noche, el señor Benson y Sir Courtney estaban de un humor esperanzado. Lady Evenden estaba muy excitada. Varias veces pareció estar a punto de decir algo de importancia cuando se encontró con el señor Tring y el señor Benson en el vestíbulo tras el juicio. Finalmente, dijo que, pasara lo que pasara, debían llamarla por teléfono si al último momento existía peligro de que Frank sufriera. En tal caso, ella acudiría al tribunal.

El señor Benson esperaba sinceramente que tal necesidad no surgiera.

Al día siguiente, la sala estaba abarrotada y los accesos estaban más bloqueados que nunca. El juez comenzó su resumen de inmediato. Tenía tres cuadernos llenos de notas y los repasó con una lucidez y un sistema maravillosos.

La fiscalía, dijo, había establecido su teoría de una pelea basándose en el testimonio de Thomason, el lacayo, y del propio prisionero. La defensa había establecido, por el testimonio del ayudante de cámara, que el prisionero decía la verdad al hablar de una segunda entrevista. Indudablemente hubo dos entrevistas. ¿Cuál fue la primera? El testimonio del mayordomo era importante en la medida en que probaba que Frank Gough dejó el comedor para ir a la Habitación del Prior. Eso apuntaría a que la entrevista en la Habitación del Prior fue la primera. Además, el mayordomo dijo que guardó bajo llave la plata que Thomason recogió de la Habitación del Prior entre las nueve y media y las diez.

Por otra parte, en la primera parte de la conversación de los hermanos no había nada por lo que brindar ni que causara risa. El ayudante los había oído brindar el uno por el otro con una bebida. Los hombres rara vez hacen eso excepto en una ocasión especial; hombres que viven juntos, se refería. Esa ocasión bien pudo ser la reconciliación, entre dos

hermanos que según todos los testimonios se amaban, tras una pelea muy seria que no reflejaba más que honor para ambos. Sostuvo que existían graves dudas de que la pelea estuviera ni remotamente relacionada con la muerte del difunto baronet. La teoría del veneno seguía siendo un completo misterio. Finalmente, les dijo que donde hubiera duda, esa duda pertenecía al prisionero, y que estaba seguro de que en este caso encontrarían ciertas dudas.

El jurado se retiró y el señor Benson recogió sus papeles preparándose para telefonear a Lady Evenden. Sir Courtney se levantaba para ir con él. Habían charlado donde estaban durante tres minutos cuando, de repente, hubo un ligero revuelo y el jurado regresó. Se llamó al juez a toda prisa, quien entró acomodándose la estola mientras caminaba.

Frank Gough entró en el banquillo. El jurado no necesitaba declarar su veredicto; estaba escrito en sus rostros.

No obstante, cuando el portavoz declaró: «No culpable», hubo vítores estruendosos en la sala.

—No es necesario, Frank Gough —dijo el juez Titterton—, que yo le diga que sale de este tribunal con su buen nombre inmaculado. Queda usted en libertad, pero al dejarlo libre quiero asociarme de todo corazón con el veredicto del jurado. Lamento extremadamente que haya tenido la mala fortuna de sufrir, en interés de la justicia, lo que debe haber pasado en las últimas semanas.

La ovación que Frank recibió fuera fue abrumadora. Se acordó que Sir Courtney Caldecott acompañara al señor Benson y a él de vuelta al Priorato. Pero tuvo que transcurrir más de una hora antes de que pudieran salir de Norwich.

El encuentro entre Frank y su madre fue patético. Ella lloró sobre su hombro y estaba tan afectada que tuvo que retirarse de inmediato a su habitación.

Se sirvió la cena de gala en el gran comedor. A la mesa estaban Sir Courtney Caldecott, el señor Tring, el señor Benson y Frank, que hizo los honores. Después de la comida, fueron a la biblioteca, donde se le expuso todo el caso a Frank, quien escuchaba desconcertado. Cuando oyó hablar de Wilfred, preguntó:

—¿Dónde está ahora? —El señor Benson respondió que no lo había visto desde que terminó la sesión.

—Me gustaría verlo —dijo Frank—. ¿Sigue Jill aquí? Me refiero a la señorita Kilby.

—Sí, sí —respondió Benson—, pero lo primero es lo primero, muchacho. ¿Qué vamos a hacer?

Finalmente se decidió que el especialista permaneciera en la casa y hiciera lo que pudiera con Lady Evenden para romper completamente la ascendencia del doctor Laidlaw. Frank fue muy enfático sobre la necesidad de ello. La investigación sobre el misterio de la muerte

de John debía seguir adelante y, durante los próximos días, el señor Benson continuaría viviendo en el Priorato.

Se fueron a la cama muy tarde; Frank parecía un poco aturdido por el lujo y la comodidad tras la angustiosa experiencia en la enfermería de la prisión.

A la mañana siguiente se levantó temprano, cruzó el césped y fue a caminar por el matorral. Al regresar por el cercado, vio una figura que aceleró los latidos de su corazón. Era Jill, que lucía encantadora con una chaqueta y falda de tweed. Iba con la cabeza descubierta y el sol de la mañana provocaba un brillo hechizante en su cabello.

Frank se dirigió hacia ella de inmediato.

—Jill —llamó. Ella se dio la vuelta y lo vio. El color subió a sus mejillas. Al instante recordó las experiencias pasadas, la persistente persecución de él, la forma sin escrúpulos en que había intentado comprometerla. Y, entonces, de repente, cruzó por su mente la visión de este joven, lleno de vida vital, un espécimen refinado de hombría, con todos sus deseos agudos y su gran capacidad de disfrute, encerrado tras los barrotes de la prisión bajo la sombra misma del patíbulo. La visión despertó lo maternal en ella. Sintió el deseo de protegerlo. Con el color todavía en sus mejillas, pero con la mirada de ira en sus ojos transformada ahora en una peligrosa piedad y simpatía, le tendió la mano.

—Me alegro mucho de verte —dijo ella suavemente.

Frank, en lo que a Jill respectaba, era como los Borbones: se negaba a aprender nada y no olvidaba nada, ni quería hacerlo. Solo le importaba que amaba a esta chica y la quería. Tomó la mano extendida y, con un movimiento rápido, la atrajo hacia sí, rodeando sus hombros con el otro brazo e imprimiendo beso tras beso en sus labios violentamente reacios.

—¡No, no! —gritó ella—. ¡Oh, no lo hagas! Nunca pensé… ¡Oh, por favor, detente! —Es difícil decir qué habría pasado si no hubiera habido una interrupción.

—Desearía que ustedes dos se fueran al bosque para sus arrumacos. Este tipo de espectáculo al aire libre puede que esté a la moda, pero para mí es positivamente repulsivo. —Ambos saltaron hacia atrás al ver al señor Benson allí de pie. Jill lo miró a él y luego a Frank; después huyó hacia la casa con las mejillas encendidas, una encarnación voladora de indignación y ultraje. Frank parecía cabizbajo mientras el señor Benson le ponía una mano en el hombro.

—Ven conmigo, jovencito —dijo—. Voy a hablar contigo muy seriamente.

CAPÍTULO 23. Una sorpresa para todos

—Mira, muchacho —dijo el señor Benson—, esto tiene que acabar. Y no quiero que te pongas hecho una fiera por ello. —Frank se había ruborizado con ira—. Hay muchos peces en el mar, pero es perfectamente evidente para mí que este no es tu pez en particular. Tienes bastante que hacer sin andar haciendo el papel de joven señor feudal con mujeres reacias y, de hecho, resentidas. Vamos, quiero hablarte de asuntos mucho más importantes.

Sin darle al algo huraño Frank la oportunidad de seguir discutiendo sobre Jill, el abogado lo llevó a la biblioteca donde, durante más de una hora, trató con él los asuntos de la propiedad.

Ya fuera por la advertencia del abogado o no, lo cierto es que durante varios días Frank apenas vio a Jill. Estuvo muy ocupado revisando con el señor Benson los temas que requerían su atención; entonces, tres días después, Lady Evenden les dio una sorpresa.

Expresó su deseo de marcharse del Priorato de inmediato y preguntó qué tan pronto podrían terminar de empacar para trasladarse a la *Villa des Muguets*, en Cannes. La villa de Cannes era una hermosa propiedad en la Riviera, comprada apenas dos años antes de que Sir Michael muriera. El señor Rushton Tring y el señor Benson pensaron que sería un cambio excelente para Lady Evenden y lo aconsejaron firmemente. El resultado fue que los asuntos quedaron en manos del señor Benson, mientras que Frank, Lady Evenden y Jill, acompañados por una doncella y Roberto, el ayudante, partieron hacia el sur de Francia.

Lady Evenden pareció cobrar nueva vida al llegar a la Riviera. Durante unos días estuvo relativamente tranquila y permaneció en los jardines de la villa. La profunda melancolía que la había caracterizado desde la muerte de su marido parecía estarse disipando. Tras la primera semana, se animó considerablemente y salía a diario a dar largos paseos en coche con Jill. Más tarde, comenzó a organizar algunas reuniones modestas, invitando a aquellos visitantes de Cannes que eran amigos de larga data.

La sociedad de la rica viuda de un baronet, que ostentaba su título y propiedades por derecho propio, era buscada asiduamente por todo tipo de la población flotante de la Riviera: desde los pobres residentes permanentes, que intentaban mantener en el sur una mejor apariencia con fondos mermados de la que podrían tener en Inglaterra, hasta los inevitables aventureros y aventureras de la zona.

La posición de Frank durante este tiempo era muy curiosa. Para hacerle justicia, había tenido la seria intención de abrirse camino en la profesión legal; pero su reciente calvario en Norwich había dado a sus deseos en esa dirección un revés temporal. Desarrolló una disposición algo morbosa. Se decía a sí mismo que solo había una cosa en la vida que valiera la pena tener, y esa era Jill Kilby, a quien no podía alcanzar.

Le había dado al viejo abogado una especie de promesa de dejarla en paz; y, en parte por esa razón, y probablemente porque veía en la cautela de los modales de ella ante su presencia cuál sería el resultado de nuevos avances, la dejó tranquila.

Nuevamente, para hacer justicia a Frank, no era, en el sentido ordinario de la palabra, un joven libertino. Las grandes sumas de dinero que ahora llegaban a sus manos no lo enviaron, ni mucho menos, por el mal camino. Iba a veces al casino y jugaba un poco. A veces ganaba y otras perdía, pero era una mera bagatela en cualquier caso comparado con los recursos que poseía, y nunca contrajo la fiebre del juego. Un día, desde la distancia, Jill, que estaba sentada con la madre de Frank en el casino, vio a una mujer bonita de unos treinta años —aunque aparentaba veinte— hacer grandes esfuerzos por entablar conversación con él. Frank finalmente vio a la mujer, la miró un segundo y luego, levantándose ligeramente el sombrero, se disponía a seguir de largo cuando ella corrió hacia él y lo tocó en el brazo, riéndose en su cara mientras le preguntaba algo.

Frank pareció dudar; luego, con una leve sonrisa algo aburrida, la acompañó hasta un coche que esperaba.

«Haga lo que haga, al menos no es de los que "persiguen" chicas», pensó Jill para sí; y, aunque todavía temía un poco a Frank y ciertamente no sentía aprecio por él, sintió que le habría gustado darle un tirón de orejas a la bonita intrusa.

Aquella tarde, enviaron a Jill a la ciudad para hacer unos recados para Lady Evenden, y cuando regresó oyó voces en el salón. Estaba a punto de entrar cuando Lady Evenden, con las mejillas algo encendidas, salió a la puerta y dijo:

—Muchas gracias, Jill, estoy ocupada ahora mismo. Ve a distraerte. Te veré en la cena. — Cerró la puerta, pero no antes de que Jill viera la pequeña figura del ¡doctor Laidlaw!

Esa noche Jill le escribió extensamente a Wilfred y le contó todo lo sucedido ese día. Y Wilfred, a su vez, vio al señor Benson. Para entonces, ambos eran grandes amigos. El viejo abogado había sido más que fiel a su media promesa y le había conseguido a Wilfred una asociación con un viejo amigo en Norwich.

Aunque el señor Benson recibió con desagradable sorpresa la noticia de la nueva aparición de Laidlaw en escena, sintió que no podía hacer nada. Le escribió al señor Tring y le aconsejó a Wilfred que le pidiera a Jill observar cada movimiento y reportarlo.

Las semanas se convirtieron en meses y la viuda seguía en Cannes. Pero, a medida que pasaba el tiempo, las fiestas en la villa empezaron a cambiar en calidad y cantidad. Frank mostraba poco o ningún interés en ellas. Estaba ampliamente provisto de fondos por su madre, y nunca invitaba a gente ni se entregaba a la vida social. Pescaba y jugaba al golf, y parecía disfrutar de eso mucho más que de la alegre ronda de la vida del casino.

Sin embargo, cuando su madre deseaba especialmente su presencia, él siempre acudía a sus cenas y recepciones. En una de esas noches, el invitado principal era el príncipe Louis

de Zanbetti —un italiano que se decía muy rico— y su hermosa princesa de cabello rubio, Elsa. Había otros presentes también, pero a Frank no le gustaba el aspecto de algunos de ellos.

Había un estadounidense, por ejemplo, llamado Hortal. Había dos ingleses llamados Majoribanks y Everfield respectivamente, que anteponían a sus nombres los títulos de Mayor y Coronel. No es que le importara lo más mínimo, pero solo para confirmar sus sospechas, Frank les hizo una o dos preguntas aparentemente inocentes sobre sus regimientos y carreras militares; luego, cuando terminó la cena, antes de unirse a ellos en la sala de fumadores de la villa, los buscó en el *Escalafón del Ejército*. No aparecía ninguna entrada con esos nombres.

Esa noche se jugó una partida de cartas con apuestas muy altas, y el príncipe le ganó más de mil libras a Frank. Muy raras veces jugaba Frank. Ciertamente el juego no le fascinaba. Pero, en esta ocasión particular, las apuestas se subieron de forma tan sutil y las probabilidades se arreglaron con tanto cuidado —según pensó después— que cayó víctima. Al día siguiente pagó, decidido a no dejarse atrapar así nunca más.

Frank caviló un poco sobre su pérdida y fue a ver a Lady Evenden para preguntarle dónde había conocido a sus amigos. Ella dijo que eran amigos de un muy viejo amigo suyo.

—¿De quién? —insistió Frank.

—Oh, de un amigo muy antiguo —respondió ella evasivamente y con evidente incomodidad. Frank presionó, pero no pudo avanzar más. Finalmente, Lady Evenden se puso irritable. Ninguno de los dos hizo caso a Jill cuando entró en la habitación. Jill pensó al principio en retirarse, ya que Frank y su madre estaban teniendo palabras bastante fuertes; luego decidió quedarse por si su señora la necesitaba.

—Bueno, mira —dijo Frank—. No sé quién es ese viejo amigo tuyo, ¡pero déjame decirte que los amigos de tu amigo son unos tahúres y unos aventureros! Sí, lo son —añadió, mientras Lady Evenden arqueaba las cejas horrorizada en señal de protesta.

—Anoche perdí más de mil libras, y te digo francamente que no quiero volver a verlos por aquí.

—¿Acaso te falta el dinero alguna vez? —preguntó ella—. De verdad, Frank, no necesitas acusar a todo el mundo solo porque hayas tenido un poco de mala suerte —sonrió—. Te firmaré otro cheque, pobre querido, pero realmente debes ser más precavido en tus comentarios sobre nuestros amigos. Es tan desconsiderado… Además, cielo, te pondría tan engreído como un pavo real si te contara lo que la hermosa princesita dijo sobre ti — Lady Evenden sonrió con picardía.

—Mira, madre —dijo Frank—, no sé qué demonios de persona es responsable de habernos presentado a ese grupo, pero no volverán a pisar esta casa, eso es todo. No quiero herirte innecesariamente, pero déjame decirte esto: ni el tal Majoribanks ni el incombustible

Everfield, o como quiera que se llame, aparecen en el *Escalafón del Ejército;* mientras que el historial de nuestro príncipe —me he tomado la molestia de conseguirlo— es más azul que el Mediterráneo: lo han echado de tres clubes y ha estado en dos prisiones. En cuanto a la «hermosa princesita», quizá te sorprenda saber que anoche me dijo que ella era mi alma gemela, que el príncipe la trataba fatal, que sería estupendo que nos fugáramos y, finalmente, me pidió prestadas cien libras para pagar una «factura de la modista».

Lady Evenden escuchó horrorizada.

—¡No puede ser verdad! —dijo—. El doctor… quiero decir… ¡Oh, Frank, déjame sola, por favor! Lo siento mucho. Te firmaré un cheque.

—Mi querida madre, no quiero ni necesito tu cheque —dijo Frank—. Pero sí desearía que confiaras en mí. Eso sí, entiéndelo bien: si vuelves a traer a una banda similar por aquí, me marcho.

Salió de la habitación, y Jill lo admiró por primera vez en su vida. Esa noche, Lady Evenden se retiró temprano y Jill hizo algo de lo que nunca se habría creído capaz: fue a la sala de fumadores y buscó deliberadamente a Frank. Él estaba sentado, fumando un puro y mirando melancólicamente al fuego. Alzó la vista con auténtica sorpresa ante la entrada de Jill.

—Hola, Jill —dijo él—. ¡Nunca dejarán de ocurrir maravillas! —sonrió con humor. Ella se ruborizó ligeramente e inmediatamente comenzó su relato. A consecuencia de lo que había oído en el salón, dijo que estaba segura de que el doctor Laidlaw era el responsable de haber introducido a esos indeseables en el entorno de Lady Evenden. Frank la escuchó con atención y, cuando ella terminó, dijo tras un momento de reflexión:

—Sí, eso es lo que pasa. Los enviaron aquí para atraparme a mí. El doctorcillo sabe perfectamente que no tiene oportunidad de sacarme nada directamente, así que ha tendido una trampa indirecta. Me pregunto qué clase de dominio tendrá sobre mi madre.

Discutieron el asunto a fondo durante más de una hora y acordaron trabajar juntos. Frank le dijo a Jill que escribiría todos los hechos al señor Benson para pedirle consejo; luego Jill se levantó para irse. Frank la acompañó hasta la puerta. Al pasar ella a su lado, él le puso una mano en el hombro y estuvo a punto de rodearle la cintura con la otra.

—Basta ya —dijo Jill bruscamente, y Frank, algo confuso, murmuró una disculpa.

—No sirve de nada, ya lo sabes —dijo Jill con sensatez—. Ninguno de los dos somos niños y más vale que hablemos con juicio. Estás mejorando mucho, pero de verdad desearía que intentaras dejar a un lado ese asunto de los galanteos.

—Nunca lo dejaré en lo que a ti respecta, Jill —dijo Frank con gravedad—. Prometo que no seré una molestia para ti. Lo digo en serio, pero te amo, Jill, y no puedo evitar decírtelo.

—Siento mucho si de verdad es así —dijo Jill—, pero no acabo de creerme que sea tan grave como piensas. En cualquier caso, yo no te amo, y ciertamente amo a otra persona. Escucha —rió un poco con malicia—: ¿qué hay de la chica con la que te vi marcharte en coche desde el casino?

Él se quedó allí, intentando recordar. Cuando logró evocar el incidente, ella ya se había ido.

El largo verano de la Riviera dio paso al otoño y se acercaba otro invierno; Lady Evenden seguía en Cannes. Llegó el aniversario de la muerte de Sir Michael y de la tragedia de John, actos que se conmemoraron con un servicio especial en la pequeña capilla inglesa de la colina.

Llegó noviembre y, aunque los días eran soleados al mediodía, el mortal mistral soplaba al atardecer, cobrándose su habitual tributo entre la población enferma.

Entonces, un día, llegó un telegrama. Lady Evenden lo examinó con cuidado, lo leyó una y otra vez, se quedó mirándolo con ojos ausentes y luego se desmayó. Jill acudió a auxiliarla de inmediato. Una vez hubo atendido a Lady Evenden, arrugó el telegrama y, en cuanto tuvo oportunidad, lo leyó:

«El doctor murió anoche y la mujer escapó».

Esas fueron las palabras que habían tenido un efecto tan terrible en Lady Evenden. Jill le mostró el telegrama a Frank de inmediato, y este le preguntó a su madre qué significaba. Ella dijo que se refería a la muerte de su amigo y consejero, el doctor Laidlaw; añadió que no entendía la referencia a la mujer y se negó a discutir más el tema.

Una semana después, una dama esbelta, joven y vestida elegantemente de negro, llamó a la villa. Pidió ver a Lady Evenden, pero como esta descansaba, el mayordomo sugirió que viera al señor Frank y la hizo pasar al salón donde estaba Jill.

Frank apareció un momento después.

—¡Santos y pecadores! —exclamó—. ¿Tú aquí? ¿Qué haces aquí?

—He venido a ver a Lady Evenden —respondió la joven.

—Bueno, dime, ¿cómo estás, Brenda? —dijo Frank; luego, volviéndose hacia Jill, continuó —: Miss Kilby, esta es Miss Brenda Trenchard, su predecesora en el cargo.

—Frank no está siendo muy preciso en mi presentación, Miss Kilby. Yo soy Lady Evenden, y Sir John Evenden está en el coche de fuera con su niñera. —La joven sonrió con cierta tristeza. No había nada de triunfal en su asombrosa declaración, sino más bien una suerte de melancolía, y Jill vio enseguida que la mujer había sufrido.

El efecto de sus palabras, sin embargo, fue tremendo. Jill no pudo hablar durante un momento, y Frank también se quedó mudo.

—¿De qué demonios hablas, Brenda? —preguntó él al fin con voz ronca.

—No hace falta ser grosero —dijo la joven frunciendo el ceño—. He sufrido bastante últimamente. ¿Puedo ver, por favor, a… em… Lady Evenden?

—No pretendo ser grosero —dijo Frank—, pero me has dejado completamente sin aliento. Jill, avisa a mi madre.

Cuando Jill salió de la habitación, él preguntó:

—¿Quieres decir que de verdad te casaste con Jack después de todo? —Ella asintió.

—Cuéntamelo todo —suplicó Frank—. ¿Cuándo te casaste con él, Brenda? ¿Qué es eso de un bebé? ¿Dónde has estado todo este tiempo? Cuéntamelo todo. —Entonces, con esa aparente inconsistencia que era un rasgo encantador del carácter de Frank, añadió con el entusiasmo de un colegial—: Déjame ver a tu bebé, Brenda, antes de que mi madre baje.

Brenda Trenchard sonrió y parecía dispuesta a guiarlo, cuando apareció Lady Evenden acompañada por Jill.

—Brenda, ¿qué es esa historia malintencionada y absurda de que te casaste con Jack? —preguntó Lady Evenden con los ojos centelleantes. Brenda se quedó desconcertada; luego su rostro se endureció.

—Vine aquí para intentar ahorrarle muchos y terribles problemas, Lady Evenden —dijo—. Pero puesto que adopta esta actitud…

—Viniste aquí para causar muchos problemas, muchacha malvada —interrumpió Lady Evenden.

—Deteneos un minuto, por el amor de Dios —dijo Frank—. Creo que estás perdiendo la cabeza, madre. Brenda dice que está casada, o mejor dicho, que estuvo casada con John. Tendrá pruebas de ello, y es positivamente vergonzoso tratarla así. No lo toleraré.

—Nunca estuvo casada con John —sentenció Lady Evenden.

—¿Se atreve a sostener eso? —preguntó Brenda—. ¿Usted, que me vio de pie junto al cadáver de mi marido?

—Como cualquier amante común, como… —empezó Lady Evenden.

—¡Cállate ahora mismo, madre! —tronó Frank—. ¿De dónde, en el nombre del cielo, sacas esa lengua viperina? ¿Cómo te atreves? Dime de una vez, ¡dime!, ¿qué es eso de que Brenda estaba de pie junto a… junto a Jack? ¿Qué significa eso?

—No me quedaré aquí —declaró Brenda—. Iré a Londres y tomaré las medidas necesarias. —Se dio la vuelta y Frank la siguió.

—Por favor, Brenda, permíteme hacer algo —suplicó él, pero ella lo apartó con un gesto impaciente.

—Ninguno de vosotros… ni uno solo —dijo ella con amargura mientras subía a su coche y se alejaba tras dar un portazo. Frank, profundamente dolido, volvió a entrar en la villa.

CAPÍTULO 24 El veredicto

El lacayo Thomason entró al estrado. Interrogado por Assidell, repitió su testimonio sobre la pelea que había escuchado entre los dos hermanastros. Al principio se mostró nervioso, pues había sufrido mucho por parte del mayordomo y otros sirvientes debido a sus primeras declaraciones a la policía, aquellas que provocaron el arresto de Frank Gough.

Lo más importante de su testimonio era la hora de la disputa. Aquí Thomason vaciló: antes había dicho que fue alrededor de las nueve, pero ahora afirmaba que pudo ser a las diez o incluso más tarde. También admitió que pudo ser antes de las nueve. El fiscal de la Corona, satisfecho de haber hecho oscilar el testimonio, se sentó y Sir Courtney se levantó.

Con preguntas hábiles, Sir Courtney logró establecer que el mayordomo conocía con certeza el límite de tiempo en que Thomason pudo oír la pelea, porque parte de la platería que este último había traído de la despensa contigua a la Habitación del Prior debía ser envuelta y entregada al mayordomo para guardarla bajo llave.

Thomason se retiró y otros sirvientes declararon. Luego fue el turno de los médicos. El gran analista del Gobierno, Sir Werner Scatterhyde, testificó haber examinado los órganos del difunto baronet y habló del veneno hallado en el cerebro. Admitió que el golpe recibido era suficiente para causar la muerte, pero confesó que, en su opinión, la muerte fue provocada por el veneno.

—¿Habría sido posible inyectar el veneno después de la muerte? —preguntó Assidell. El especialista respondió, tras vacilar, que podría ser, pero lo veía improbable. Sir Courtney tomó nota de esa vacilación.

—En conclusión —dijo Assidell—, ¿está de acuerdo en que las lesiones en la cabeza eran por sí mismas suficientes para causar la muerte?

—Sí —respondió el especialista—. Es más probable que provocaran una conmoción violenta con una muerte posterior, pero también pudieron causar la muerte inmediata.

—Sir Werner Scatterhyde —dijo Sir Courtney—, permítame preguntarle: cuando ese veneno mortal fue introducido en el cerebro, ¿cuánto tiempo de vida era posible tras la inyección?

—Veinte segundos —respondió el especialista.

—Exactamente, veinte segundos —repitió Sir Courtney mirando al jurado—. Ahora díganos: ¿habría sido mucho tiempo después de la muerte?

—No, ciertamente no —respondió el analista—. No más tarde del momento mismo de fallecer.

—¿Entonces debió ser antes de la muerte?

—Habría sido posible en el momento mismo de fallecer, si el golpe y la inyección fueron simultáneos.

Otros médicos confirmaron que el golpe era suficiente para causar la muerte. Entonces la defensa comenzó con un brillante discurso de Sir Courtney Caldecott, señalando la debilidad del caso de la fiscalía.

El juez consideró que había un caso al que responder y Sir Courtney llamó a Frank Gough.

Frank fue conducido al estrado. Wilfred Barlow, sentado en la sala, sintió lástima por él al verlo enfrentar su prueba. Recordó su odio por la persecución a Jill, pero ahora deseaba no haber pensado tan severamente sobre el joven.

Con sencillez, Frank contó su historia de la pelea y la reconciliación. Fue rotundo y seguro del orden en que ocurrieron. La primera entrevista no fue agradable; la segunda sí, con las tensiones disipadas y Jack buscando hacer las paces.

Bajo el contrainterrogatorio, Frank impresionó al responder con dignidad y sinceridad. —Pero yo amaba a mi hermano —dijo; incluso el juez asintió discretamente.

Frank soportó bien el interrogatorio, salvo cierta impaciencia cuando se le presionó sobre la historia del sufrimiento de su madre tras la muerte de su primer marido. Sir Courtney temió que perdiera los estribos e intervino: —Debo protestar, milord, contra la discusión de este tema. Es irrelevante.

—No estoy tan seguro —respondió el juez Titterton—. Si se afirma que esa historia fue la causa de una pelea que llevó a la muerte de Sir John, entonces es pertinente.

Sir Courtney se resignó. Sabía que su objeción era inútil y solo había intervenido para dar a Frank un respiro. Assidell insistió en la tragedia de Loch Lomond, y Frank respondió lo mejor que pudo. Era demasiado joven entonces para recordar a su padre. Su madre nunca le contó nada. No conocía al doctor Laidlaw. Él y John habían acordado visitar juntos a su madre al día siguiente para darle apoyo.

Esto también causó buena impresión.

—¿Va a llamar a Lady Evenden? —preguntó el juez.

—Si su señoría lo considera necesario —respondió Sir Courtney—, consultaríamos a sus médicos. Ella está ansiosa por testificar.

Susurró unas palabras a Benson. —Con el permiso de su señoría, llamaré al doctor Barlow —dijo. Wilfred se sorprendió, pero comprendió la situación y siguió el plan.

—Lady Evenden sufre una postración nerviosa extrema —declaró—, y en mi opinión no está en condiciones de comparecer.

—¿Ha tenido una segunda opinión? —preguntó Sir Courtney.

—Sí —respondió Wilfred—. El señor Rushton Tring, especialista de Harley Street, reside en el Priorato y prohíbe terminantemente que ella se someta a tensión alguna.

El juez asintió y Sir Courtney continuó: —Deseo interponer esto en esta etapa. Mi colega ha creído conveniente explayarse sobre las trágicas circunstancias en que Lady Evenden perdió a su primer marido. Me opuse, pero su señoría lo desestimó. Considero que tengo derecho, en interés de una dama afligida cuyo buen nombre ha sido atacado gratuitamente…

Assidell, con el rostro enrojecido, se levantó de inmediato, protestando ruidosamente contra esa interpretación. Sir Courtney insistió en continuar, pero el juez levantó la mano.

—¿Deduzco que cree tener derecho a algo, Sir Courtney? —preguntó suavemente, con los ojos brillando tras sus gafas.